# DOC SAVAGE



# Locura azul

Kenneth Robeson
Doc Savage/16

# CAPÍTULO I

BASÁNDOSE en una teoría de los sabios, se asegura que fueron oriundos del Asia los antepasados de los indios de Norte y Sud América.

Dicha teoría explica por qué Domingo Loo pudiera echarse sobre los hombros un poncho de vistosos colores y pasar, mezclado entre la multitud, por un hijo legítimo de aquel país andino.

El poncho de Domingo Loo no era un disfraz exclusivamente. Ocultaba un arma parecida a una pistola, cuyo cañón, de respetable longitud, hubiera dado cabida a los cartuchos de una escopeta de dos cañones.

Bajo el poncho escondía, también, una larga cuerda, seis pares de esposas, una máscara antigás y toda una colección de bombas llenas de gases lacrimógenos.

"La seguridad ante todo" era el lema favorito de Loo. El arma parecida a una escopeta disparaba una pasta que al alcanzar determinada altura, en el aire, se disolvía en una humareda.

Estaba destinada a poner cierto mecanismo en movimiento, ventilando así, el negocio que traía entre manos. Pero, a veces, las cosas no salen a medida de nuestros deseos.

De aquí que Domingo contase, además, con la cuerda, las esposas y las bombas de mano.

Cuidando mucho de no tropezar con nadie para no llamar la atención sobre lo que llevaba debajo del poncho, avanzó con trabajo.

A lo menos doscientos mil ciudadanos se hallaban reunidos en aquella colina de las afueras de la ciudad. Punto convergente de todas las miradas era una tribuna levantada para aquella ocasión.

Todo el mundo se empujaba y se codeaba para colocarse delante

de la tribuna, aunque los espectadores vocingleros, pertenecientes a un género especial de oradores improvisados, se habían diseminado por la montaña e impedirían con sus gritos que se oyera el anunciado discurso.

—¡Puerco! —dijo entre dientes un individuo a quien acababan de dar un codazo—. ¿Por qué me empujas?

—Porque quiero ver de cerca al hombre de bronce-replicó desvergonzadamente el aludido.

Aquella idea parecía obsesionar a todo el mundo. Todos se esforzaban por ver al hombre de bronce.

Detrás de la tribuna destinada al orador, se elevaba un edificio a medio construir que una vez terminado, sería sin duda el de mayores dimensiones de la ciudad.

Su construcción era simple y sólida. Pendiente de los húmedos ladrillos, recién unidos, veíase un cartelón que decía:

**"EN HONOR DE DOC SAVAGE"**

Por si acaso no se entendía bien, había sido traducido, debajo, al inglés:

**"THIS FREE HOSPITAL ERECTED IN HONOR OF DOC SAVAGE"**.

La multitud se hallaba allí para asistir a la ceremonia de la dedicación y al propio tiempo, para conocer a Doc.

Doc Savage y el hombre de bronce eran una sola persona que tenía pendiente la atención de toda la población en aquellos momentos.

Envueltos en sus ponchos al estilo del país, se mezclaban a la multitud los austeros descendientes de los grandes de Castilla, que habían llegado al lugar de la fiesta en deslumbrantes "limousines" americanos, así como los indios "aymará", rechonchos, cobrizos, procedentes de las montañas.

El parecido de éstos con los asiáticos era sorprendente.

Domingo Loo era asiático y por ello se paseaba entre la multitud sin llamar la atención. Para ser exactos, diremos que era oriundo del Tibet.

Por lo menos, un cuarto de la población tibetana, se dedicaba al servicio de los monasterios, predicando una moral muy severa.

Domingo Loo jamás había pensado en emprender aquel camino. Tunante más redomado difícilmente se hubiera encontrado entre las montañas del Himalaya y el desierto de Gobi.

Se encaminó en línea recta al encuentro de un grupo de individuos envueltos en ponchos, que no parecían compartir de buena gana el entusiasmo suscitado por el hombre de bronce.

Aquellos sujetos parecían, como él, indios “aymará”, siendo en realidad, asiáticos y tibetanos.

—Hijos míos-Domingo les saludó con grandes extremos —. Poned una caras menos largas. Cualquiera diría que estáis asistiendo a vuestro propio funeral.

—Como se cometa un error —murmuró uno de ellos—, nos acarreará un fin desastroso.

—Sí, sí-dijo otro —. Dicen que ese Doc Savage es de cuidado.

—Las personas contrarias a él desaparecen y nunca más se vuelve a saber de ellas —afirmó un tercero.

—Es lo que llaman los yanquis un “tipo infernal”.

—Ved lo que llevó a cabo aquí.

—Doscientas mil personas vienen a esta fiesta acuciadas por el ansia de conocerle. Eso prueba su importancia. Será peligroso meterse con él.

—Perro que ladra no muerde-recordó Domingo —. Sois unos chiquillos y os amedrentáis unos a otros con esos cuentos. Pero, ¡basta ya.! El gentío nos facilitará el trabajo.

La conversación se sostenía en un dialecto tibetano incomprensible para los nativos. Además, hablaban en voz baja.

Domingo clavó una mirada penetrante en sus ayudantes. Por lo visto no les habían tranquilizado mucho sus palabras de consuelo.

Se rebullían, inquietos, pero trataban de ocultarle aquella inquietud.

AL cabo se dio cuenta de lo que, en realidad, les tenía desasosegados.

—¡Ah, conque es eso! —exclamó con acento penetrante.

Los tibetanos se encogieron de hombros bajo los ponchos, sin responder.

—¡Le tenéis miedo al meteoro azul!

—Sí-confesó uno de los tibetanos —. Eso es, efectivamente.

—Suponiendo que no se pudiera dominarle-insinuó otro —, ¿qué sería de nosotros? Todos lo sabéis.

Domingo Loo se sumó al cambio general de miradas, que sucedió al comentario. El grupo se componía de seres endurecidos

en el mal; no obstante, a la sola mención del meteoro, un terror extraordinario había ensombrecido sus espíritus.

Fuera lo que quisiera el fenómeno, era evidente que los bandidos le temían más de lo que les amedrentaba, la posibilidad de ser enviados después de la muerte, otra vez a la tierra bajo la forma de conejos, castigo que equivale a las penas del infierno para algunos habitantes del Tibet.

—Nos colocaremos a distancia-les prometió Loo con voz velada —. Bajo el poncho llevo oculta una pistola Very, de señales, y con ella apuntaré y dispararé al espacio apenas aparezca el hombre de bronce.

—Y ¿presenciaremos, entonces, el fenómeno? —preguntó uno de los bandidos.

—Sí. Entonces aparecerá el meteoro azul.

EL grupo echó a andar por entre la gente. Como no deseaban llamar la atención, dominaron su inclinación natural a apartar, a codazos, a la gente y únicamente la empujaban con suavidad para abrirse paso.

—¿Cuánta distancia, tendremos que recorrer para ponernos a cubierto? —deseó saber un tibetano.

—¡Oh, una gran distancia!

—Doscientos metros solamente —replicó Loo, corrigiendo al imprudente.

—Sin embargo, el meteoro ha alcanzado a seres colocados a muchos metros de distancia de su radio de acción.

—Nos colocaremos a doscientos metros-repitió Loo —. En esta ocasión no será tan violento.

Mientras el bribón de Loo y su séquito de bandidos pugnaban por abrirse paso entre la multitud y se situaban, al fin, a la sombra de un puesto instalado para la venta de fruta, cerveza y empanadas, una persona les miraba con atención recelosa.

Era esta persona una mujer joven. El temor, el odio, y un horror que iba en aumento, se retrataban en la mirada que les dirigía.

Mas, a su vez, ella misma era centro de todas las miradas, porque, sin exagerar, puede decirse que era la flor más exquisita de feminidad que se paseaba, en aquella ocasión, por las calles de la ciudad.

Una vez segura de que no la veían los tibetanos, avanzó

rápidamente para colocarse cerca de la tribuna. La desesperación se pintaba en sus negras pupilas y se mordía nerviosamente el arco perfecto de los labios.

Como era más alta que los nativos, incluyendo a muchos hombres, miraba con ansiedad en dirección a la tribuna, por encima de las cabezas apiñadas.

Las señoritas sudamericanas, sobre todo las descendientes sin mezcla de raza de los antiguos españoles, son notables por el donaire de su belleza, mas, aun así, la siguieron envidiosas con la mirada, durante todo el trayecto que tuvo que recorrer para situarse ante la tribuna.

La Venus alta tenía los cabellos del matiz cálido de la caoba en marcado contraste con las negras trenzas de las nativas. Al llegar a la meta deseada, miró en torno con expresión de ansiedad.

Era norteamericana, y buscaba los rostros de sus compatriotas entre la multitud. No divisando a ninguna, se encaró con un nativo.

—Necesito hablar con Doc Savage-le comunicó, jadeante —. Se trata de un asunto de importancia vital. ¿Dónde podré hablarle? Dígame.

—No conozco el inglés, señorita-le contestó el interpelado.

La muchacha sacudió la cabeza y se mordió los labios. Tampoco ella sabía el español. Pero suponía lo que podría haberle dicho el nativo.

Continuó, pues, su búsqueda y al cabo halló lo que deseaba.

Mas, era una pareja tan incongruente, que la joven se paró a contemplarla, sorprendida.

Uno de los yanquis que tenía delante parecía ser el sucesor inmediato de un gorila. Sus grandes brazos musculosos eran tan largos, que le hubieran permitida andar a gatas sin descansar.

La muchacha ignoraba que era Monk o por otro nombre, Andrés Blodgett Mayfair, el químico más sabio de la tierra, teniente coronel del ejército norteamericano durante la gran guerra y en la actualidad, uno de los miembros del grupo compuesto por los cinco asociados de Doc Savage.

Monk llevaba bajo el brazo una gran caja, en uno de cuyos extremos se abría un agujero para la ventilación. De la caja se escapaban gruñidos.

Monk, venía riéndose de su compañero.

Este parecía un figurín. Iba correctamente vestido. Tenía la nariz larga, los ojos brillantes, la boca grande de labios móviles de orador.

Con ambas manos asía su bastón de caña negra y fina, pues pretendía, por lo visto, agredir a su simiesco compañero.

—¡Oso peludo! —gritaba—. ¡Frustrado orangután! ¡Bala perdida!

Más de cuatro elegantes caballeros, sus colegas de Nueva York, se hubiesen escandalizado al oírle vociferar de aquel modo, porque el atildado americano no era otro que Teodoro Marley Brooks, por mal nombre Ham, al que se consideraba como a uno de los abogados más linces que habían salido de las aulas de Harvard.

Al propio tiempo, Ham era el mejor amigo de Monk.

Sin embargo, a primera vista, el curioso observador hubiera jurado que trataba de matarle.

—¡Engendro de la Naturaleza! —siguió exclamando—. ¡Desarrollado habitante de la jungla!

Monk continuaba riendo. De la caja salía toda una escala de chillidos y gruñidos.

—¿Has traído a ese cerdo contigo para burlarte de mí?

—¿De dónde has sacado eso, currutaco picapleitos? Yo llevo conmigo el cerdo a todas partes. Yo…

Monk se tragó el resto de la frase. Su agradable rostro vulgar asumió una boba expresión. Sus ojillos relucieron en el fondo de las órbitas cartilaginosas.

Una visión, una mujer acerca de quien se hubiera atrevido a jurar que era, la más bella de la tierra, se le había colocado delante.

—Señores: ¿saben ustedes dónde podría encontrar a Doc Savage?

Monk y Ham la miraron sin proferir palabra. La belleza de la joven les llenaba de admiración.

—¡Vaya! —exclamó ella con aire de disgusto—. ¡Ya he vuelto a equivocarme! Creí que hablaban en inglés…

—Perdone la actitud de este velludo compañero mío-replicó a la bella el abogado en un tono cortés —. Pero ha trabajado como payaso en un circo… era el tonto de la compañía, ¿sabe usted?. y de aquí viene el que mire a todo el mundo con cara de idiota.

—Es un embustero, miss-protestó Monk —. No le haga caso. Se

casó y tiene trece hijos tan embusteros como su padre.

En lugar de arrancarle una sonrisa aquellas palabras, que tenían por objeto romper el hielo, la bella se mostró angustiadísima.

—Si saben ustedes dónde podría encontrar el hombre de bronce, díganmelo, por favor-les suplicó, con voz ahogada.

Monk y Ham recobraron la gravedad al momento.

—¿Es muy importante lo que tiene que tratar con Doc Savage? —interrogó vivamente Ham.

—¡Importantísimo!

El abogado cambió una mirada con el químico. La bella parecía hablar en serio.

—¿La conoce Doc Savage?

—Me llamo Rae-respondió la bella —. Míster Savage no me conoce, mas, sin duda, habrá oído nombrar a mi padre, el profesor Stanley.

—¿Para qué desea ver a Doc?

Miss Stanley sacudió la cabeza.

—Eso es cuenta mía-respondió —. Es un secreto entre mister Savage y yo.

—¿Por qué casualidad nos ha escogido para que la informemos del paradero de Savage? —interrogó con curiosidad manifiesta Ham.

—Porque ustedes son los primeros a quienes puedo dirigirme en inglés-repuso miss Rae.

—Así, ¿ignora, que pertenecemos al grupo de ayudantes del hombre de bronce?

Las negras pupilas de miss Stanley se dilataron y su rostro delicado expresó alegría.

—¡Oh, qué suerte! —exclamó—. Entonces ustedes transmitirán a mister Savage el consejo que me atrevo a darle. Yo me vuelvo a casa. Cada minuto que paso fuera de ella me pone en peligro.

La declaración movió a asombro y despertó intensa curiosidad, al propio tiempo, en el ánimo de Monk y de Ham.

—¿Arriesga usted algo por venir a avisar a Doc? —interrogó el abogado.

—Mi vida —replicó sencillamente miss Stanley.

—¿De qué desea prevenir a Doc?

La bella se humedeció los labios con la lengua y miró al espacio.

Hizo aquel movimiento con un nerviosismo tan visible, que indicaba que no la hubiera sorprendido que la avecinara desde allí el peligro a que había aludido.

—¡El meteoro azul! —exclamó incoherente—. Deseo decirles que ¡oh…o…o… ¡Ahí está Shrops!

La frase terminó en un lamento que ponía los nervios de punta. Miss Stanley se llevó ambas manos a la boca como para contenerlo.

Un horror indescriptible se reflejaba en sus pupilas. Bruscamente, dio media vuelta y escapó.

—Sin duda ha visto a nuestras espaldas a ese sujeto a quien llama Shrops-observó Ham con marcado acento americano.

Él y Monk se volvieron y lanzaron sobre la multitud una mirada escudriñadora.

# CAPÍTULO II

## *EL “COCKNEY”*

DENTRO de su radio de visión había una heterogénea colección de seres humanos. Atezados montañeses, indios y “cholais” o mestizos, componían el noventa por ciento de la masa.

Mezclados a ella, veíanse empero, nativos de tez blanca como la de un sueco y también yanquis a docenas. Estos últimos eran ingenieros empleados en la gran industria del nitrato.

Un sujeto determinado llamó la atención de Monk y de Ham. No distaba mucho de ambos y les miraba fijamente.

Tenía el cuerpo redondo como una manzana provista de pies y manos y por cabeza, otra colorada. Llevaba puesto un chaleco muy largo, color pardo, calzones listados y hongo gris.

Por cierto que el hongo no parece ser muy propio para defender la cabeza de los rayos ardientes del sol tropical y esto es lo que pensaron nuestros dos amigos.

El hombre parecía ser amable y franco, pero tenía una boca especial, grande y de labios finos.

Como viera que había atraído sobre su persona la atención de los dos americanos, les dijo espontáneamente y con un acento que revelaba su baja condición:

—¡Eh! ¿Qué hay?

—Eso digo yo: ¿qué hay? —repitió Monk.

—Esa chica es muy impulsiva-observó el “cockney” —. Sin duda la ha asustado algo que ha visto a mi espalda.

Volviéndose, se empinó sobre las puntas de los pies y miró por encima de las cabezas de los presentes. Luego meneó la cabeza.

—Pues no veo nada de extraordinario-exclamó.

—¿Se llama usted Shrops, por casualidad? —preguntóle Ham.

—¡Oh, no!

Hablando con la boca torcida de modo que sólo Ham le entendiera, propuso Monk:

—Vamos en busca de la señorita.

Ham dio al mango de su bastón una vuelta ligera, acto mediante el cual se preparaba a sacar prontamente el estoque.

—¡Muy bien! Vamos…

El “cockney” les siguió con la mirada, mientras atravesaban por entre la multitud. Incluso se levantó sobre la punta de los pies para no perderlos, de vista.

El gorila de Monk miró atrás y se dio cuenta de la curiosidad del “cockney”.

Luego gruñó:

—¿Si será Shrops?

—¿Qué motivos tienes para suponerlo? —preguntó Ham.

—¿No ves cómo nos mira?

—Le chocó la escena pasada…

Ham empujaba sin compasión a los indios vestidos con los típicos ponchos y no vacilaba en emplear, en ocasiones, el bastón. Pero aun así, no avanzaba gran cosa, tan compacta, era la multitud.

—Colócate detrás de mí-le aconsejó el químico —. Verás cómo me las compongo.

Manteniendo la caja que encerraba a su cerdo favorito a la altura de la cabeza, con una mano, y valiéndose de la otra, para apartar a la gente de su camino, como espigas en un campo de trigo, Monk avanzó sin vacilar.

Ham le seguía pisándole los talones. Como era más alto que su compañero, podía mirar a lo lejos por encima de las cabezas de la muchedumbre.

Rae Stanley, la bella de los ojos castaños y del cabello color caoba, era más alta que los nativas y por consiguiente relativamente fácil de localizar entre la multitud.

Su cabeza, empero, no era visible sobre el mar de mantillas, sombreros de paja, y gorras.

—¡Diantre! —exclamó Ham—. Se ha perdida de vista…

Torcieron a la derecha, y como la bella no aparecía, volvieron al punto de partida trazando un círculo perfecto. Mas, por ninguna parte aparecía la atractiva flor de feminidad, que tanto deseaba ver

a Doc Savage.

—Volvamos y hablaremos con el “cockney” —propuso Monk—. No sé por qué me parece algo sospechoso.

Ambos abrieron un surco entre la multitud para regresar al lugar ocupado primeramente, llegaron a él y se detuvieron para mirar, disgustados, en torno.

—Se largó-gruñó el químico.

—Apostaría cualquier cosa a que realmente era Shrops-observó Ham, pensativo.

Un apagado siseo surgió de los altavoces que se habían colocado en lo alto de los palos de la tribuna. Funcionaban los amplificadores.

Monk asió a Ham por un brazo.

—¿Te has olvidado de que Doc te envió aquí para que hicieras un discurso?

Ham objetó:

—Pero esa señorita tenía algo importante que decir…

—Quizás podamos localizarla desde la tribuna-interrumpió Monk —. ¡Vamos!

El velludo químico, simiesco, y el pulcro, atildado abogado, se dirigieron, en amor y compañía, a la tribuna del orador.

Un oficial nativo de gran empaque subía en aquellos momentos y se situaba frente al micrófono colocado allí para la ocasión.

Agitando los brazos con el entusiasmo característico de la raza latina, comenzó su discurso.

—Todavía esperamos que el asombroso gigante de bronce, héroe del país, aparezca ante esa asamblea-dijo en un español florido —. Como todos sabéis, el heroico caballero no gusta, de ser aclamado públicamente. Por ello nos ha informado que no asistirá a esta ceremonia.

Un profundo silencio reinó entre la multitud. EL mar humano parecía haberse helado, con la sola excepción del punto por donde avanzaban Monk y Ham dando codazos.

—Aguardemos por si acaso variara de idea —continuó diciendo el oficial nativo—. Entretanto voy a daros algunos datos concernientes al eminente personaje a quien nuestra patria tanto debe.

Monk y Ham cambiaron una mirada y el químico se sonrió.

—¿Qué sabrá este señor de Doc?

El orador prosiguió, imperturbable:

—Doc Savage, el hombre de bronce, es un individuo a quien nadie en el mundo puede comparársele. Es un superhombre, un coloso de intelecto y de físico, que ha sido educado científicamente desde el día en que nació hasta hoy.

El orador hizo una pausa con objeto de que se empaparan de lo dicho sus oyentes, y a continuación prosiguió:

—Mediante la práctica, de un ejercicio diariamente repetido, ha adquirido un desarrollo fantástico de los músculos y una fuerza física junto a la cual palidecería la de Sansón.

«Además, se dice que nadie ha estudiado jamás tan intensa ni tan asiduamente. Ello le ha dotado de unos conocimientos sólidos de verdad en toda clase de materias. Doc Savage es una rara combinación de fuerza muscular y de perfección mental.

—¡Hum! —dijo Monk pensativo, balanceando la caja donde iba Habeas—. Quizá piensen aquí que eso no es verdad y sin embargo la es. Ni siquiera es exagerado y probablemente ni la sospecha el propio orador.

—Tan extraordinaria educación debía capacitar más tarde, al hombre de bronce para su meritoria profesión: la de enderezar entuertos y castigar a quienes los cometen, recorriendo toda la tierra si es preciso, para llevar a cabo su labor. Su última asombrosa hazaña fue llevada a cabo aquí, en nuestro país, donde deshizo toda una banda de malhechores, que trataban de apoderarse de la industria del nitrato, con objeto de proveer de explosivos a una nación europea que desea la guerra.

Monk y Ham subieron los peldaños de la tribuna mirando en torno, sin descanso, en su ansia de volver a ver el bello rostro de miss Rae o el innoble semblante del “cockney”.

—Doc Savage se ha negado a aceptar la remuneración a que es acreedor por sus grandes servicios, pero ha rogado que se erigiera en esta ciudad un hospital dotado de personal competente médico-quirúrgico, para los pobres de la región. Además, deberá proveerse de fondos al benéfico establecimiento con objeto de que pueda funcionar largos años. La construcción del hospital ha comenzado y ahora vamos a inaugurarlo. Esperemos a que míster Savage comparezca para...

Ham avanzó unos pasos, indicando que deseaba dirigir la palabra a los allí reunidos y el orador nativo le cedió cortésmente el punto que ocupaba delante del micrófono.

—Debo cumplir un penoso deber-dijo Ham, en un claro y correcto español —.

Vosotros, buenas gentes, habréis oído decir que Doc Savage es uno de esos raros individuos modestos en grado superlativo. Por ello le molesta figurar como héroe en publico. He aquí el motivo por el cual no asistirá hoy a la ceremonia que se prepara.

Un murmullo de desilusión se propagó por la muchedumbre al comprender que no iba a ver al hombre de bronce.

—¡Mira, Ham! —exclamó repentinamente Monk—. ¡Allí, en aquella esquina del hospital!

Sus palabras, proferidas delante del micrófono, fueron oídas por las doscientas mil personas presentes y todas las miradas se volvieron en la dirección, indicada.

Una bellísima muchacha de cabellos color caoba luchaba con varios tipos atezados de rostro redondo como la luna llena.

—¡Es Rae Stanley! —gritó Ham.

Monk corría ya tribuna adelante sosteniendo con ambas manos, por encima de su cabeza, la caja de Habeas.

Ham saltó en pos de él. Ambos descendieron apresuradamente los escalones de la tribuna.

Monk bajó la cabeza, ladeó los hombros y embistió a la multitud como un torpedo. Ham le seguía los pasos esgrimiendo el estoque cada vez que, ofendidos, se volvían los nativos a mostrarle los puños.

Unas manos asieron los tobillos de Ham súbitamente y el abogado vaciló y cayó al suelo.

Una avalancha de hombres carillenos, rechonchos, cayó entonces sobre su cuerpo tendido.

—¡Eh, Monk! —chilló.

Monk giró sobre sí mismo y reparó en lo que estaba sucediendo. Dejando en el suelo la caja, saltó sobre los atacantes de Ham con un aullido aterrador.

Monk era silencioso como un animal salvaje.

Sus manos hirsutas asieron por el pescuezo a dos individuos y les hizo golpearse mutuamente con las cabezas.

La pareja se quedó sin fuerza en el acto, con los miembros colgantes.

Ham logró sentarse. La hoja de su estoque salió a luz, deslumbradora como plata a la luz de la luna. Con el acero amenazó a uno de los atacantes.

El hombre se echó hacia atrás, asustado, pero él mismo vio que era demasiado tarde. Los ojos se le saltaron de las órbitas y un alarido rasgó su garganta.

Con los ojos de la imaginación se vio ya ensartado por el palpitante corazón en el estoque de su contrario.

Ham desvió la hoja sin embargo. Ni Doc Savage ni sus hombres arrancaban jamás, con sus propias manos, la vida de un semejante.

El estoque abrió, pues, una pequeña herida en el hombro del individuo.

Pero entonces sucedió una cosa sorprendente por demás. Sus ojos se cerraron lentamente y bajó los brazos.

Se quedaba dormido de pie. Pesada, inconscientemente, cayó al suelo.

Los atezados asaltantes maldijeron en su lengua nativa y cambiaron órdenes.

Monk y Ham hablaban distintos idiomas y reconocían otros. También identificaron aquél.

—Son tibetanos-profirió Ham. Monk abrió la boca para responder. Sonó un golpe seco poco más ruidoso que una palmada.

Monk cerró la boca y asomó a sus pupilas una vaga expresión. Sus piernas se doblaron por las rodillas.

Un tibetano le había golpeado por detrás con la culata del revólver.

Ham, mirando con los ojos muy abiertos a Monk, vio descender una porra sobre su propia cabeza. Trató de ladearla, pero demasiado tarde.

Unas ruedas de fuego giraron, veloces, delante de su vista en el momento de caer la porra.

Entonces se hundió en lo que parecía un mar, agradable y cálido, de tinta negra.

Los tibetanos se reunieron en torno de los cuerpos caídos y los recogieron llevándose incluso la caja, que encerraba a Habeas Corpus, el cerdo de Monk.

Luego avanzaron. Las armas con que amenazaban a la muchedumbre les abrieron paso.

En la esquina del hospital se había llevado a cabo, con éxito, la captura de la bella Rae Stanley.

Al parecer, la muchacha no tenía otras armas defensivas que sus puños y las puntas aguzadas de sus zapatos, pero aun así logró arrancar varios rugidos de dolor a sus asaltantes antes de que consiguieran vencerla.

Domingo Loo era quien dirigía personalmente los movimientos de la banda.

—Ya se le advirtió que se mantuviera al margen de este asunto-le dijo, airado —. Es estúpida el ave que intenta picar al gato amigo.

—Ordene a sus hombres que me quiten de encima las sucias manos-exclamó miss Rae.

Domingo Loo le dedicó una maligna sonrisa y dijo con ademán acusador:

—¡Usted ha venido aquí para prevenir a Doc Savage!

En lugar de replicar, miss Rae dio de puntapiés a sus secuestradores en los tobillos. Ellos lanzaron unos glu-glús significativos, que expresan el dolor en el idioma tibetano.

—¡Vamos! —les ordenó Domingo—. Apoderaos de una vez de esa tigresa.

Sacando la cuerda oculta bajo el poncho, la amarró él mismo por los brazos y con los revólveres en la mano los tibetanos salieron de entre la muchedumbre llevándose a sus prisioneros.

Casualmente, su camino les condujo en línea recta ante un policía nativo que les cerró el paso.

—Eh, ¿qué es eso? —les dijo—. ¿Adónde vais?

Domingo no trató de darle explicaciones. Ni siquiera dio ocasión al policía de defenderse. Animado por intenciones fratricidas, levantó el revólver.

La raza española no disimula sus sensaciones, pero cabe dudar de que un hijo de Castilla variase de expresión con la prontitud del policía nativo.

Sus ojos se vidriaron y abrió una boca de a palmo.

—¡No, por Dios! —exclamó.

Pero Domingo Loo se rió de él y oprimió el gatillo.

# CAPTTULO III

## *EL HOMBRE DE BRONCE*

NUNCA logró comprender lo que sucedió después. Recordaba haber oído un sonido especial, desconocido hasta aquel momento, y lo recordó siempre hasta el último instante.

Era un canto sobrenatural, como de ave, exótica de la selva o como el susurro del viento entre los árboles de un pinar. Lo más increíble era que no se sabia de dónde venía.

Más de un indio “aymará” que presenció la escena la comentó luego, al calor del fuego de “yareta” cuando regresó a su campamento de los Andes.

Algunas personas de imaginación exaltada sostuvieron que un gran cóndor se había lanzado desde lo alto de los cielos a la tierra con terrorífica explosión y que al tocar el suelo, se había convertido como por arte de magia, en un gigante de bronce.

Pero ya se sabe que los “aymará” son seres aficionados a lo sobrenatural.

Desde luego tenían razón en afirmar la presencia súbita de un hombre de bronce en el campo de batalla; sólo que no había descendido del cielo.

Salía de entre la muchedumbre, con una velocidad que desafiaba las miradas.

Las manos de Savage poseían unos tendones casi tan gruesos como los dedos de un hombre corriente. Una de manos se cerró en torno a la muñeca de Loo.

El dolor obligó al bandido a disparar el arma.

Fue el estampido atronador de aquélla lo que hizo suponer a los indios que el hombre de bronce acababa de materializarse mediante una explosión.

Loo dejó caer el arma y asió la pistola Very. No llegó a dispararla.

Recordó a tiempo el horror que provocaría: el misterioso meteoro azul.

Entonces dejó caer también la pistola de señales, no deseando atraer sobre su propia cabeza el fenómeno.

Al hacer el movimiento reparó en los ojos del hombre de bronce. Trató de retroceder, pero había algo en aquellas pupilas que le puso los pelos de punta.

Era como si en su fondo se hubiera desencadenado una tempestad en miniatura que levantara torbellinos de agua dorada.

Los tibetanos corrieron en socorro de su jefe. Uno de ellos derribó de un golpe al policía, cuya vida acababa de salvar Doc Savage.

Los otros se lanzaron sobre el hombre de bronce.

Lo que sucedió después formaba parte principal del relato hecho por los "aymará" en torno de sus hogueras.

Dijeron que el fornido hombre de bronce había vencido, con las manos vacías, a casi una docena de hombres armados.

Y refirieron entusiasmados, cómo, corriendo de aquí para allá, tan veloz que apenas se le veía, les había descargado grandes golpes con los puños.

Domingo Loo fue de los primeros en besar el suelo.

La bella Rae Stanley consiguió sacar los brazos de las ligaduras con que se la había asegurado precipitadamente.

Descargó un directo fenomenal en la mandíbula de un tibetano. Su puño era potente.

El hombre se tambaleó, agitando tontamente las manos.

Otro atezado bandido apuntó con la boca de su revólver a la muchacha. Era evidente que trataba de asesinarla.

Las doradas pupilas de Doc se daban cuenta de todo. Aun en el ardor del combate sorprendió las intenciones del tibetano.

Giró como un rayo sobre sus talones y su puño descargó un golpe con tan desconcertante rapidez que al parecer, solo acarició la barbilla del tibetano.

Sonó un ¡pum! claro y distinto y el hombre abrió la boca casi de oreja a oreja. Se desplomó.

Doc asió por un brazo a la señorita y la sacó de allí.

—Le aconsejo que se vaya de aquí-le dijo, indicándole el camino.

Su voz era tan notable como su aspecto, una mezcla de vitalidad y de contenida energía.

Como Némesis vengadora, tornó a caer sobre los pocos tibetanos que aún quedaban en pie.

Los atezados hijos del Himalaya fueron derribados en rápida sucesión hasta que no quedó ni uno para contarlo.

Doc, cuya cabeza y hombros sobresalían por encima del gentío, buscó y descubrió con la mirada a miss Rae. Su cabeza de trenzas castañas distaba de él unos metros.

De momento estaba a salvo.

Doc se abrió paso entre la gente. Mientras se abría así camino ofrecía un espectáculo nunca visto.

Las gentes corrían a situarse delante de él. De aquella multitud salía un susurro continuado de excitación.

Doc torció a la izquierda. Trataba de alcanzar uno de los postes que sostenían los altavoces. Con destreza sin igual se encaramó palo arriba.

Desde una de las ventanas del hospital donde se hallaba en el momento de comenzar la función, había visto cómo se apoderaba de sus ayudantes el otro grupo de tibetanos.

Había sido sincera su intención de no mostrarse en público en el momento de la ceremonia, porque le desagradaba el papel de héroe popular.

Por ello había enviado a Ham a la tribuna para que ofreciera, en su nombre, las excusas que creyera convenientes.

Luego se había quedado en el hospital, porque quería asistir a su inauguración.

La benéfica institución estaba destinada a salvar muchas vidas en el curso de su existencia y un proyecto así tenía la virtud de llegarle a lo vivo.

Porque los secuestradores de miss Rae eran los que de momento tenía más a mano, era por lo que había trabado la lucha con ellos.

Poco tiempo había transcurrido desde entonces. No era posible que Monk y Ham hubieran sido arrastrados a larga distancia.

Pronto los descubrió, gracias a estar encaramado en el poste. Se los llevaban los tibetanos en dirección de una fila de coches

parados.

Pero entre él y ellos se interponían doscientas mil personas. Abrirse paso entre ellas le llevaría tiempo, incluso a un hombre de la maravillosa ligereza de Doc.

Los hilos conductores de la línea propagadora de la voz eran cables telefónicos, construidos probablemente con el propósito de que fueran tendidos en los macizos de los Andes, donde son violentísimas las borrascas y cae la nieve en abundancia.

El hilo era de un metal muy grueso, por consiguiente podría sostener, sin romperse, el peso de su cuerpo.

Convencido de ello, el hombre de bronce se deslizó por él y pasó por encima de las cabezas de los espectadores.

Muchos artistas de circo se sirven para semejante ejercicio de una varilla cualquiera que les sirve para guardar el equilibrio; pocos hay que se atrevan a valerse sólo de los brazos.

Doc no se sirvió de nada, cosa que demostraba su prodigiosa habilidad.

La muchedumbre había cesado de alborotar. En cuestión de unos segundos todos los ojos se posaron en el hombre de bronce, que avanzaba por el alambre con facilidad aparente.

Cuando llegó a su extremo, la distancia que lo separaba del suelo, era tan considerable que pocos hombres se hubieran atrevido a salvarla. Doc la franqueó tranquilamente, confiando en la elasticidad muscular de sus piernas.

Una vez en el suelo, corrió hacia la parada de coches, con el cuerpo inclinado y a toda velocidad.

Por el camino oyó jurar a los secuestradores de sus camaradas. Como entendía su idioma, se enteró de que estaban buscando un coche que no tuviera cerrada la portezuela.

Doc se trazó un plan. Con objeto de adelantarse a los bandidos, siguió avanzando a la carrera.

Los malhechores se conducen lo mismo en todo el mundo. Al propio tiempo, los coches debían estar cerrados en su mayoría, con toda seguridad.

Por ello los tibetanos tardarían en encontrar uno abierto.

Doc se dirigió a la izquierda y debido a la velocidad que llevaba, se colocó delante de la banda. Su mirada erró en torno y enseguida halló lo que buscaba: un coche que tuviera detrás una gran caja.

El elegido era un faetón descubierto, como casi todos los vehículos de los países tropicales.

Doc anotó, mentalmente, el número de matrícula. En el caso de que quedase destruido el camión a causa del plan que se había trazado, intentaba pagar a su dueño lo que le hubiera costado.

Se acercó a la caja, situada a la zaga y vio que estaba cerrada con llave.

Apoderándose de la aldaba, la retorció. Un pequeño ruido le indicó que se había roto.

En el interior del asiento había pieles curtidas de llama, viejos ponchos, una red de pescar y una tienda.

Doc se apoderó de todo ello y lo depositó dentro del coche. Aseguraba al faetón una llave para abrir y cerrar el contacto.

Doc operó en ella con un semiflexible trozo de acero, pero más grueso que una aguja, que sacó de una costura del chaleco.

Doc era un mago en cuestión de cerraduras, lo mismo que en otras muchísimas cosas.

Al cabo de un instante había puesto en marcha el motor.

Como una centella, corrió entonces a la zaga del coche, se introdujo en la caja, bajó la tapa y aguardó.

# CAPÍTULO IV

## *EL RESPLANDOR AZUL*

EL zumbido del motor era el cebo de la trampa colocada por él. Esperaba, que el sonido atrajera a los tibetanos.

Su esperanza no era infundada. Pronto oyó el rumor de unos pies que corrían por encima del suelo calcinado de la calle y el chirrido de los muelles del coche le dijeron que alguien había saltado sobre el estribo.

Luego, una voz dijo en dialecto tibetano:

—Nuestros antecesores nos sonríen. He aquí un coche abierto y a punto de marcha. ¿Quién de vosotros sabe guiar?

—Yo sé-replicó una voz.

—Pues toma el volante, ¡oh, ser dotado de sabiduría! —dispuso la voz del que por lo visto, capitaneaba la banda—. Tú coloca a los prisioneros en el asiento posterior y sujétalos bien. ¿Qué contiene esa caja de los gruñidos misteriosos?

—Un cerdo, ¡oh, señor!

—¿Un cerdo? ¡Vaya! Los hombres blancos tienen cosas incomprensibles.

—Bueno. Trae sólo al cerdo. Quizá tenga mucho más importancia de la que suponemos.

Otro tibetano murmuró:

—El hombre prudente se carga el ciervo que ha cazado en terreno vedado.

—Si-dijo otro —. ¿Para qué cargar con los dos prisioneros?

—Generación de monos locos —dijo el jefe—. Habláis en demasía. Las órdenes, del amo fueron éstas: que se cogiera a esos blancos, pero vivos.

—¡Daos prisa, imbéciles! Cargad también en el coche a nuestros

heridos.

Estas palabras concluyeron con la protesta iniciada.

El coche arrancó con violenta sacudida, inclinándose sobre un costado, salió a la carretera y corrió veloz entre traqueteos y rechinamientos.

Levantando ligeramente la tapa de la caja, Doc echó un vistazo al camino.

El coche se dirigía al parecer, a un distrito de las afueras de la ciudad, que no estaba muy poblado.

Doc bajó la tapa satisfecho. Había desperdiciado la ocasión que se le ofrecía de rescatar a sus hombres mientras se les metía dentro del coche.

Ahora debía poner en práctica un nuevo plan. Ya lo tenía preparado.

Había engañado a los tibetanos y se lo llevaban consigo, sin saberlo. ¿Qué se ocultaría tras de aquellos manejos?

Deseaba saberlo: saber quién era el jefe de aquellos bandidos.

La carrera vertiginosa se había moderado poco a poco. Ahora marchaban por un camino pedregoso.

Doc vio como asomaban los guijarros por debajo del chasis.

"Habeas Corpus" gruñía disgustado, en el interior del faetón.

Éste dobló varias veces recodos invisibles. Parecía seguir un sendero angosto. Luego se detuvo. El motor fue reducido a silencio y el cerdo dejó de gruñir.

—El zorro más astuto es el que escoge la madriguera más oculta-observó un tibetano —. Este retiro nuestro no tiene precio.

—Tienes razón. Metamos en ella a nuestros dos prisioneros —dispuso el jefe—. ¡Ah! Nuestros antepasados ven todo lo que hacemos. Nos obsequian con una caja. Está ahí, en la parte trasera del coche. Examinémosla, hijos míos. Quizá encontremos en su interior algo mediante lo cual podamos transportar mejor a los dos yanquis.

Doc oyó como un hombre daba la vuelta en torno del faetón. Unas manos rudas se posaron sobre la tapa de la caja y la levantaron.

El tibetano que efectuaba esta operación era cachigordote. Le había puesto en tal estado la costumbre nacional de beberse de treinta a cincuenta tazas de té diariamente acompañadas de

manteca.

A juzgar por su aspecto, no había sufrido muchas emociones violentas en su vida. Desde aquel momento en adelante no podría decir ya lo mismo.

Los dedos vigorosos de Doc se le clavaron como garras. Los de una mano le asieron por la garganta; los de la otra le taparon la boca.

El dolor de aquella presión violenta fue tan intensa que paralizó por completo al tibetano.

No solo, no pudo lanzar un grito, sino que además, le temblaron los miembros como atacados de parálisis.

Sin soltarlo un momento, Doc salió fuera de la caja. Por desgracia le vieron.

—¡El diablo de bronce! —exclamó uno de los bandidos.

Los otros, ocupados en sacar fuera del coche a los prisioneros, volvieron rápidamente las cabezas y miraron en la dirección que les señalaba el compañero.

Todavía llevaban puestos los ponchos y frenéticos, echaron mano a las armas que llevaban ocultas bajo los mismos.

Mucho antes de que pudieran sacarlas a la luz, Doc les había arrojado encima al rechoncho tibetano.

El improvisado proyectil cayó con suma violencia sobre dos hombres, a quienes derribó y estos dos, arrastraron a un tercero en su caída.

Sólo dos tibetanos quedaron en pie. Retrocedieron, dando saltos y tratando de desenfundar los revólveres.

Pero no habían contado con la agilidad de movimientos de su contrario.

Los golpes abrumadores de unos grandes puños les derribaron y cayeron, gimiendo.

Todo esto había sucedido en menos tiempo del que se tarda en contarlo.

Doc se acercó a los hombres que yacían por tierra, y en rápida sucesión, les asestó unos mamporros aterradores. A cada uno le golpeó de manera lo suficientemente eficiente para que le produjera unos diez o quince minutos de inconsciencia. Los vastos conocimientos que poseía de cirugía le capacitaban para ello.

Porque era en el arte de la cirugía donde Doc sobresalía sobre

todo. Los hombres más eminentes de aquella profesión cruzaban océanos y continentes para asistir a las demostraciones periódicas con que les obsequiaba el hombre de bronce cada vez que llevaba a cabo un descubrimiento nuevo.

Cuando el último tibetano quedó tendido en tierra sin sentido, Doc volvió al coche.

Monk se hallaba tendido con medio cuerpo fuera de la puerta y no se movía.

Detrás de él estaba Ham, echado cuan largo era sobre la caja del cerdo.

Como tampoco habían recobrado el conocimiento los tibetanos heridos durante la refriega anterior, sus compañeros les habían echado de cualquier manera en el suelo del coche.

Doc sacó de él, a rastras, a sus dos camaradas. Al inclinarse sobre ellos algo le dio en la nariz e inmediatamente comprendió lo que les tenía aletargados.

Olían a cloroformo, y el pañuelo empapado en dicha sustancia que, sin duda, se les había aplicado a las narices, yacía tirado dentro del faetón.

Doc asió la muñeca velluda de Monk y a continuación la más delicada, de Ham. En las dos descubrió un pulso lleno y frecuente.

Probablemente despertarían de un momento a otro, pero estaban desarmados.

Doc echó una mirada en torno. El faetón se había detenido a la entrada de una angosta garganta desolada, y árida, cuyas paredes rocosas parecían inaccesibles.

Diseminados por entre las rocas había varios arbustos raquíticos y retorcidos.

Por ninguna parte se divisaba ni una brizna de hierba.

A unos trescientos metros de distancia, como acurrucada en una de las laderas, se alzaba una casa pequeña, de rojo tejado de ladrillo.

Junto a ella se había levantado una cerca de piedra, detrás de la cual se guardaban unas cuantas llamas. Las lanudas bestias tenían la cabeza levantada y miraban en dirección al valle. En aquella actitud parecían camellos sin joroba.

Un estrecho sendero conducía a la vivienda, única al parecer, de aquellos contornos.

Así no cabía duda de que a ella se dirigían los tibetanos.

Doc Savage echó a andar en la misma dirección.

Mas no siguió el sendero, porque al hacerlo así hubiera sido blanco de algún tirador de rifle que estuviera al acecho dentro de la casa.

Los peñascos abundaban en la ladera. Doc avanzó, ocultándose detrás de ellos cuando lo creía conveniente.

Dando un pequeño rodeo, se fue aproximando a la vivienda desde el lado opuesto al cercado de las llamas, pues no deseaba que las bestias del largo cuello descubrieran su presencia mediante sus ojeadas.

Las ventanas en las casas sudamericanas están provistas, por regla general, de rejas de hierro al estilo de las prisiones de los Estados Unidos.

Mas aquélla, por estar situada en aquella remota región, era una excepción de la regla. Sus ventanas carecían de barrotes.

Es más: carecían asimismo de cristales. Eran simples agujeros abiertos en las paredes.

Doc se acercó en silencio a una de ellas, después de lo cual se puso a gatas y se quedó un instante agazapado.

Sus sentidos desarrollados por un constante ejercicio, le dijeron que la casa estaba vacía.

Entró en ella y precipitadamente recorrió todas las habitaciones, curioseando. Descubrió cosas dignas de interés.

Por ejemplo: sobre una mesa, una mantequera metida dentro de una caja, varias pastillas de manteca, de “yacku” y hojas de té. Era todo un juego de té completo, a que los tibetanos son tan aficionados.

En un rincón se habían amontonado varias cajas, todas nuevas, y pegadas a ellas se veían varios rótulos, propios de las maletas y baúles de viaje.

Como dichos rótulos tenían todos una fecha, Doc se acercó a examinarlos.

A juzgar por ellos, los tibetanos habían llegado de su país nativo sólo unos días antes.

Lo que no descubrió fue lo que deseaba. Esto es: algo que le ayudase a descubrir la identidad del jefe supremo de aquellos bandidos.

Como tampoco algo que aclarase el misterio que encerraban sus acciones.

Sonidos apagados, un grito ligero y unos estornudos llegaron inesperadamente a sus oídos. En el acto salió de la casa por una ventana.

Era Monk quien había gritado así. El simiesco químico acababa de libertar al cerdo de su encierro apenas recobrado de los efectos del cloroformo y estaba ayudando a Ham a ponerse en pie.

Mientras les contemplaba, vio como el abogado salía tambaleándose del faetón.

Miró en torno y a continuación, tornó, siempre tambaleándose, junto al coche y se metió en su interior. Doc comprendió que estaba buscando su bastón. Ham no sabía manejarse sin él. De súbito, los ojos del hombre de bronce se posaron en un punto situado a su derecha.

Allá muy lejos, sobre la cima de una colina, es decir, a una distancia de dos millas por lo menos, había sorprendido un movimiento.

La atmósfera estaba despejada y él tenía buena vista. Debido a esto distinguió en lontananza a un hombre que vigilaba la casa.

De su mano brotó una llamarada. Una chispa, de fuego verdoso se elevó en el espacio. Se había disparado una pistola Very.

La nota musical de Doc tomó cuerpo. Vaga, sobrenatural, al parecer, recorrió toda la escala musical, se disipó en el espacio repentinamente.

Doc miraba fijamente en dirección al Oeste.

Como en respuesta a aquel cohete de señales, el espacio asumió un matiz azulado, fantástico. No era el matiz del espacio infinito en un día de primavera, sino el resplandor de una antorcha gigantesca.

El resplandor extraordinario se tornó cada vez, más brillante, más intenso.

Doc se colocó un brazo delante del semblante porque su brillo era cegador.

Al propio tiempo llegó a sus oídos un silbido. Muy débil en sus comienzos, se tornó poco a poco más fuerte. Sin ningún género de duda, aquel silbido acompañaba al deslumbrante resplandor.

El silbido tenía la particularidad nunca vista de herir el oído como filo cortante de una navaja. Producía dolor de cabeza.

Abajo, en el valle, Monk y Ham se hallaban mirando en dirección al Oeste.

Ambos se habían colocado un brazo delante de las caras.

Hubiera sido más fácil mirar cara a cara, el disco incandescente del sol que a aquel fenómeno singular.

Doc levantó la voz; gritó a Monk y Ham.

—¡Colocaos a cubierto!

Ellos no le oyeron debido al silbido ensordecedor procedente del espacio por la parte del Oeste.

Doc se inclinó al suelo, cogió un guijarro redondeado del tamaño de una pelota y lo lanzó en aquella dirección. El guijarro no recorrió gran distancia, pero chocó con otros guijarros y originó un pequeño alud.

Monk y Ham lo oyeron. Ambos reaccionaron como Doc había supuesto.

Levantaron la mirada y le vieron.

Doc les hizo una seña.

Monk y Ham ascendieron rápidamente por la ladera opuesta al cañón.

El hombre de bronce comenzó a trepar por la pendiente que tenía delante.

Subía por ella con toda la velocidad de sus piernas. Al propio tiempo procuraba mantenerse a cubierto detrás de los peñascos que encontraba al paso. Sus saltos eran prodigiosos y rara, vez se mostraba al descubierto.

Al llegar a la cima de la montaña, continuó avanzando a la carrera y no paró hasta llegar al otro lado.

No había mirado atrás ni una sola vez. Ponía toda su atención en el suelo que pisaba.

Finalmente, eligiendo una hendidura entre dos peñascos del tamaño de dos casas, se dejó caer en su seno y aguardó inmóvil.

El silbido habíase tornado infinitamente más intenso. Era de lo más espantoso que Doc había conocido en el transcurso de su larga carrera.

Surgido de los cielos por la parte del Oeste, pareció descender sobre el valle, pasar rozando la tierra. Su estridencia aumentaba hasta que llegó a hacerse insoportable.

A unos pasos de Doc, una serpiente inofensiva se había colocado

sobre una roca. De pronto se condujo de un modo singular.

Retorciase, ondulaba, se mordía a sí misma. Esto lo llevó a cabo repetidas veces.

Luego, como por obra de un súbito coletazo, la fantástica luz azul retrocedió, su brillo disminuyó y pareció absorber el espantoso silbido que le había acompañado.

Doc se puso en pie y trató de volver a mirar. No lo consiguió. Le deslumbraba. ¿Qué podía ser lo que la producía?

Volviendo sobre sus pasos, desando el camino. Por dos veces tropezó y cayó al suelo. En una ocasión descubrió que se desviaba.

El hecho le contrarió de un modo extraordinario, porque siempre tenía despiertos los sentidos.

Era como si el fenómeno azul hubiera influido en su ser físico y moral, atontándole.

Una vez en la cima de la montaña, buscó con la mirada a sus camaradas.

Ni uno ni otro aparecían. Siguió adelante, descendió al valle donde se hallaba todavía el coche y diseminados en torno, los bandidos inconscientes.

Ninguno de ellos había despertado aún del aletargamiento obrado en ellos por los terribles puños del hombre de bronce o la droga del estoque de Ham.

—¡Monk! —llamó, en voz alta.

No obtuvo respuesta. Entonces pasó al lado opuesto del valle. Guijarros recién volcados le indicaron el camino seguido por Ham y Monk en la huída.

—¡Ham! —la voz potente de Doc despertó los ecos de la garganta.

Tras de los ecos reinó de nuevo el silencio más profundo con excepción del silbido en los oídos recientemente sometidos a una tortura dolorosa que se originaba del sonido penetrante que había acompañado al fenómeno.

—¡Eh, muchachos! —gritó Doc, con todas sus fuerzas—. ¿Qué os sucede?

De pronto divisó a Habeas Corpus, el cerdo de Monk.

El animal tenía patas de perro y unas orejas tan largas y grandes como abanicos. De ordinario producían el efecto más cómico.

Ahora, sin embargo, habían cambiado de un modo raro.

Doc le llamó con dulzura, pero el animal no le hizo caso. Era la primera vez que se conducía de aquel modo. Se mantenía sentado sobre las rígidas patas.

Sus ojos, las orejas, el rabo, no se movían. Doc, se bajó y lo tocó.

El cerdo huyó en línea recta. Corría desalentado, sin ver, describiendo extrañas eses. Casualmente tropezó con una roca en el camino, pero no se desvió, sino que fue a dar con su cuerpo en ella.

Entonces giró con sin igual rapidez sobre sí mismo y cargó contra Doc.

Como éste se hiciera a un lado, continuó derecho, sin variar de rumbo, y fue a chocar con otra piedra.

—¡Monk! ¡Ham! —gritó de nuevo Doc.

Siguió ascendiendo por la pendiente del cañón, deteniéndose a intervalos para llamar a sus compañeros.

De pronto oyó un sonido que le heló la sangre en las venas. El sonido procedía de un ser humano.

Pero no era articulado, entrecortado o monosilábico, sino producido por las cuerdas vocales.

Doc no volvió a vocear; avanzó apresuradamente.

Descubrió a Monk y a Ham.

Estaban horrorosos.

Tan fuerte como era, el hombre de bronce se había acostumbrado de tal modo a presenciar cosas extraordinarias, que sólo muy pocas lograban aterrorizarle de verdad.

Pero en determinadas circunstancias había sentido un terror indescriptible.

Una de estas veces fue al enterarse que su padre había sido asesinado.

Ahora sentía idéntica sensación.

Monk y Ham se habían transformado en unos seres sin inteligencia, sin que la falta de ella se debiera, sin embargo, a un defecto físico.

Mas era evidente, en el instante en que fueron descubiertos por Doc, que sus mentes estaban adormecidas.

Ambos estaban de pie, inmóviles, sin que se moviera ni un solo músculo de sus cuerpos y cuando Doc les habló, huyeron desalados, como seres salvajes que se asustan de los extraños.

Por lo visto no experimentaban ningún dolor al chocar, en su

fuga, con las piedras y al propio tiempo, emitían aquellos sonidos inarticulados que tan desastroso efecto habían causado en el ánimo de Doc.

Ham era el que más le hacia sufrir posiblemente a causa de su desastroso estado moral. Al chocar de narices con un peñasco, se echó hacia atrás, lanzando una especie de balidos apagados.

El dolor del choque-finos hilos de sangre se deslizaban rostro abajo, y le teñían los labios y la barbilla de rojo, pareció que no le afectaba lo más mínimo.

Balbuceando, se lanzó como un loco sobre Doc. Había tendido ambos brazos, pero no parecía querer descargar ningún golpe.

Doc le cogió y forcejearon unos segundos.

Todos los compañeros del hombre de bronce conocían el arte del boxeo y de la lucha japonesa. El propio hombre de bronce se lo había enseñado.

Y por ello mismo sabía exactamente la fuerza y habilidad de cada uno de ellos.

Ham exhibió ahora una fuerza muscular anormal.

—¡Estate quieto! —le ordenó Doc.

Si su amigo le comprendió, no le prestó atención. No había puesto inteligencia de ninguna especie en la lucha.

Sus golpes fueron asestados inconscientemente y trató de morder a su jefe como un animal, emitiendo al propio tiempo gruñidos y siseos.

Para Doc, que le había oído exponer y desarrollar temas relacionados con su carrera de abogado, el efecto era desastroso.

De súbito se aquietó Ham. No le había impulsado un motivo lógico para atacar a Doc; tampoco le impulsó ahora una razón determinada para dejar de importunarlo. Se quedó callado e inmóvil.

En sus pupilas había una falta absoluta de expresión, mientras que sus labios, manchados de escarlata, se abrían con un gesto de imbécil.

—¡Ham! —Doc le llamó con acento penetrante.

El abogado se llevó ambas manos a los oídos como si oyera hablar por vez primera y creyera que el sonido de aquellas palabras había surgido de su propia cabeza.

Doc le tocó.

Ham se asestó un golpe en el punto tocado y pareció no sentir el dolor de aquel porrazo que él mismo se había propinado, a pesar de que le rompió la piel y le hizo brotar sangre.

Doc extendió un brazo y con el índice le tocó suavemente en lo blanco del ojo. Al movimiento no sucedió, como era lógico, la reacción de mover los párpados.

Ham hizo un ademán convulsivo y él mismo se hubiera saltado el ojo de no haberle sujetado Doc por ambos brazos, reteniéndoselos un buen rato.

—Está suspendido el movimiento del cerebro-se dijo, pausadamente.

Ham balbucía palabras incomprensibles.

Algo espantoso, algo desconocido todavía en la tierra, había afectado a Ham y Monk con el paso del silbador visitante de los cielos.

Doc volvió junto al coche parado. En una cajita de herramientas encontró alambre, una sirga y una cinta de goma. Con estos artículos sujetó a Ham, a Monk y a los tibetanos.

Era evidente-uno de los bandidos se había sentado y su vista le sugirió la idea que también los bandidos se hallaban afectados del extraño mal.

Doc aseguró al cerdo “Habeas Corpus”. Metió a todos en el coche y tomando asiento frente al volante se los llevó a la ciudad a todo gas.

El silbido y la luz deslumbradora del pasado fenómeno eran los que habían producido aquella desconocida enfermedad que afligía a su cargamento de seres humanos. Esto era indudable.

Y si él había escapado con bien del desastre, había sido probablemente, porque se había colocado al otro lado de la falda de la colina, situándose de este modo, más lejos del radio de acción de la luz azul.

AL propio tiempo el resplandor sobrenatural había brillado, directamente, sobre su cabeza.

Doc llevó deprisa el coche sin dejar de observar en torno.

# CAPÍTULO V

## *BAJO LA GARRA DEL TERROR*

LA carretera ascendía dando vueltas, en torno de las colinas adyacentes.

Por cierto que, desde la cima de algunas, se divisaba el edificio del hospital en construcción. La distancia que le separaba de él le hacía ver a las personas que allá había como granos de arena de diversos colores.

La multitud no se había dispersado todavía. Algunas personas habían visto el resplandor inusitado que acababa de teñir de azul el espacio y habían oído, a pesar del barullo incesante, el agudo silbido que le acompañaba.

—Ha sido un meteoro-murmuró un hombre de los allí congregados.

—No-replicó otro —. ¿Dónde se ha visto un meteoro azul?

—Sí, si —Ha sido un meteoro singular. Su luz deslumbra aún a distancia.

—¿Oyó usted el terrible sonido que le acompañaba?

Una mujer joven era el único ser de aquella muchedumbre que no demostraba interés por lo sucedido. Se abría paso por entre la gente lanzando al propio tiempo miradas en torno que denotaban su nerviosismo.

Sus negras pupilas eran lagos de terror.

Rae Stanley-pues era ella-había creído más conveniente permanecer entre la multitud que alejarse de ella. Conforme a esta idea se había sentado sobre una pira de madera y había esperado.

Había visto a sus apresadores, momentáneamente vencidos por el hombre de bronce, recobrar el sentido y huir de aquel lugar.

Ella había permanecido quieta y ahora se empinaba sobre la

punta de los pies para mirar a su alrededor.

Por un momento pareció que iba a exhalar un grito y se volvió dispuesta a echar a correr.

Pero ya era tarde. Un hombre habíase adelantado rápidamente y la asió por un brazo.

—No te alegras de verme, por lo visto-le dijo. Parecía preocupado y miraba con elocuencia en dirección a las montañas por donde había surgido el meteoro.

—Shrops-exclamó, consternada, la bella.

—No te he perdido de vista-díjole Shrops, en tono seco.

Miss Stanley le dirigió una mirada de aborrecimiento y no contestó.

—Has tratado de prevenir al hombre de bronce, ¿eh? —dijo Shrops, con acento sarcástico—. Por ello corriste al verme. Pero ya te había visto hablar con aquel hombre semejante a un gorila y con su acompañante, el del bastón de caña negra.

—Si, he tratado de avisarle-repuso miss Stanley con aire de desafío: —Ahora te oí explicar tu plan.

—¡Ajá! ¿Y cómo has logrado salir de tu habitación?

Ella no respondió.

Shrops miró perplejo en dirección a las montañas y luego con el ceño fruncido a la muchacha.

—¿No recuerdas, lo que Él puede hacer en castigo de tu fechoría? ¿Qué harías si mandara yo ahora un cable al Tibet?

La muchacha palideció visiblemente. Apretó los labios y sus ojos demostraron un terror más intenso todavía.

—Ya he pensado en... eso-explicó como si cada palabra que pronunciaba le causara una tortura.

—Él cumplirá lo prometido. Pero puede que te perdone si no haces más tonterías. En marcha.

Y el “cockney” dio un golpecito significativo sobre uno de los bolsillos de la americana. El bulto que el bolsillo hacía en aquel punto descubría la presencia de un arma de fuego.

Pero, en lugar de obedecerle, miss Stanley echó una mirada en torno como si buscara un policía.

—¡Como chilles Él te romperá la cabeza! —le advirtió Shrops—. No creas que le inspirará repugnancia romperle la cabeza a una mujer, porque podrías equivocarte. Ven conmigo.

Con Él, el hombre aludía indistintamente a su propia persona o al revólver.

Miss Rae no demostró intención de obedecer. Se hallaba desesperada y dispuesta a arriesgar la vida antes que acompañar al “cockney”.

Shrops se dio cuenta de lo que sentía. Dentro del bolsillo de su americana se oyó el “clic” con que amartillaba el revólver.

—No seas boba-dijo entre dientes —. Él enviará el cable al Tibet, te dio palabra, después de haber hecho fuego sobre ti. Obedéceme y saldrás con bien de todo esto.

La muchacha libraba una espantosa batalla consigo misa, dudando entre seguir a Shrops o no.

Su rostro indicaba el aborrecimiento que el sujeto aquel le inspiraba y al propio tiempo el temor de alguna venganza espantosa aparte de la amenaza de morir en aquel instante de un tiro, que aparentemente, el hombre podía atraer sobre su cabeza: venganza relacionada, sin ningún género de duda, con la repetida amenaza de enviar un cable al Tibet.

—Usted es… usted es-dijo con voz ahogada y ronca.

Pero acompañó al “cockney”.

Unos treinta minutos después entraban él y miss Stanley en una pequeña posada situada en la carretera, a unas millas de la ciudad.

La posada era un edificio de piedra y fango que repelía la vista. En su interior no había bar donde se sirvieran bebidas, ni se había librado nunca una contienda que acabase a tiros, puñaladas o puñetazos.

Su aspecto era decoroso, por consiguiente.

Pero, a pesar de su decoro, la posada era nido famoso de todos los tunantes de la ciudad.

Los criminales que se albergaban en ella se conducían sobriamente, esto era lo acordado, y con esta conducta, escapaban a la vigilancia de la policía.

El amo les obligaba a pagar crecidos emolumentos y no consentía que alborotasen.

Varios tibetanos que andaban ociosos por la posada sacaron un palmo de lengua al ver aparecer a Shrops en compañía de miss Rae.

Ni uno ni otra tomaron el hecho en consideración. Estos tibetanos eran oriundos de un pueblo vecino a la frontera mongola,

y en él es costumbre saludar a los amigos mediante el gesto mencionado.

—¿Algunos de entre vosotros, estacas de la lengua pendiente, ha traído sobre nosotros la amenaza del meteoro azul-deseó saber Shrops.

—No, mi amo-replicó uno de ellos.

La respuesta ocasionó al “cockney” visible disgusto.

—Esperaremos, pues, a que aparezca alguien que se acuse de haberlo hecho-dijo con un gruñido —. El meteoro no debía aparecer cuando lo hizo.

Domingo Loo apareció tambaleándose en la posada. Sobre la mandíbula ostentaba una mancha tan negra como la tinta.

Allí había recibido el primer puñetazo de Doc y a juzgar por su aspecto todavía no se había recobrado del todo de su poco afortunado encuentro con el gigante.

Otros tibetanos fueron apareciendo a su vez. Eran los individuos que, en unión de Domingo Loo, habían tratado de capturar a miss Stanley y habían sido vencidos por la fuerza prodigiosa del hombre de bronce.

—Buena la habéis hecho-les dijo con ironía Shrops —. Por lo menos veo que habéis arrastrado hasta aquí a vuestras preciosas personas. Ya es algo.

Su rostro se nubló de rabia al recordar cómo había sido derrotado Domingo Loo y casi una docena de tibetanos.

—El perro fiel que nunca ha visto a un león-murmuró Loo —, comete la equivocación de atreverse a morderle.

—¿Es eso un bofetón que me asestas por haberte enviado a combatir al hombre de bronce? —gruñó Shrops.

—Me apresuro a pedirte mil perdones, oh señor-murmuró apresuradamente Loo —. No he querido ofenderte.

Shrops tornó a gruñir.

—Pues no te pongas tonto. Y si conoces por qué apareció el meteoro azul, más vale que me lo digas.

—El meteoro azul se ha vuelto contra ti-exclamó miss Rae, interviniendo en el diálogo —. Me alegro.

—Me parece que yo te voy a señalar, bella mía-aulló Shrops, sacando del bolsillo el revólver.

La muchacha se puso blanca, comprendiendo que había abusado

de la paciencia del “cockney”, El hombre estaba disgustadísimo, a causa del intempestivo resplandor azul surgido en los cielos y de aquí que se le agotase la paciencia.

Loo giró sobre los talones y huyó sin avergonzarse.

—Cierra el pico o recibirás tu merecido —siguió diciendo Shrops a la muchacha, con acento de amenaza—. Ve a tu habitación. Quiero ver cómo te quitas de en medio.

La acompañó a una pequeña habitación oscura, situada en la parte trasera de la posada. La sola ventana que había en ella, estaba cerrada con barrotes, cruzados, de metal. Shrops tiró de ellos en rápida sucesión y pareció asombrarse de hallarlos enteros.

Llevando adelante su registro, acabó por fijar la atención en la puerta.

—Ah, veo que has sacado los clavos de los goznes-rezongó —. Bueno, en castigo de esto, Él pondrá al otro lado de la puerta la guardia.

En cuanto se hubo asegurado de que la muchacha quedaba presa, Shrops tornó a la habitación principal, delante de la cual acababa de detenerse un coche. Saltando de su interior, el recién llegado corrió al encuentro del “cockney”.

—¿Has descubierto ya quién es el causante del fenómeno azul-le interrogó enseguida Shrops.

—No, mi amo-gritó el hombre —. Soy el fiel servidor a quien se ha enviado a destruir el aeroplano del hombre de bronce.

—¿No lo sabes acaso? —replicó sarcástico, Shrops—. Si no puedes explicar lo ocurrido antes, ¿qué es lo que te trae por acá? ¿Qué sucede?

—Sucede que por poco me matan-exclamó el tibetano.

—Calma, cerdo apopléjico. ¿Destruiste el avión?

—Sí, señor. Era un aparato de metal, pero le abrí varios agujeros en los tanques y se derramó la gasolina. Entonces le apliqué una cerilla. El ave construida por mano de hombre se ha consumido como una pavesa.

Shrops hizo un gesto de satisfacción.

—De esta manera Doc Savage se verá obligado a regresar a su patria por mar. El “Doncella de América” le vendrá a las mil maravillas.

—¡El “Doncella de América”, mi amo? ¿Qué buque es ese? —

preguntó el tibetano, perplejo.

—Ese nombre ha sido pintado anoche, sobre el espejo de popa-le explicó Shrops secamente.

—Tu torpe servidor no comprende todavía...

—Quiero decir que el buque es el mismo que nos ha traído a estas playas.

—¡Ah! Ahora se disipa mi ignorancia. Pero, ¿crees que Doc Savage tomará pasaje a bordo del “Doncella de América”, mi amo?

—Nada puede despertar las sospechas del hombre de bronce-dijo Shrops en son de mofa. No es desusado que sea china la tripulación de un buque que surca el Océano Pacifico. De todos modos, el Capitán le mostrará documentos que acrediten que es un costero inofensivo. Su velocidad es notable, y esta cualidad moverá a embarcarse en él al hombre de bronce.

Unos diez minutos más tarde llegó otro tibetano a la posada. Traía los ojos desorbitados de puro excitado y respiraba con la fatiga que se origina de una larga carrera.

—Te traigo malas nuevas, mi amo-anunció, atragantándose.

—¿Qué? —preguntó Shrops—. ¿Se trata del meteoro azul?

—Del hombre de bronce-explicó el otro —. Se ha ocultado en el interior de la caja que iba a la zaga del coche que transportaba a los dos prisioneros, y al llegar al valle ha saltado al camino. Vergüenza me da tener que confesarlo, pero ha vencido a todos los nuestros que iban en el coche, sin esfuerzo aparente.

—¿Y tú qué has hecho? ¿No has tratado de ayudarles?

—Tu servidor es el vigía colocado en una colina a distancia, ¡oh, señor! —explicó el tibetano—, y por ello no pude llegar a tiempo al lugar de la refriega.

—Pero hice lo que pude: llamé al meteoro azul.

—¡Ah! ¿Por eso se mostró de modo tan inesperado?

—El meteoro azul descendió sobre el valle, pero los antepasados del hombre de bronce velaban sobre él y huyó tan lejos que escapó a su influencia.

—¿Dónde se halla ahora?

—Cuando vi por última vez a su asquerosa persona, introducía dentro del coche a nuestros hombres y a sus dos camaradas. Supongo que habrá emprendido el camino de la ciudad.

Shrops comenzó a jurar en voz alta. Maldijo en dialecto

tibetano, hasta que sin duda, apurados todos los calificativos de que se hallaba provisto, recurrió al inglés.

—Ese hombre de bronce es peor enemigo de lo que me figuraba-gruñó, al conseguir hablar con más calma.

Con el rostro encendido de ira, reflexionó un instante. Luego, mascullando palabras incomprensibles, salió al camino y pidió a gritos un coche.

—Él va a ver en persona a ese Doc Savage-manifestó —. Él tiene un plan.

# CAPÍTULO VI

## *LA VISITA DEL "COCKNEY"*

LA Taberna Fresca, hotel situado en la parte baja de la ciudad, del que Doc Savage había hecho su cuartel general, no era el edificio más lujoso de la ciudad.

Sin embargo, sus paredes eran gruesas, sus habitaciones frescas y estaban dotadas de ciertos aditamentos confortables-ventiladores y agua helada, que no eran de despreciar en aquel clima abrasador.

Un sendero daba acceso a la puerta de servicio que se abría en la parte posterior de la posada.

Doc Savage, llegando con su carga de seres anormales del valle donde se había desarrollado la escena espantosa que ya conocemos, detuvo el faetón delante de aquella puerta y subió la escalera llevando sobre los hombros los bien atados cuerpos de Monk y de Ham. Por casualidad no le vio nadie. Bien es verdad que subía la escalera de servicio.

Al llegar al primer piso abrió de par en par la puerta de entrada a la serie de habitaciones ocupadas por él y por sus compañeros, y entró cargado con aquellos pobres seres.

Dos hombres que estaban sentados en la estancia se levantaron, al verle, de un salto, y se le quedaron mirando asombrados.

—¡Por el toro sagrado! —rugió uno de ellos con voz semejante al rugido de un león calenturiento.

Era Renny.

—¿Qué les ha ocurrido, Doc? —preguntó el sujeto que se hallaba junto a Renny.

Era Long Tom o por otro nombre, Tomás Roberts. El mago de la electricidad, como era llamado por cuantos le conocían.

Doc transportó la carga hasta el dormitorio.

—Mis instrumentos-ordenó en tono vivo.

Renny y Long Tom se metieron a escape en una habitación contigua y salieron con cajas de metal que guardaban el material quirúrgico de Doc.

Le componían desde los endoscopios que sirven para explorar los pulmones, hasta un aparato completo, destinado a examinar todas las partes del cuerpo humano mediante los rayos X.

Con sus instrumentos a mano, Doc se puso a trabajar sobre Monk y Ham.

Deseaba averiguar de qué clase de encanto habían sido víctimas después de estar expuestos al resplandor azulado de los cielos.

—Delante de la puerta de servicio hay un coche parado-dijo a Long Tom y Renny —. En su interior encontraréis a unos individuos atados fuertemente. Traédmelos, ¿queréis? Y también al cerdo. ¡Pero no desatéis a ninguno!

Renny y Long Tom salieron con cara perpleja.

No tardaron en volver trayendo consigo a los tibetanos. A la expresión de asombro había sucedido en sus rostros otra de franco terror.

Comprendieron que aquellos hombres habían perdido el uso de las células cerebrales.

Todas las víctimas fueron colocadas en el dormitorio. Renny y Long Tom, al lado del hombre de bronce, presenciaron su actuación.

Los dos guardaban silencio, porque veían que Doc, luchaba con un profundo misterio, con algún horror culminante.

Ni uno ni otro se atrevió a preguntarle lo que les había sucedido a Monk y a Ham, a pesar de que les devoraba la curiosidad. El hombre de bronce trabajaba ahora; más tarde entraría en explicaciones. Sabían por experiencia que sólo hablaba cuando le parecía bien.

El tiempo transcurría lentamente, al parecer, y de aquel modo pasaron unos quince minutos. Fue entonces cuando sonó el grito fantástico de Doc.

Aquel ruido singular recorrió la escala musical por espacio, tal vez, de un cuarto de minuto, luego dejó de vibrar como si se lo hubieran engullido las paredes del dormitorio.

Renny y Long Tom se agitaron, intranquilos. Sabían que el grito

significaba algo momentáneo.

—¿Qué es, Doc-preguntó Long Tom.

—Los nervios y centros cerebrales se hallan privados, al menos por ahora, de movimiento-respondió Doc.

—Así ¿no pueden usar sus cerebros? —exclamó, consternado, Long Tom.

—No, desde luego. Sólo viven sus carnes y huesos, pero carecen de la voluntad de pensar o de guiar sus movimientos.

—¿Han sido destruidos sus cerebros? —interrogó Renny, presa de un terror indescriptible.

Doc no respondió.

Long Tom apretó los pálidos puños y sus labios se movieron, mas no logró articular palabra, tan intensa era su emoción.

—Nada. Ni uno ni otro responden a los estimulantes o analépticos que les he suministrado-dijo al cabo Doc.

Les aplicó una inyección y los dos hombres se quedaron más tranquilos.

—Son opiatas. Así dormirán.

—Sólo sus cuerpos viven-murmuró Renny afligido —. ¿Qué es lo que ha originado el estado en que se hallan?

Rápidamente y escogiendo las palabras más expresivas del vocabulario, Doc describió de una manera que le hubiera envidiado más de un novelista, lo ocurrido, comenzando con la aparición en escena de miss Rae Stanley, y terminando con la llegada al valle, en las afueras de la ciudad, del fantástico y silbador enigma de los cielos.

—Pero, ¿qué ha sido ese fenómeno azul? —deseó saber Renny.

—Te he dicho todo lo que sé-replicó secamente Doc.

—Quizá un meteoro desconocido-insinuó Long Tom.

Renny se inclinó sobre los cuerpos de sus amigos y les examinó, les tocó.

Estremecido, se apartó de junto a ellos.

—Son.. muertos vivos-murmuró.

La conversación fue interrumpida por el ruido de pasos precipitados en el pasillo. La puerta se abrió violentamente.

El hombre que entraba tuvo necesidad de inclinarse levemente para evitar que chocase su cabeza con la puerta.

Era “Johnny” o Guillermo Harper Littlejohn, arqueólogo y

geólogo eminente, quinto de los hombres de Doc.

—Han quemado tu aeroplano, Doc-dijo excitado, al entrar.

El semblante de bronce no varió de expresión al anuncio del desastre, pero los remolinos diminutos que a menudo alteraban la calma de los dorados lagos de sus pupilas se precipitaron un poco.

—¿Cómo ha sucedido eso, Johnny?

—Me tocaba a mí prepararlo todo para nuestra marcha a Nueva York-explicó entonces Johnny —, y por ello me hallaba en el campo de aviación metido en una casilla donde se guardan la gasolina y las herramientas, cuando de pronto oí un ruido singular. Salí a la puerta de la casilla y vi el aparato envuelto en llamas.

—Pero si era todo él de metal-exclamó Renny.

—Ya lo sé; sin duda el sujeto debió agujerear los tanques de la gasolina.

—¿Qué sujeto?

—Un pájaro de mal agüero a quien vi salir escapado-explicó Johnny jugando con su monóculo —. Era un perro sentado. Corrí en pos de él, pero le aguardaba un coche y huyó.

Johnny varió ligeramente de posición y uno de los hombres dormidos penetró entonces en el campo de su visión.

—¡Con cien mil de a caballo! —exclamó—. ¿Qué sucede aquí?

Sin aguardar una respuesta se metió de un salto en el dormitorio. Asió los dormidos cuerpos de Monk y de Ham y les sacudió como para devolverles a su estado normal.

Prestó atención a los sonidos que hacían: horribles aullidos rápidamente articulados, puesto que las cuerdas vocales los emitían con el ir y venir de la respiración.

En ocasiones, aquellos sonidos se parecía a los ladridos lanzados por una jauría de pura raza.

Estudió las expresiones estúpidas de ambos semblantes y se tornó muy pálido.

—¿Qué les ha sucedido? —preguntó con voz velada.

—Sus cerebros han dejado de funcionar por completo-replicó el hombre de bronce.

Johnny se humedeció los labios con la lengua y se enjugó la frente inundada repentinamente de sudor.

—Jamás oí decir semejante cosa. —balbuceó, sorprendido.

—Ni yo tampoco-le dijo Doc —. Es misterioso. Y sin exagerar lo

más mínimo, es la cosa más horrible con que hemos tropezado en el curso de nuestra carrera.

Johnny aprobó la declaración con un pausado movimiento de la cabeza.

—Por lo visto, el mal ataca la cabeza, no el cuerpo-observó, pensativo —. Mal negocio. ¿Qué es lo que les ha puesto en ese estado lamentable?

Doc tornó a narrar los acontecimientos pasados, mencionando la aparición de miss Rae Stanley.

—EL sibilante proyectil azul que pasó por encima del valle-dijo para terminar —, les durmió el intelecto. A mí no me ha afectado porque estaba más lejos.

Johnny tornó a jugar con el monóculo y luego lo utilizó para indicar a uno de los dormidos tibetanos.

—EL individuo que ha destruido el aeroplano pertenece a la misma raza-dijo.

—¿Con qué objeto lo habrán destruido? —se preguntó Renny en voz alta, abriendo y cerrando los puños.

—Si empleas un poco de lógica en tu razonamiento-dijo Doc —, descubrirás dos razones: hay quien desea que no nos movamos de aquí o por el contrario, desea que partamos hacia el Norte empleando un medio distinto de locomoción…

—En cuyo caso tendremos que viajar por mar-observó Renny.

Sin contestar, Doc se acercó al teléfono, cambió algunas palabras con una casa consignataria y tornó a dejar el auricular en su puesto.

—La casa, nos recomienda un vapor pequeño, sumamente ligero, que se llama “Doncella de América”. En él volveremos a los Estados Unidos. Pero antes Renny tomará informes.

Shrops, el “cockney”, se hubiera sorprendido al oír a Doc, porque no sólo juzgaba su plan como uno de los más hábiles, sino que además, le parecía que no podía despertar recelo.

Renny partió en busca de los informes pedidos.

—Long Tom-dispuso el hombre de bronce —, para ti también hay trabajo.

—Dispón lo que te parezca.

—Quisiera que telefonees a Nueva York a la Sociedad Americana de Físicos.

—Llama desde las oficinas de la Telefónica. Dista de aquí sólo

unos pasos y te servirá más deprisa.

—¿Con quién debo ponerme al habla? —interrogó Long Tom.

—Con quien quieras. Lo que deseo es que te enteres de dónde se halla al presente el profesor Elmont Stanley. De paso averigua si hay alguna mácula, en su hoja de servicios. Y también toma informes de su hija miss Rae Stanley.

—¿Quién es el profesor Stanley?

—Un astrónomo; uno de los sabios más distinguidos. Sus estudios versan sobre la composición de los planetoides. No le conozco personalmente, pero he leído sus obras científicas.

—Así, ¿es un caballero que se ocupa en estudiar de qué materia están formadas las estrellas?

—Precisamente.

—¿Qué papel representa en este misterio, Doc?

—El de padre de miss Rae, la señorita que habló con Monk y Ham.

Renny y Long Tom demostraron súbita sorpresa.

—¿La conoces tú? —le preguntaron.

Doc meneó la cabeza.

—No la había visto en mi vida.

Como en respuesta a la pregunta, sacó del bolsillo de su chaqueta unos gemelos potentes y se los volvió a guardar.

Nada más se necesitaba para hacer comprender a sus compañeros cómo había identificado a la señorita. Doc tenía mucha práctica en seguir los movimientos de los labios de la persona que habla.

Observando a la atractiva mujer que se acercara a Monk y Ham, había entendido, probablemente, lo que les decía.

—La señorita dijo a nuestros compañeros que su padre es el Profesor Stanley.

Enterado ya de lo que deseaba, Long Tom partió satisfecho, y se dirigió a la oficina de la Telefónica, desde donde llamó a Nueva York.

Doc continuó su examen de Monk y de Ham, a quienes administró más analépticos y drogas destinados a estimular su actividad mental, pero con resultado nulo de momento.

Los medicamentos conocidos no producían el menor efecto en su condición y estado mental.

Sonó el timbre del teléfono y el flaco Johnny se puso al aparato.

—Un hombre llamado Juan Mark Shrops desea hablar contigo-anunció a Doc.

Doc guardó silencio un momento y al cabo, respondió:

—Shrops es el sujeto que asustó a miss Stanley cuando estaba hablando con Monk y Ham.

Johnny se quedó boquiabierto.

—¿Cómo...? —comenzó a decir.

—La señorita al verle, dejó escapar su nombre-le explicó Doc.

—Pues entonces tiene valor al venir aquí.

—Di que suba-dispuso Doc.

Juan Mark Shrops arribó unos segundos después. Venía correctamente vestido y traía el rostro más colorado que nunca.

AL sonreír graciosamente, mostró los largos dientes.

—Le agradezco que me haya permitido subir-dijo, en un tono amable —. Los hombres de su importancia no permiten que se les acerque un extranjero.

Doc le saludó cortésmente, pero no pareció ver la mano que le tendía. Para no herir su amor propio, sin embargo, se limpió los dedos, como si les tuviera manchados por las substancias químicas empleadas poco antes.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Muchas cosas-replicó Shrops —. Él ha oído decir que es usted aficionado a solucionar problemas ajenos. ¿Se equivoca?

—No. ¿En qué puedo servirle?

—Él se encuentra en un apuro, pero no es Él sólo. Se trata también de unos pobres diablos.

—A ver. Explíquese usted.

—¿Conoce a Mo-Gwei?

—¿Mo-Gwei? —repitió Doc, como si no comprendiera.

—Sí. El de la cara de demonio-murmuró Shrops —. Es un hombre muy malo. Ha despachado a miles de pobres diablos, pero por aquí se ignora el hecho porque su campo de operaciones está en el Tibet. El mundo desconoce sus tropelías; el mundo las conocería muy pronto si no se le detiene en su carrera.

—Precisemos un poco. ¿Quién es ese Mo-Gwei? —preguntó Doc, impaciente.

—El criminal más sanguinario que ha sustentado la tierra, se lo

digo yo-replicó gravemente Shrops —. Es más; parece haberse apropiado de un arma elaborada por el mismo demonio. Nadie sabe exactamente lo qué es, pero se le llama el meteoro azul.

Johnny, el huesudo arqueólogo, dejó caer abstraído el monóculo.

Dirigiéndose rápidamente a abrir la puerta del dormitorio, Doc hizo una seña a Shrops.

—¿El meteoro azul afecta a sus víctimas de esta manera? —interrogó a Shrops.

El "cockney" se acercó a la puerta y miró al interior del dormitorio. Dio muestras visibles de profunda emoción.

Unió las manos, abrió un palmo de boca y dejó escapar un tremendo suspiro.

—¡Oh! Mo-Gwei está aquí, en este país —exclamó.

—¿El meteoro azul provoca una completa inactividad mental? —preguntó Doc.

Shrops bajó la cabeza.

—Tú lo dices.

—Y, exactamente; ¿qué es lo que produce semejante estado?

—Nadie lo sabe-repuso Shrops.

—Pero, ¿se sale de él alguna vez?

—A veces sí; a veces no. Depende de lo cerca que se haya estado del meteoro.

Doc pensó la respuesta un instante.

—¿Ha venido del Tíbet para pedirme que combata a ese Mo-Gwei? —deseó saber.

—Precisamente. Él es emisario secreto del Gobierno. El secretario del Gran Lama, que rige el país, le envía aquí y le paga sus gastos.

Los ojos dorados del hombre de bronce se clavaron en el "cockney". Hacía de él un estudio, le juzgaba. Exteriormente parecía un sujeto vulgar, algo tonto, a pesar de sus frases rebuscadas.

El acento y las palabras mal dichas de su discurso reforzaban aquella impresión.

Pero detrás de todo ello Doc entrevió un espíritu sutil y astuto. Sospechaba que aquel "cockney" era uno de los bandidos más listos que se había echado a la cara.

Le inspiraba desconfianza, sobre todo, porque a su sola vista había huido miss Stanley. Doc decidió sacar a relucir este asunto por lo que pudiera ser.

—¿Quién es miss Rae Stanley? —le preguntó a boca de jarro.

Shrops se mostró sorprendido, pero salió del paso con una explicación plausible.

—Es una señorita que ha venido del Tibet por su propia voluntad para pedir su ayuda-respondió.

La respuesta no era la que Doc había esperado.

—¿Qué le ocurre?

—Él no sabe.

—¿Por qué le teme? —siguió preguntando Doc.

Sin vacilar, respondió Shrops:

—Sabe que vengo también del Tibet y equivocadamente, cree que Mo-Gwei me ha mandado que lo impida.

Cualquiera que en aquellos momentos, hubiera mirado el rostro de Doc, hubiera pensado que creía a pies juntillas la historia del “cockney”.

En el fondo se estaba dando cuenta de que se hallaba delante de uno de los tunantes más hipócritas del mundo. Era tan escurridizo, que no se sabia cuándo mentía, ni cuándo decía verdad y Doc tenía experiencia en materia de psicología.

—¿Por qué el Gobierno del Tibet no envía contra ese Mo-Gwei un destacamento de soldados y lo hace prisionero? Ese es el modo de proceder en aquellas regiones.

—Nadie ha contemplado jamás, hasta ahora, la cara de ese bandido-repuso Shrops —. Nadie ha podido ponerle las manos encima. Por ello solicitamos la ayuda de usted…

Doc hizo un gesto de comprensión. Demostraba una indiferencia notable.

Aquella situación extraordinaria, capaz de despertar la emoción del hombre sensible, le parecía a juzgar por su actitud, cosa de todos los días.

—Si me lo permite, pensaré la respuesta-dijo Doc al “cockney” —. Dónde podré encontrarle?

—¿Cuánto tiempo va a tardar en darme una respuesta? —preguntó, a su vez el “cockney”.

Doc miró por la ventana. El sol descendía sobre el horizonte,

dentro de veinte minutos sería ya noche cerrada.

—Antes de medianoche-prometió.

El hombre sonrió.

—No está mal, “governor” —dijo—. Volveré dentro de una hora.

Se plantó el hongo ladeado y se marchó.

La Taberna Fresca no tenía ascensor; Shrops tuvo que bajar a pie la escalera. Al llegar al vestíbulo se dio un imaginario apretón de manos.

—¡Bien, Shrops! —se dijo—. Él es un “as” en materia de proyectos.

# CAPÍTULO VII

### *DESAPARICION EN EL TIBET*

DOC Savage dio a Juan Mark Shrops el tiempo suficiente para bajar la escalera y después dijo a Johnny.

—Permanece aquí al cuidado de Monk, Ham y los bandidos. De momento, nada más podemos hacer por ellos. Antes de proceder a su curación hay que conocer la causa exacta de su lamentable estado.

Johnny afirmó con un gesto, monóculo en mano.

Doc sacó la aguja hipodérmica que ya había usado antes, para tranquilizar a los enfermos.

—Si se tornasen violentos, utilízala-advirtió —. Se trata de una opiata. Y sobre todo, no los desates. Deben continuar ligados desde el momento en que carecen de inteligencia y por consiguiente, se hallan expuestos a toda contingencia desagradable.

Se acercó a la ventana, saltó sobre el alféizar y descendió a la calle, valiéndose de las hendiduras que le ofrecía la pared como punto de apoyo para pies y manos. Las hendiduras no eran muy grandes, pero podían utilizarse a modo de peldaños de una improvisada escalera.

Al cabo tocó con los pies el edificio de un solo piso que había debajo y recorrió su tejado. Separaba a los edificios un pequeño espacio vacío.

Doc recorrió uno tras de otro y así llegó a un solar. Aquí debió dar un salto notable en el vacío, lo que hizo sin esfuerzo aparente.

Jamás los músculos gigantes de su cuerpo habíanse puesto en juego con mayor eficiencia.

Al llegar al final de la manzana desocupada, descendió a la calle. Una vez en ésta se acercó a la primera esquina, sin doblarla.

Del bolsillo de la chaqueta extrajo un tubo de metal poco mayor que una aguja de inyecciones. Este tubo tenía una lente en uno de sus extremos.

Estiró del tubo alargándole cosa de dos pies como si se tratase de un telescopio y lo apuntó en dirección a la esquina. Hecho esto, miró por la lente.

El aparato era en realidad, un maravilloso periscopio. Reflejado en sus espejos y lentes de aumento, Doc divisó a Juan Mark Shrops.

El “cockney” iba calle abajo, alejándose de La Taberna Fresca. Tan rápidamente había salido el hombre de bronce del hotel, que el bribón no había tenido tiempo, todavía, de perderse de vista.

Mientras le observaba le vio meterse en un portal, y aguardar sacando de vez en cuando la cabeza a la manera de una tortuga.

Evidentemente vigilaba el hotel, con objeto de comprobar si se le seguía.

No se le pudo ocurrir, claro está, que el espía pudiera hallarse delante de él.

Doc aguardó. Shrops no parecía tener prisa. Encendió un cigarrillo y arrojó la cerilla.

Como el valerse sin cesar del periscopio hubiera llamado la atención de los transeúntes, Doc lo utilizó sólo lo indispensable para no perder de vista a Shrops.

En los intervalos permanecía con la espalda apoyada en la pared como quien toma el fresco.

Por suerte transitaba poca gente por la calle. Los peatones que pasaban, eran en su mayoría indios, que envueltos en sus ponchos, contemplaban los escaparates de las tiendas, con la avidez de quien sólo en raras ocasiones puede bajar a la ciudad.

El sol descendía ahora, sobre el Pacífico. Producía la sensación de que quería ocultarse detrás de él.

El ruido de unos pasos acompasados que sonaban del lado opuesto llamaron la atención del hombre de bronce. Era Long Tom que volvía de la oficina telefónica.

Hubiera pasado sin darse cuenta de la presencia de su jefe allí, de no haber oído de pronto, la nota fantástica que llenaba los ámbitos de la calle. Aunque no era muy fuerte, la nota poseía una intensidad sorprendente y llegó a oídos de Long Tom.

Long Tom sabía dominar sus impresiones hasta el punto de no

mostrar excitación. Sus ojos vagaron en torno y descubrió a Doc Savage.

Cuando cruzó la calle lo hizo de la manera más natural como si desde el primer momento hubiera pensado variar de acera.

Al llegar junto a Doc, le dijo con acento sombrío:

—El Profesor Stanley se halla en el Tíbet, estudiando la naturaleza de un misterioso meteoro azul.

Doc aprobó estas palabras con un ademán. Parecía esperar los informes aportados por el geólogo y era natural que fueran el resultado de su llamada a Nueva York.

—El Profesor Stanley ha dirigido ya, varias expediciones destinadas a la investigación de los meteoros-explicó a su asociado —. Su especialidad es estudiar la composición de los aerolitos.

—Pero el caso es que ha desaparecido-concluyó Long Tom.

—¿Desaparecido? —exclamó Doc en, voz baja, para no llamar la atención de Shrops.

—Sí. La Sociedad que envió al Profesor y a su hija al Tíbet no sabe nada de su paradero.

—¡Ah! Conque la hija le acompañaba, ¿eh?

—Sí, en calidad de fotógrafo oficial.

—¿Qué pasos se han dado para encontrarlos?

—Los usuales: reclamaciones por medio de los consulados, etc. Y lo extraordinario es, Doc, que los miembros de la Sociedad científica que envió al Profesor al Tibet desean ahora que averigües su paradero.

Doc se valió del periscopio con objeto de asegurarse de que Shrops no se había movido de su puesto, pero, no hizo ningún comentario a la declaración de Long Tom.

—Justamente iban a llamarte-siguió diciendo el geólogo —, cuando yo me comuniqué con ellos. Ha sido una feliz coincidencia, ¿no te parece?

—Háblame de la desaparición de Stanley. ¿Qué hizo últimamente?

—Pues salió de Lasa, capital del Tibet, con una caravana en dirección del desierto y después nada más se ha sabido de él.

—¿Pasó alguna vez por el desierto el meteoro azul?

—Hace ya muchos años. El Secretario de la Sociedad me lo ha contado, aunque, desde luego, cree que se trata de rumores sin

fundamento. Parece ser que el meteoro recorrió en su carrera varias regiones del Tíbet y que hirió a varias personas. En el Tibet se afirman cosas fantásticas. Se dice que esas personas perdieron el uso de su inteligencia.

—Lo sucedido a Monk y Ham demuestra que no son tan fantásticas-observó seriamente Doc.

—Los indígenas creen que el meteoro es un demonio azul que ha venido a habitar en la tierra.

Doc empleó de nuevo el periscopio. Vio que Shrops iba a salir de su escondite.

—Luego me darás más detalles sobre esa historia del meteoro-dijo a su camarada —. Por de pronto se va haciendo la luz respecto a lo sucedido a nuestros compañeros. El mal que les aqueja se halla relacionado con el misterioso meteoro azul.

—Caso más extraordinario nunca se ha visto en la tierra-comentó Long Tom.

—Vuelve al hotel. Ese pájaro de Shrops se oculta en el portal de una casa, pero me parece que se prepara a levantar el vuelo. Cuando pases delante de él haz como que no le ves. No quiero que el hombre se alarme.

Repugnándole a su compañero perder cualquier acontecimiento emocionante que pudiera sobrevenir, le rogó:

—Doc —permite que me quede contigo. Pudiera serte útil.

—Puedes ayudar a Johnny en los esfuerzos que va a llevar a cabo para reanimar a Monk y Ham-le contestó el hombre de bronce —. Que uno se ocupe de Ham, de Monk el otro. Los dos podéis conseguir mucho uniendo vuestros esfuerzos. Ya he explicado a Johnny lo que tiene que hacer.

—Muy bien-replicó Long Tom, a quien el ansia que le inspiraban sus amigos le había puesto pálido —. Oye: ¿crees que ese "cockney" tiene algo que ver con lo acaecido a nuestros camaradas?

—Por lo menos lo parece.

—Entonces, ¿por qué no te apoderas de él, Doc?

—Porque sería inútil. No hablará. Aun cuando conozca la manera de curar a Ham y Monk, no nos la dirá. Lo mejor que podemos hacer por ahora, es seguirle los pasos y tratar de saber algo.

—Es lo mejor, desde luego. ¿Volvió Renny con los informes que

deseabas?

—No había regresado todavía cuando yo salí del hotel. Pero, vete. Shrops se lanza a la calle.

Doc había vuelto a mirar por el periscopio.

Shrops se alejaba ya, ligero. Se mantenía en la sombra y de cuando en cuando volvía el rostro a fin de ver si era seguido.

Para pasar de una zona de sombra a otra se valía de ciertas artimañas, daba pequeños rodeos, entraba en los comercios por una puerta y salía por la otra, deteniéndose con frecuencia para observar. La maniobra hubiera impedido que le siguiera un espía vulgar. Mas los métodos empleados por el hombre de bronce no eran ordinarios.

Durante casi todo el trayecto estuvo subiéndose a los tejados de las casas, ascendiendo por las paredes con la agilidad de un gato y saltando silencioso, de edificio en edificio, como un murciélago gigante.

No obstante poseer una agilidad nada común, Long Tom no hubiera andado tan deprisa, motivo por el cual Doc había rehusado su ayuda.

Por cierto que la desilusión de Long Tom tuvo que ser muy grande. El amor a las aventuras era el lazo de unión que mantenía encadenados a los seis hombres.

Todos ellos habían llegado a la cumbre de la fama en sus respectivas profesiones y de aquí que tuvieran resuelto el problema de la existencia.

Tampoco les preocupaba el porvenir, porque nadie hubiera podido competir con ellos.

Devorados por el ansia de aventuras emocionantes, sentían colmadas sus aspiraciones al lado de Doc.

Shrops entró en un establecimiento comercial y yendo hacia el teléfono pidió un número a la operadora. Con objeto de asegurarse de que nadie le oía, se mantuvo de frente y habló torciendo la boca.

Frente a él una bombilla eléctrica iluminaba el comercio. Doc se valió de ella para divisar el movimiento de sus labios en el periscopio.

—Domingo Loo es el bribón a quien Él desea hablar-dijo Shrops en el transmisor.

Evidentemente, el jefe-hombre de paja de los tibetanos no estaba

muy lejos, porque casi enseguida tornó a hablar el “cockney”.

—¿Qué ha sucedido mientras Él ha estado fuera? ¿Hay novedades?

Escuchó atentamente y una mueca que amenazaba reventarle los carrillos apareció en su semblante.

—¿Dices que el nombrado Renny, el que tiene grandes puños, ha tomado informes? ¿Habéis tenido la suerte de cogerle?

Por lo visto, Domingo Loo contestó en sentido afirmativo.

—No está mal. No le dejéis escapar. Como se os escurra, EL caerá sobre vosotros y os arreglará de manera que nadie pueda reconoceros, tenedlo por seguro.

Iba a colgar el auricular, pero no lo hizo. Se detuvo a escuchar alguna otra frase.

—¿Para qué va Él a bajar? Haced probar a ese demonio lo que es el meteoro azul. Quizá esto convenza a Doc Savage de que no debe perder el tiempo en correr en pos de Mo-Gwei.

Todavía mantuvo pegado a su oído el auricular por espacio de un instante.

—Después de que le hayáis sometido un tratamiento, EL le conducirá junto a Doc Savage y dirá que le ha hallado vagando por las montañas.

Colgó el auricular y abandonó el comercio. Se dirigió en derechura del muelle.

Doc le siguió la pista.

El “Doncella de América” no era un buque de las dimensiones usuales, pero sí bello de líneas y sumamente veloz.

Por su aspecto se le hubiera tornado por un yate de recreo, de casco negro y blanco y dorados relucientes.

Los botes salvavidas estaban cubiertos con fundas nuevas y de su pequeña chimenea se elevaba una perezosa columna de humo. Se hallaba anclado junto al rompeolas.

Numerosos naturales del Asia trajinaban sobre cubierta. Esto no resultaba extraño, ya que muchos de los buques que surcan el Océano Pacífico utilizan los servicios de hombres de la raza amarilla. Les resultan más baratos.

La noche había extendido su manto sobre la tierra cuando llegó a la orilla del agua Juan Mark Shrops. Sacó una lámpara eléctrica del bolsillo y con ella hizo una señal varias veces.

A poco se separó del costado de la embarcación un bote tripulado por tibetanos, los cuales remaron en dirección al muelle.

Domingo Loo en persona iba sentado a popa.

—Has abandonado la posada de tierra firme para venir al buque en el mar, ¿eh? —interrogó Shrops al carilleno tibetano—. Por una sola vez siquiera demuestras poseer sentido común.

Loo aceptó la arenga como un cumplido y repuso:

—Incluso a los seres más bajos y más estúpidos les funciona en ocasiones, el cerebro.

Esto pareció impresionar a Shrops, como frase extraordinariamente cómica, porque se echó a reír con toda su alma.

Él puede decir si hay o no gentes a quienes no les funciona el intelecto-exclamó Shrops.

—Sabias palabras-aprobó Loo —. Te refieres sin duda, a aquellos que han sufrido la influencia del meteoro.

—¿Dónde está el capullito de rosa? ¿Dónde está, miss Stanley?

—La dejamos en la posada, ¡oh, señor! bien guardada. Mientras permanece en la jaula, el canario se halla a cubierto de los ataques del gato, mas, en este caso, el canario sólo desea volar. En la posada estará más segura.

—Perfectamente bien. ¿Se halla dispuesto este buque infecto?

—Se halla tan dispuesto a levantar el vuelo como el ave que teme a los cazadores, señor.

EL bote se dirigió ahora hacia el “Doncella de América”, llevando en su popa, como huésped de honor, al “cockney”.

—¿Considerarías cosa digna de recibir tus pensamientos el oído de este ínfimo servidor? —preguntóle Loo por el camino.

—Deseas conocer mis planes, ¿eh?

—Sí, mi amo.

—Pues Él te los dará a conocer. Él acaba de hablar con el caballerete ese, Doc Savage, y le ha contado un cuento mezclando a él parte de la verdad para que le parezca más verosímil.

—¿Mi amo le ha hecho creer, sin duda„ que hay que aplastar a Mo-Gwei?

—Precisamente. Benditos sean nuestros antepasados, porque se ha tragado la bola como si fuera de rica miel. Él volverá a verle pasada la medianoche.

—¿Crees que querrá encargarse de aplastar al malvado Mo-Gwei?

—Pues ya lo creo. ¿No estriba, acaso, su principal ocupación en chocar con bloques parecidos?

El bote llegó junto a una escala adosada al costado del “Doncella de América”. Juan Shrops y Loo subieron por ella a cubierta.

El primero echó una mirada en torno y se echó a reír.

—Feliz idea tuve al alquilar este buque en la China y dotarle de una tripulación adicta-observó con diabólico orgullo —. De esta manera no llamaremos la atención.

—Si Doc Savage se traga tu cuento, mi amo; pero si por su propia cuenta se encamina al Tíbet, ¿de qué te servirá la embarcación?

—¡Oh! No creo que lo haga. —murmuró Shrops, contrariado—. Tomará pasaje a bordo, no te preocupes.

—Es prudente la ardilla que no almacena sus nueces en un solo árbol-le recordó Loo.

—¡Nueces! —Shrops rompió de nuevo a reír ruidosamente—. Como vacías cáscaras de nueces están en este momento, las cabezas de dos de sus hombres.

Domingo Loo cruzó ambos brazos sobre el pecho, a la manera oriental. Su rostro era de lo más inexpresivo.

—¿No dijiste ¡oh, gran señor! que ibas a utilizar el meteoro azul en beneficio de Renny?

—Sí tal. Voy a arreglarle y se lo enviaré al hombre de bronce. Quizás cuando le vea desista, de perseguir a Mo-Gwei.

—¿Y qué haremos de la hermosa flor?

—¿Te refieres a miss Stanley? Todavía la retendremos algún tiempo en nuestro poder. Nos será útil, tal vez.

—¿Para qué la has traído a la ciudad? —preguntó Domingo, precediéndole mientras descendían la escalera.

—Para que conquiste al hombre de bronce si fuera preciso-replicó, sonriendo, el “cockney”.

—Se dice que no le impresionan las mujeres…

Shrops se detuvo, bruscamente, en mitad de la escalera.

—No le creía tan tonto-observó.

# CAPÍTULO VIII

## *LA LOCURA AZUL*

AL llegar abajo los dos hombres, les salieron al encuentro varios tibetanos.

Todos ellos saludaron a la manera del Tibet.

En un camarote encontraron a Renny. Era una habitación interior, sin ventanas, que recibía aire mediante los grandes ventiladores instalados sobre cubierta.

En ella podía gritar un hombre hasta desgañitarse sin que le oyesen desde el puerto. Renny lo sabia. Ya lo había probado.

Se requiere una fuerza extraordinaria para romper los eslabones de una cadena que sujeta al que trata de realizar el esfuerzo.

Renny lo sabía también. También lo había probado, con éxito esta vez.

Las esposas de acero le habían rasgado la piel y habían abierto hondos surcos en los tendones de las manos. Aquellas incisiones le llegaban casi hasta el hueso.

De ellas corría la sangre. Para ocultarla y ocultar al propio tiempo que ya no llevaba las esposas, el de los grandes puños se había tendido sobre ellas.

Shrops le miró. El cuerpo del ingeniero no guardaba proporción con sus manos, mas como estaba echado sobre ambas, disimulaba el defecto.

A la luz eléctrica del camarote parecía un gigante.

—Verdaderamente es un Hércules-murmuró Shrops.

—Pero junto al hombre de bronce parece un niño-observó Loo —. Le llama su jefe.

Shorps midió con la vista a Renny, observó su musculatura y se enjugó el sudor de la frente.

—¿Cómo lo habéis cogido? —deseó saber.

Renny se encargó de contestar a la pregunta. —Gracias a la suerte que ha favorecido a tus hienas-dijo y su voz sonó como un trueno lejano.

Domingo Loo repuso como si no hubiera oído:

—Se le llama el de los grandes puños. Aun así nuestros antecesores han derramado sus gracias a manos llenas sobre el hombre que le apresó. Sorprendió al prisionero mientras vagaba por los puentes. Llevaba en la mano un garrote de hierro y con él le dio un golpe en la cabeza por detrás. Renny se ha despertado en el camarote con las muñecas atadas.

Quizá Loo quiso obligar a Renny, a variar de postura, posiblemente intentó asestarle un puntapié en los riñones para demostrar su contento, el caso es que se le acercó de improviso.

Renny se puso de pie con la celeridad del rayo. Uno de sus grandes puños le asestó un golpe en la cabeza. Puño y cabeza eran de un tamaño igual.

Loo retrocedió e impulsado por la fuerza del directo, cruzó el camarote y fue a chocar con la pared.

Entonces tuvo que expeler el aire almacenado en sus pulmones y con él escupió los dientes, fragmentes de la lengua y de los labios y un arroyo de sangre. Realizado el movimiento, cayó de bruces.

De allí en adelante sus antecesores tendrían que mirarle mucho antes de reconocerle.

—Diantre-exclamó Shrops. Y huyó.

Casualmente se hallaba cerca de la puerta. Esto le libró de los grandes puños de Renny. En el pasillo estaban de guardia varios tibetanos armados.

El propio Loo los había colocado allí para el caso de necesitar de su ayuda.

—Socorro-aulló Shrops, colocándose detrás de ellos en demanda de protección.

Renny cargó contra el grupo. Sus manos monstruosas derribaron a dos hombres como a muñecos. Asió un brazo armado de un revólver, le retorció y se oyó crujir el hueso.

El pasillo se llenó de seres que luchaban entre sí. Sonaron detonaciones de armas de fuego, maldiciones proferidas en p'al skad o bajo tibetano.

Domingo Loo puso fin a la refriega. Tambaleándose medio loco de dolor, salió del camarote.

Sus manos de largas uñas asieron un hacha pequeña de las que se usan en caso de incendio o para derribar las puertas de los camarotes en caso de naufragio.

Asiendo el hacha, pues, se lanzó adelante con un salto de tigre. Levantó el arma y la dejó caer.

Renny cayó, lanzando un gemido espeluznante.

Shrops y los tibetanos que aún quedaban en pie profirieron una sarta de juramentos. Por espacio de unos segundos sólo se oyó maldecir en el pasillo.

Luego, al contemplar el cuerpo de Renny tendido a sus pies, se sintieron mejor.

—¿Estará muerto? —preguntó un tibetano.

—Bendita hacha-exclamó otro.

Todos se agruparon en torno del ingeniero, cambiando expresiones de sentimiento y levantando a los que habían caído durante la pasada refriega.

Ninguno de ellos se hallaba herido de gravedad. El que más sufría era el hombre a quien Renny había roto el brazo.

Shrops se hizo a un lado. Visible disgusto le contraía el semblante.

—Malo-murmuró —. Es lo peor que podía suceder.

—No, mi amo-la herida de los labios impedía a Loo pronunciar bien las palabras —. El hombre de los grandes puños no ha conseguido escapar.

—Quizá hubiera sido mejor.

—Este cerebro mío es muy obtuso, mi amo. No te comprendo.

—¿Acaso no conoces al hombre de bronce, ¡idiota? —gruñó el “cockney”, encolerizado porque hubiera blandido el hacha Loo—. ¿Para qué te sirve la cabeza? Si muere este hombre, Doc Savage hará con nosotros un escarmiento capaz, de ponerle los pelos de punta al mundo entero. Nos destrozará.

Domingo Loo mostró un desasosiego. Todavía recordaba su desastroso encuentro con Doc Savage el día en que aquél le arrebató de las manos a miss Stanley.

Gruesas gotas de un sudor grasiento corrieron por su rostro amarillo. Con el pañuelo se enjugó la boca, y la nariz teñidas de

rojo.

—”Ni kan” —dijo de pronto—. Mira..

Shrops miró a Renny.

—Ah, menos mal-exclamó a su vez —. No ha muerto.

Loo se cruzó de brazos.

—Sin duda velaba por mí algún antepasado-dijo —, y desvió el hacha con que le asestara el golpe.

Él y Shrops se arrojaron sobre Renny y le ataron bien, empleando para ello una gruesa maroma que les trajeron de cubierta.

Puede decirse que le envolvieron en ella. Luego le palparon la cabeza para asegurarse de que no tenía roto el cráneo, notando que el daño sufrido por el ingeniero no era grave.

—Que preparen la lancha, —ordenó Shrops.

Los tibetanos salieron atropelladamente del pasillo para cumplir el mandato.

Como la mayoría de sus compatriotas, demostraron una torpeza similar en el acto de botar la lancha al agua, tarea, que les llevó algún tiempo.

Era la lancha una embarcación fina, esbelta de líneas, con incrustaciones de metal dorado y un motor muy potente.

A proa tenía una pequeña cámara cubierta a cuyos lados se habían colocado grandes cajones que servían de asiento y de baúles a la vez.

Su descenso se efectuó con la ayuda de reflectores, pues ya había cerrado la noche.

Los tibetanos volvieron al pasillo. Allí estaba Domingo guardando a Renny. Shrops había desaparecido.

—¿Dónde está el amo?

Fuera lo que quisiera lo que Shrops estuviera haciendo en el camarote, le llevó unos diez minutos, al cabo de los cuales se reunió a sus hombres.

—Deprisa, tunantuelos-les ordenó —. Coged al prisionero y llevadle a la lancha.

Los tibetanos se apresuraron a obedecer. Entre cuatro sacaron a Renny a cubierta entre reniegos y juramentos.

—Atadle a la lancha.

Esto se llevó a cabo por el simple procedimiento de amarrarlo a

los faros que llevaba encima la cámara. Aun cuando no eran muy sólidas sus ligaduras, le impedirían que rodase al mar.

—Poned el motor en marcha. Ea, daos prisa, torpes.

—Dada la poca gasolina que hay en las líneas del combustible y en el carburador, la lancha no recorrerá ni una media milla, mi amo-le recordó Loo.

—¿Acaso no lo sé? —repuso con un gruñido Shrops—. Vamos. Moveos un poco, perros.

Se puso en marcha el motor de la lancha y se cerró la válvula del tanque de la gasolina.

Un tibetano condujo la embarcación a alta mar, abrió del todo la válvula de paso y hecho esto, saltó por la borda. La lancha avanzó sin dirección, con la proa en el aire. La hélice levantaba un mar de espuma.

Llevaba los faros encendidos, pero el interior de la cámara estaba a oscuras.

Dentro de ella se levantó en silencio la tapa de uno de los grandes cajones.

De su interior salió Doc Savage.

Renny había recobrado el conocimiento, pero continuaba atado sobre la cámara. Se sintió aturdido al librarle Doc de las ligaduras que le envolvían.

—¡Por el toro sagrado!, —exclamó, con voz tronante—. Despierto liado como un fardo. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Yendo en pos de Shrops-explicó Doc, concluyendo de desliarle —. A nado me he acercado al buque. Por ello no llegué a tiempo para ayudarte en la lucha. Caíste, oí decir que habías muerto, pero no me aparté de él, aguardé y después me oculté en la lancha. No puede darse cosa más simple.

Doc entró en la cámara apenas hubo librado a Renny de sus ligaduras, apagó los faros y paró el motor.

Desde el “Doncella de América”, que no se hallaba muy lejos, llegó a sus oídos una sarta de maldiciones proferidas en dialecto tibetano.

—Están furiosos-observó Renny.

—Con razón-respondió Doc —. Con seguridad han apartado la lancha del buque para ponerla en el camino de su infernal meteoro azul.

—¿Trataban de someterme a su influjo? —interrogó Renny, balbuceando.

—Eso es. Shrops ha dado la orden de que se ponga en camino probablemente por radio.

Así diciendo, Doc hizo dar una vuelta a la lancha, abrió la válvula del tanque de la gasolina, que habían cerrado los tibetanos, y dirigió la proa a tierra.

Llevarían recorridos unos cien metros cuando Renny lanzó una exclamación ahogada.

—¡Por el toro sagrado! El meteoro azul.

Había aparecido por el Este, como surgido de en medio de los picos de las montañas. Señalaba su aparición un matiz azulado muy débil todavía.

Pero el matiz se intensificaba con inaudita rapidez y se oía ya un silbido lejano que se asemejaba a la nota de una arpella distante. El silbido aumentaba de volumen.

Doc dio vuelta a una llave y se encendió uno de los faros. Su luz vaciló al tomar Doc el timón y acercarse a los rompientes, en dirección a la playa.

La costa aparecía delante de ellos como una raya negra y tenebrosa. No se levantaba en ella ningún gran almacén. Solo alguna casita diseminada.

De repente, Doc dirigió la proa de la lancha hacia el "Doncella de América".

—Antes de que llegue el meteoro tenemos tiempo de llegar a la playa-le advirtió el ingeniero, a gritos.

—Sí, pero ¿en dónde nos meteremos?

—Es una noche muy oscura. Tal vez en la playa…

Renny dejó la frase sin concluir y se asió a la borda. La lancha describía un cuarto de vuelta. Se colocó junto al costado del "Doncella de América".

Las bocas de unos rifles invisibles vomitaron fuego sobre ellos desde cubierta. Sus tiros arrancaron astillas a la cubierta de la lancha, sonaron con apagado "glu-glu" al penetrar en el agua. Eran huéspedes poco agradables.

De repente cesó el ruido de los disparos. Presa de vaga inquietud primero; después de franco terror, los tibetanos cambiaron frases en el dialecto del país. Sus gritos se tornaron agudos, convirtiéndose en

confuso clamoreo.

En torno al “Doncella de América” se aclaraban las tinieblas tomando la negrura de la noche un matiz azulado. Luego asumió un color intensamente azul.

Renny miró a Doc.

Alzó ambas manos y con ellas se tapó los oídos. El silbido se tornaba desgarrador. Daban ganas de abrir la boca y lanzar locos chillidos.

Esto era, justamente lo que hacían los hombres en la cubierta del buque.

Abrían las bocas de oreja a oreja y lanzaban gritos estentóreos que les laceraban las cuerdas vocales y amenazaban desgarrarles la garganta.

Eran de aquellos hombres que sabían lo que se les venía encima. Conocían todo el horror de la situación.

No hubieran lanzado gritos más desgarradores de haber sido atacados por bestias feroces, que se les llevaran pedazos de sus cuerpos mediante lentos bocados.

Doc y Renny cambiaron una mirada, pues ahora se veían perfectamente uno a otro gracias a la sobrenatural luz azul.

—Te has figurado sin duda-observó el ingeniero —, que no pasaría el meteoro cerca del buque.

—¿No era lógico? Te han metido en la lancha para eso precisamente. Para que el meteoro no tuviera necesidad de pasar junto al buque.

Pero el fenómeno color azul parecía venir en derechura hacia el “Doncella de América”.

Un hombre apareció por encima de sus cabezas, junto a la borda. Era un tibetano. Se apoyó en la borda, de cara al meteoro.

Tenía los brazos rígidos y temblorosos y los cruzó por delante de la cara como para alejar de sí la espantosa visión.

Sus mandíbulas, desmesuradamente abiertas, se dislocaban en un gesto raro.

Sin duda, gritaba, pero ni Doc ni Renny oyeron sus gritos desde la lancha.

Renny fijó una mirada en el espacio. A sus pupilas asomó una expresión particular, muy dura.

Sus ojos despidieron un brillo siniestro, luego se vidriaron. Hizo

vagos ademanes con los brazos y mostró los dientes en una mueca que nada tenía de humana.

Abrió la boca. Sus palabras… Doc tuvo que inclinarse para oírlas a causa del fragor del meteoro, que iba en crescendo… eran inarticuladas. Un incoherente balbuceo.

El encanto del meteoro azul se apoderaba de él.

Doc se lanzó de un salto a la cámara. Sus movimientos eran de una inseguridad que contrastaba notablemente con su agilidad usual. Por fortuna logró asir la cuerda que había asegurado a Renny.

Una vez hecho esto, retrocedió siempre con inseguro paso, echó un cabo de la cuerda, sobre los hombros de Renny y tiró de ella.

Renny hizo una cosa rara. Se pegó tontamente en el punto de su cuerpo que había tocado la cuerda y luego se inclinó mostrando los dientes como para morderse a sí mismo.

Espantoso era, verdaderamente, lo que le ocurría al eminente ingeniero, a aquel ejemplar notable de fuerza física.

Su cerebro se había paralizado. No funcionaba.

Doc continuaba tirando de la cuerda. Poco a poco rodeó a Renny con ella, le aprisionó en sus anillos, pues recordaba la fuerza extraordinaria que se desarrollaba en los seres que perdían la inteligencia.

Monk y Ham eran una buena prueba de ello.

Cuando estuvo atado, se enrolló la cuerda a su propio cuerpo, comenzando por los tobillos.

La luz deslumbradora descubría las gotas de sudor que le bañaban la frente y le empapaban la ropa. Se mantuvo con los ojos cerrados como para atenuar el efecto producido en él por el fenómeno que se reflejaba en sus pupilas.

Por fin hizo el último nudo y tiró con fuerza del cabo de la cuerda. No había podido atarse más fuerte porque había empleado ya toda la cuerda.

¿Podría impedirle el uso de sus músculos poderosos de su cuerpo una vez que el meteoro azul hubiera influido en él del todo? No podía asegurarlo ni prever lo que sucedería después.

Comprendiendo que no podía escapar al fenómeno que descendía de los cielos, se había valido de la poca lucidez mental que le restaba para atar a Renny y ligarse a sí mismo de modo que

más tarde no pudieran hacerse daño.

El silbido del meteoro se había hecho tan penetrante a la sazón, que no sonido sino dolor era lo que llegaba ya a sus oídos.

Renny se desplomó. Sucumbía; su cerebro dejaba de funcionar.

La luz azul lastimaba los ojos de Doc. Su aterradora radiación parecía dotada del poder de penetrar los cuerpos sólidos, de atravesar el propio casco del buque como si en lugar de madera fuera de cristal transparente.

Doc cerró los ojos y mantuvo los párpados apretados. Sus labios parecían fundirse uno en el otro; de tal manera los apretaba que apenas si una raya delgada mostraba el lugar donde se dibujaban. Inclinó la cabeza y pasó por encima el meteoro semejante a un monstruo fabuloso.

El viento que le acompañaba hizo ondear con violencia, la bandera lacia colocada a popa del "Doncella de América".

El hombre de bronce de desplomó lentamente.

Sus músculos vigorosos se habían quedado tan rígidos, que el sonido que hizo al caer sobre las planchas de madera del fondo de la lancha, era igual al provocado por la caída de una gran estatua de bronce.

El meteoro azul describió en el aire un semicírculo sibilante después de su paso. Pocos seres vivientes presenciaron el movimiento y le recordaron en las horas subsiguientes. Sendero de ruina espantosa fue el que dejó en pos de sí.

Los hombres saben cómo hacer frente a calamidades tales como las de carnes desgarradas, huesos rotos, cuerpos lacerados.

Pero el influjo operado en los seres vivientes por el meteoro era nuevo y afectaba solamente a la inteligencia de las víctimas, confundiendo a aquellos que trataban de prestarles ayuda.

El meteoro azul descendió un poco sobre la Taberna Fresca y continuó su camino resplandeciente hacia el Oeste.

Con seguridad los bandidos de la taberna habían sucumbido a su poder inhumano.

# CAPÍTULO IX

## *EL DESPERTAR*

SONABAN los “gongs” de un templo invisible. Un coro de voces sonoras cantaban, una y otra vez sin cesar, palabras incomprensibles:

—”Om maní padme hum”.

Gemían desconocidos instrumentos de cuerda, torturando los oídos con su disonancia y el aire se estremecía por el redoble de los “tam-tams”.

Sonaban gritos y alaridos de seres enloquecidos, pero sus voces eran ahogadas por el monótono coro de voces que cantaba sin variación:

—”Om maní padine hum. Om mani padme hum”.

Se elevaba y descendía aquel interminable rosario de palabras siempre iguales; se tornaba agudo cuando se destacaban del coro general las voces de los tenores.

Se tornaba profundo cuando sonaban las voces de los bajos en la melopeya.

Aquellos fantásticos sonidos latían a través de las habitaciones de piedra de techo bajo, cobrando en ocasiones una fuerza tal que movía las pesadas cortinas y tapices.

En una de estas habitaciones sonó el chillido de un cerdo y a continuación varios gruñidos.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó una voz hueca, semejante al rugido de un león.

—¡Oh! —exclamó una segunda voz, infantil—, se diría que ése es el cerdo de Ham.

Monk se sentó pausadamente y se contempló las manos velludas.

Sin duda le maravillaban, porque se frotó los dedos, a

continuación se palpó las cortas piernas arqueadas, el pecho saliente y las feas facciones.

Actuaba como si no recordase que poseía un cuerpo. Luego vio que estaba tendido en un lecho. Una vez más se examinó el cuerpo de orangután.

—Pues está entero-se dijo, con guasa y tan feo como de costumbre.

Volvió la cara. Junto a él había otro lecho. Sobre él vio sentado a Ham.

Ham llevaba puesto un pijama; él otro. Al suyo se le estallaban las costuras.

El de Ham le venía muy holgado. Era de rayas rosa y de bastante mal gusto.

El abogado se midió con la vista.

—Estoy loco-razonó —. De otro modo jamás me hubiera puesto este adefesio.

Monk desperdició la oportunidad que se le ofrecía de dirigirle una pulla. El hecho demostraba su preocupación en el momento.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Ham le miró, esperanzado.

—Bueno, quizá no esté loco-respondió —, porque yo tampoco lo sé, Monk—. Me acabo de despertar.

—La última cosa que recuerdo —dijo pausadamente el químico —, era que nos hallábamos en un valle, aquí, en Sudamérica, y que recorría el espacio un bólido azul. Huimos de él; sin embargo, nos alcanzó…

Ham se puso en pie. Dobló ambos brazos, los estiró; todo él estaba incólume. Aplicó el oído para escuchar mejor, sin duda, los cantos y sonidos de los “gongs”, y preguntó:

—¿Qué diantres significa toda esa algarabía? Parece como si repitieran una y otra vez la misma frase.

—¡Oh, sí! Dicen: “Oh, Monty, pad me home”.

—”Om maní padme un” —corrigió Ham.

—¡Uf! Es un canto budista —afirmó Monk—. Lo he oído en los países del Asia.

Dos puertas conducían fuera de la habitación. Ambas estaban cerradas.

Inesperadamente sonó una fuerte explosión de madera rota. Del

paño de una de las puertas, hecho trizas, saltaron astillas que permitieron el paso de un grueso puño descomunal y coloradote.

La puerta se abrió impulsada por un nuevo puñetazo y en el umbral apareció el ingeniero Renny.

¿Acabáis de despertaros, camaradas? —preguntó, con evidente mal humor.

—Claro que sí —murmuró con acento perplejo Monk.

—También yo-tronó Renny —. La última cosa que recuerdo es que me hallaba acompañado de Doc en una lancha, junto al costado del “Doncella de América” y que cruzaba el espacio el meteoro azul.

—También es la última cosa que yo recuerdo-observó Ham.

Renny se alzó y les mostró las muñecas.

—Mirad-dijo, con acento imperativo.

—¿Qué les encuentras? —deseó saber Monk—. Yo no les veo nada de particular.

—Pues eso es lo raro, precisamente. Poco antes de divisar el famoso meteoro acababa yo de romper mis ligaduras de las muñecas y el acero había penetrado muy hondo en la carne.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues que no hay ni rastro de eso en ellas-tronó el ingeniero —. Y eran tan hondas que lo menos hubieran tardado un mes en cicatrizarse. Míralas de cerca y verás como no se notan las cicatrices de que os hablo.

—¿Será posible que hayamos estado un mes sin conocimiento? —se preguntó Monk, atónito.

Desde una habitación adyacente les dijo una voz conocida:

—Venid acá, amigos, y decidnos que no estamos soñando.

Los tres hombres corrieron a la habitación. En ella estaban el pálido y esbelto Long Tom y el huesudo Johnny. Éste tenía en la diestra el monóculo y accionaba con él al hablar.

—Acabo de despertar y maldito si sé...

—Que llevas durmiendo un mes-concluyó Monk.

Johnny le miró, aturdido.

—Yo esperaba que no fuera cierto eso-confesó, ingenuamente.

—Por fuerza tenemos que estar locos-exclamó el químico —. Esto no es natural.

Johnny sacó su reloj. Era un lujoso cronómetro y, en adición a la hora, minuto y segundo, registraba el día, el mes y el año.

—Sí, sí, hemos dormido por espacio de un mes-dijo —. Miraos con atención y descubriréis otra cosa.

Sus camaradas obedecieron.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. Hemos perdido carnes!

Los ojos de Monk giraban en las órbitas huesudas.

—¡Eh, chicos! ¿No reparáis en otra cosa?

Los otros le miraron sin comprender.

—Que hace fresco...

—Es verdad-saltó Ham —. El aire es muy frío. En nuestra excitación no habíamos caído en ello.

—Pues en Sudamérica hacía calor...

—"¡Hacia!" —exclamó Ham. ¿Piensas, acaso, que...?

Sin terminar la exclamación, fue a mirar por la ventana más próxima.

—¡Por el amor de Mike! —exclamó—. ¡Ya no estamos en Sudamérica!

Los cinco hombres juntaron las cabezas para mirar por la estrecha abertura.

La ventana carecía de cristales.

Consistía en un marco de madera que giraba sobre unos goznes y que estaba provisto de un papel oleoso. Ahora estaba abierta para la ventilación.

Delante de ellos se desarrollaba una escena singular. Un panorama sorprendente y al propio tiempo, fantástico, considerando que hasta hacía poco todos se habían creído en Sudamérica.

El alboroto, gritos y sonar de "gongs",salía de un edificio que se hallaba a cierta distancia. Se asemejaba a un templo chino y en torno a él ondulaba y se movía una larga cola de enmascarados. La cola se agitaba sin cesar y su canto continuaba sin interrupción.

—Son lamas-dijo el delgado Johnny, que conocía todas las razas del mundo gracias a sus conocimientos arqueológicos —. Ellos marchan así y con su canto invocan a los espíritus del otro mundo. ¡Hermanos, estamos en el Tibet!

—¡En el Tibet! —Monk se atragantó.

Por espacio de cinco minutos permanecieron de pie delante de la ventana, mirando a los lamas con los ojos muy abiertos, escuchando

los interminables “Om mani padme hum”, cambiando miradas de asombro.

El cerdo “Habeas Corpus” entró en la habitación, trotando, se dirigió a Monk y le olfateó la boquilla del pantalón, como si le desconociera.

—”Habeas”, estamos en el Tibet-le dijo, pausadamente Monk.

Renny agitó los grandes puños, exclamando:

—¡No entiendo cómo hemos llegado aquí! El Tibet es una meseta situada a doce mil pies sobre el nivel del mar. Es la región de los picos más altos. AL propio tiempo no es fácil penetrar en su interior.

—Y salir, ¿cuesta mucho? —deseó saber Monk.

—¡Uf, qué fastidio! —exclamó, con ímpetu el abogado. Agitó los brazos con aire de disgusto y tornó a la habitación donde se había despertado. A poco volvió con el bastón estoque.

—¿Cómo habré traído aquí el bastón sin saberlo? Lo llevaba en la mano cuando la dedicación del hospital de Doc, en Sudamérica, y después no le había vuelto a ver. Y, a propósito: ¿dónde estará Doc?

Los cinco hombres se miraron, intranquilos. Su jefe de bronce no se había apartado todo el tiempo de su pensamiento, mas hasta aquel instante ninguno de ellos se había atrevido a mentarle, esperando que apareciera y les diera una explicación de aquel misterio incomprensible.

—Vi a Doc por última vez en la lancha de que ya os he hablado-respondió Renny, con su voz de trueno —. Estaba junto a mí y tuvo la precaución de atarse y de atarme antes de que pasara el meteoro azul par encima de nuestras cabezas.

—¿Era necesario atarse en aquella ocasión? —la pregunta partía de Monk.

—Si te hubieras visto después de sufrir los efectos del meteoro-replicó Renny —, no me lo preguntarías. ¡Estabas espantoso!

—Lo está siempre-replicó Ham en tono de sarcasmo —. Para esto no necesita sufrir la influencia de ningún meteoro.

La situación más difícil no impresionaba a Ham de tal manera que le quitara el humor de dirigir alguna pulla a Monk.

—Pues lo que es tú, no estabas mucho más guapo-observó el ingeniero.

—Vayamos en busca de Doc-propuso Long Tom de pronto.

El enfermizo mago de la electricidad les condujo a una puerta oculta, tras de una cortina de vistosos colores y por ella salieron a un pasillo.

De repente hizo alto y dijo a sus compañeros:

—He reparado que en nuestra habitación hay varias maletas. Quizá encierren nuestros efectos. ¿Ibais armados cuando os dormisteis?

—Sólo te sé decir que fuimos vencidos por los bandidos del meteoro-replicó Renny —. Ellos se apoderaron de nuestras armas de fuego.

—Nos vencieron hace un mes-le recordó Long Tom —. De todos modos, voy a ver.

Todos volvieron sobre sus pasos y abrieron ansiosos el equipaje.

—¡Eh! Pues aquí están-exclamó Monk.

De las maletas extrajeron armas ligeramente mayores que las pistolas automáticas corrientes, pero infinitamente más complicadas.

Eran diminutas ametralladoras, muy rápidas, que habían sido inventadas por el hombre de bronce. Al ser disparadas emitían un sonido parecido al vibrar de las cuerdas de un violón gigante.

Sus postas eran cápsulas que encerraban una droga. Esta droga producía la inconsciencia más completa en lugar de la muerte y chocaba sin penetrar en la carne.

Los cinco hombres ocultaron las armas debajo de sus pijamas y salieron de la habitación.

Avanzaron por el vestíbulo, abriendo y registrando habitaciones.

Al llegar delante de la cuarta puerta que encontraron al paso, se detuvieron como de común acuerdo.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny.

La hechicera Rae Stanley les interrogó: —¿Qué hay, caballeros? ¿Qué se les ofrece?

Estaba de pie en el centro de la pieza e iba vestida de modo distinto al que solía.

Llevaba puesto el vestido típico de las mujeres tibetanas. Consistía éste en un kimono largo, de colores alegres.

Una amplia faja le ceñía la delgada cintura. Sus pies iban metidos en unas botas altas, de brocado, que le llegaban a la rodilla.

En la cabeza se había puesto una banda, incrustada de lentejas

de oro y unos pendientes desiguales, puesto que uno era más largo y estrecho que el otro y de él pendía una cadenilla de turquesas.

Los hombres habían enmudecido y ninguno de ellos pudo articular palabra antes de que transcurriesen unos segundos.

Se habían quedado sin aliento, porque la belleza de mis Rae parecía todavía más exquisita con aquel exótico atavío.

—¿Qué quieren ustedes? —tornó a preguntarles, con acento penetrante.

Monk tragó saliva.

—¿Dónde está Doc? —interrogó después.

La hechicera joven le señaló con la mirada una puerta situada más abajo del pasillo.

—Mi prometido ocupa aquella habitación.

El pecho saliente de Monk le sirvió de muro de contención, al parecer. De otro modo hubieras quedado sin mandíbula, tanto la abrió impulsado por la sorpresa.

—Su... ¿qué? —balbuceó.

—Doc Savage, mi futuro esposo-replicó vivamente miss Stanley —. Pero ¿qué tiene? Parece que oyera por vez primera la noticia, en lugar de saberla desde hace un mes.

Monk tragó saliva varias veces sin conseguir que se le soltara la lengua, petrificada por la sorpresa. Se hallaba asombrado como nunca lo había estado.

Despertarse para descubrir que se ha estado durmiendo un mes produce emoción; saber que uno se ha quedado dormido en América y que se despierta en el Tíbet legendario e inaccesible es todavía más perturbador.

Pero lo más extraordinario era que Doc Savage, el hombre de bronce, estuviera a punto de contraer matrimonio. ¡Realmente era increíble!

Jamás había habido sitio para una mujer en su carrera peligrosa.

Estrictamente se abstenía de todo lo que parecieran asuntos amorosos. Más de una mujer bonita e inteligente, impresionada por la indudable belleza masculina del hombre de bronce, había tratado abiertamente de conquistarle, sin resultado siempre.

Doc tenía sus razones para mantenerse en semejante actitud. No podía permitir que una mujer compartiera los peligros originados por su tarea de castigar a los malos de todo el globo.

Sus enemigos no vacilarían en herirle, valiéndose de una novia o de una esposa y por ello él procuraba no sucumbir a los encantos de las mujeres.

¡Pero, al cabo, había cedido a ellos!

Rae Stanley miró fijamente a los cinco servidores de Doc. Parecía perpleja ante la incredulidad y asombro originados por sus palabras.

—Caballeros: ¿se encuentran mal? —deseó saber.

—De verdad, ignoramos lo que nos sucede-le contestó Monk, torpemente.

Renny levantó inesperadamente los brazos, se miró atento los puños y hecho esto, extendió los brazos y dio una sonora palmada.

Rae Stanley alzó las cejas delicadas.

—¿A qué viene eso?

—Ha sido para despertarme en caso de que esté soñando-repuso ingenuamente Renny. Su rostro largo de puritano jamás había estado tan grave.

Johnny jugueteó con el monóculo y al cabo, se atrevió a preguntar a la bella:

—¿Ha pedido su mano Doc?

Rae levantó la cabeza.

—¿Cómo quiere que de otro modo estuviera prometida a él? —respondió—. No creerá que miento en materia tan grave, ¿verdad?

Johnny dijo, con aire soñador:

—Doc debe estar soñando también...

—¡Hombre! Pues me gusta....

Johnny se ruborizó.

—Perdone, no quería decir...

—Lo que deseamos todos es ver a Doc —concluyó, apresuradamente Ham.

Rae le miró. Hizo un guiño y desvió el rostro. Se estaba, riendo.

Le tocó el turno a Ham de ponerse colorado al comprender que se exhibía con aquel pijama de tan mal gusto.

En la excitación despertada en su ánimo por el hecho inaudito de haberse dormido en América y despertado en Asia se había olvidado de cómo iba vestido. La cosa le hirió en lo vivo, porque tenía un exagerado amor propio.

—Me parece extraño que no sepan dónde se encuentra la

habitación de Doc-siguió diciendo la muchacha —, ya que han estado en ella tan a menudo. Pero voy a mostrársela. ¿Por qué se conducen de ese modo raro? ¿Se trata de algún juego?

Los cinco hombres cambiaron una mirada perpleja. Fue el esbelto Long Tom, el del aspecto enfermizo, quien respondió en nombre de sus camaradas:

—Estoy maravillado.

Rae Stanley bajó por el pasillo y llamó a una puerta mediante un golpecito discreto.

—Adelante-respondió la voz sonora, potente, de Doc.

Rae abrió la puerta y se acercó rápida al hombre de bronce.

Estaba este último de pie en mitad del cuarto iluminado por la luz que penetraba por la abierta ventana del cristal de papel oleoso. Componía una figura muy interesante y atractiva.

Rae fue derecha a él, se empinó sobre la punta de los pies y le dio un sonoro beso cariñoso.

—Tus amigos me han pedido que les muestre esta habitación, querido-le dijo —. Se conducen de un modo extraño.

Sin aguardar una respuesta, giró sobre sí misma y se escurrió fuera de la habitación cerrando la puerta de entrada.

Las pupilas doradas de Doc se pasaron sobre los cinco hombres.

—Hacedme un favor-les suplicó.

¿Qué favor? —preguntóle Monk, con una voz ahogada.

—Sacudidme un poco-replicó el hombre de bronce —. Me parece que estoy soñando y quiero ver si me despierto.

# CAPÍTULO X

## *VARIAS PROMESAS OLVIDADAS*

—¿DE modo que también te sucede lo mismo que a nosotros? —comentó Renny.

—Si con ello quieres decir que me sumí en un estado inconsciente en Sudamérica y he recobrado el conocimiento aquí, en el Tibet, es exactamente lo que me ocurre —repuso Doc.

Durante algún tiempo a ninguno se le ocurrió decir nada. Los seis aplicaban el entendimiento a la solución de los hechos misteriosos pasados.

Pero ninguno de ellos recordaba lo sucedido durante las cuatro últimas semanas.

—En fin. Todos hemos salido mejor librados que Doc-dijo al cabo el taimado Monk, que rara vez perdía el sentido del humor.

—¿Por qué dices eso? —inquirió Renny.

Monk respondió:

—Porque en su sueño se ha ligado a una mujer, cosa que no hemos hecho nosotros.

—No cantes victoria antes de tiempo-le advirtió Ham, cruzando sobre su cuerpo la holgada chaqueta del pijama —. Todavía no sabemos si estamos casados ya o si por lo menos, tenemos novia.

—Tal vez tenemos media docena-observó Johnny —. El hombre no se comenta con una sola esposa en estas regiones.

Todos, con excepción de Monk, se desanimaron visiblemente. Monk, empero, sonrió satisfecho, a la idea de encontrarse repentinamente ligado a media docena de mujeres.

—Será posible, en efecto, que nos hayamos convertido en otros Brigham Young durante nuestra sueño-observó, riendo —. Yo espero que nuestras esposas sean bonitas como la prometida de Doc.

—Nos hallamos en una terrible situación, Hermanos-dijo el hombre de bronce.

¡Cosa rara! Las palabras de Doc arrancaron una sonrisa, a los cinco hombres.

Su declaración de que consideraba espantosa la situación después de haber recibido un beso de la hechicera Rae Stanley era cosa tan ajena a la emoción demostrada por otro hombre en la misma ocasión, que resultaba cómico.

Doc se asustaba de lo que hubiera agradado a otro.

—Pues yo no he visto que le hicieras ascos al sonoro beso que te han dado hace poco-observó el mal intencionado Ham.

—Calla, que poco antes había recibido otro-repuso Doc, con melancólica expresión.

—¿Eh?

—Mi despertar se ha efectuado hace una hora-explicó —. Casi en el acto se me ocurrió salir al pasillo para examinarlo todo, y... me sorprendió allí la muchacha.

—¿Cuántas veces? —preguntó Ham.

—¿Cuántas veces qué?

—Te besó.

—No hablemos de eso.

Parecía tan extraordinaria la cortedad de Doc en aquellos instantes, que los cinco hombres prorrumpieron en una estruendosa carcajada.

Lo extraordinario de la situación, el recuerdo del monstruo a quien se llamaba Mo-Gwei y del sibilante meteoro azul, fueron momentáneamente olvidados gracias a aquella risa estrepitosa.

Doc se mantuvo serio.

—Si, podéis reíros, a pesar de vuestros caracteres poco propensos a la risa-les dijo —. No os reiríais con tanta gana si os hubierais prometido en sueños, como yo.

Por fin se recuperó la gravedad.

—El meteoro azul nos ha afectado de manera tal, que al parecer, hemos estado semidormidos por espacio de cuatro semanas-dijo Renny,pensativo —. ¿Será posible, Doc?

—Su influjo sobre el ser humano me es enteramente desconocido-replicó evasivamente Doc —. No te sé decir lo que puede o no puede ocurrir.

—¿En qué ciudad o pueblo estamos?

—¡Vamos a verlo! —dispuso Doc.

Se dirigió a la huerta, seguido por sus compañeros.

—¡Aguarda! —exclamó vivamente Ham—. Voy a quitarme antes este feísimo pijama.

Partió para volver al cabo de un momento correctamente vestido de claro.

Todavía venía haciéndose el nudo de la corbata.

—Parece ser que tenemos aquí todos nuestros efectos, sin faltar ni uno solo-manifestó —. Algunos trajes de mi guardarropa están sucios y arrugados como si los hubiera llevado puestos. Lo que me extraña es este pijama y algunas camisas que desconozco.

—También se halla intacto nuestro material científico-dijo el hombre de bronce.

El material a que aludía consistía en el laboratorio en miniatura, portátil, de Monk; en toda una serie de aparatos eléctricos propiedad de Long Tom y en los diversos inventos y drogas que él mismo llevaba a todas partes.

Salieron al exterior y respiraron aquel aire helado que les había llamado antes la atención. El aliento salía de sus bocas convertido en vapor.

Las casas que les rodeaban eran de piedras toscas unidas con barro, de techos planos, por lo menos así lo parecía, consistentes en una capa de barro seco extendida sobre cuatro palos y cubierta de otra capa lisa de piedra, destinada a desafiar la violencia de la lluvia.

Gris y blanco eran los colores que predominaban en su construcción. Las ventanas carecían todas de cristales.

Las calles eran angostas y polvorientas. En ellas se levantaban casas de un solo piso. Sólo muy rara vez se destacaba un edificio de dos pisos. Perros feroces pululaban a docenas.

En el centro del pequeño poblado vieron unas construcciones alargadas que parecían establos.

—Se diría que son hangares-observó Long Tom.

—Son edificios donde se reúnen los lamas para entonar sus cánticos-explicó Doc.

Que el hombre de bronce los identificara a primera vista causó sólo una ligera sorpresa en los cinco hombres.

Éstos sabían que era incalculable el caudal de conocimientos que poseía, ya que los extraía de todos los puntos del globo.

Todos los momentos de que podía disponer los dedicaba a un estudio intenso que le instruía de aquel modo extraordinario.

Por el camino encontraron a un tibetano ataviado con un traje de colorines.

Llevaba los pies metidos en unas botas descomunales y en la cabeza un gorro de piel. Traía consigo un rifle muy viejo de largo cañón.

Doc se le dirigió en el dialecto del país.

—¿Qué pueblo es este, oh, ser dotado de sabiduría? —le preguntó.

EL tibetano se mostró sorprendido de hallar a un hombre blanco que supiera, hablar en aquel correcto "Eje-sa" empleado solamente por la clase alta. También es probable que le causara extrañeza la pregunta.

—Este es el pueblo de Tonyi-repuso.

—¿Dónde se encuentra, Doc?

—En el Tibet oriental y particularmente en el sector de Konkaling.

El tibetano les miraba curiosamente. Era un hombre fornido, de ojos claros y cortés sin ser importuno.

—Con ese gorro y ese rifle anticuado parece un segundo Daniel Boone —murmuró Monk.

—Yo no pregunto lo que le parecerás tú a él-replicó el despiadado Ham.

Doc, entretanto, había dirigido al hombre otra pregunta en "rje-sa".

—¿Has oído hablar, hombre prudente, de la existencia de un visitante del cielo al que se denomina, el meteoro azul?

El rostro del tibetano sufrió un cambio marcado. Se le saltaron los ojos, palideció su faz color de aceituna y apretó el rifle. Abrió y volvió a cerrar la boca, incapaz de pronunciar palabra.

—Por las trazas conoce la existencia del meteoro-comentó Renny, con voz tonante.

Doc le dirigió todavía, otra pregunta.

—Hombre sabio: ¿sabes algo de un cierto Mo-Gwei?

Esto le produjo un efecto más marcado todavía que la pregunta

anterior. A la sola mención del nombre de Mo-Gwei, lanzó un alarido. Luego dio media vuelta, huyó lleno de terror.

Monk quiso lanzarse en su persecución. Pero la mano de bronce de Doc se posó en su hombro y le contuvo lo mismo que si acabara de chocar con un muro de piedra.

—Sólo trato de agarrar a ese conejo asustado y de obligarle a que conteste a nuestras preguntas-explicó, excusándose.

—Mira-le aconsejó Doc.

En torno de ellos, procedentes de las puertas bajas de las casas, habían surgido, como por arte de magia, veintenas de tibetanos envueltos en batas.

Todos iban armados hasta los dientes de espadas, lanzas y rifles modernos.

Lanzaron sombrías miradas sobre los seis hombres y miraron con aire de interrogación al tibetano fugitivo cuyo grito les había llamado la atención.

—Trata de detener a ese hombre y verás la que se arma.

—Sí, tienes razón-admitió Monk, mirando a su vez a los hombres que les rodeaban y reparando en su hostilidad —. ¿Porqué se muestran tan quisquillosos, Doc?

—Porque no simpatizan con los hombres blancos. Hará cosa de diez años que pisó esta región el primer hombre blanco invitado por el Gobierno tibetano. Estuvo en Lasha, la capital, y sólo dos años después se consintió que se tendiera la línea telegráfica destinada a ponerla en comunicación con la India.

La muchedumbre engrosaba, se tornaba cada vez más amenazadora.

—Será conveniente que retrocedamos —aconsejó a sus camaradas el hombre de bronce—. No seria lógico que luchásemos con estos individuos sólo porque no les gustamos.

Así, se retiraron, pues, a la casa donde se habían despertado de la larga siesta. Los tibetanos no se metieron con ellos.

Quizá les había impuesto la estatura desusada del Hombre de bronce, la corpulencia de Renny y Monk y el aire resuelto de los otros tres.

—Aquí se conoce, pues, a Mo-Gwei y al meteoro azul. Ya es algo-murmuró Monk.

—Busquemos a miss Rae y ella nos explicará lo que significa

todo este lío —

propuso Ham, blandiendo el bastón, sin duda para apoyar sus palabras:

—Si, vamos en su busca, pero no le digamos que acabamos de recobrar el conocimiento-dispuso Doc —. ¿Verdad que no se lo diréis, amigos?

—Nopi-contestó Ham, —. ¡Valiente entremeliada!

—Es la prometida de Doc-le recordó sonriendo Monk.

Un leve rubor tiñó de rosa las mejillas bronceadas de Savage. Sus hombres contemplaron, atónitos, aquella muestra de vergüenza.

No hubieran sentido un asombro mayor de haber cambiado el sol de color.

Jamás habían visto que Doc se mostrara embarazado por indicación alguna.

—Bueno, disimulemos-dispuso Doc —. Si sé que trata de engañarnos, la pondría sobre aviso nuestro aire de suficiencia.

Monk lanzó un gruñido.

—¡Vedla! —dijo—. ¡Nos aguarda a la puerta de la casa!

Rae Stanley miró severa a los cinco hombres y a Doc, apenas éstos se le aproximaron. Si representaba una comedia, preciso era confesar que la representaba muy bien.

—No salgan a la calle ataviados a la moda americana-les advirtió —, o provocarán un tumulto. ¿Por qué lo han hecho? Hasta ahora bien habían llevado el traje del país...

—Es que le echamos la vista encima a un individuo y quisimos hablar con él sin pensar en más-explicó Doc.

Miss Rae se puso rígida y se llevó una mano al corazón.

—¿Era alguien relacionado con Mo-Gwei? —preguntó.

—Lo ignoro, porque ha huido.

—¡Ah! —exclamó ella; y les precedió en la entrada al interior de la casa.

Los cinco hombres de Doc, se mantuvieron algo alejados. Deseaban que Doc llevase todo el peso de la conversación.

—Hablemos de su padre-le propuso inesperadamente.

La muchacha se tambaleó y hubiera caído al suelo de no haber corrido el hombre de bronce a sostenerla. Temblaba bajo sus manos.

—¡Oh! —murmuró—. ¿Sabe algo de él?

—No-repuso Doc —. Le ruego que me vuelva a contar su historia desde el principio.

—Ya se la he referido-dijo, rápida, la bella.

—Pero, posiblemente, se habrá olvidado de algún detalle...

Miss Rae pareció ponderar la observación y al cabo inclinó la cabeza.

—Sí, podría ser. ¿Por dónde empiezo? —dijo.

—Por el principio. Hábleme de la expedición organizada por su padre para la búsqueda del meteoro azul-indicó Doc.

Sus camaradas cambiaron entre sí una mirada de inteligencia. Doc se conducía con un tacto digno de admiración.

No titubeaba, se servía de datos ya conocidos, para hacer ver a la muchacha que estaba enterado de muchísimos más.

Rae Stanley lanzó un profundo suspiro y comenzó su relato.

—No sucedió nada de extraordinario hasta llegar a Tonyi. Como ignorábamos el camino seguido por el meteoro, le seguimos la pista y aquí fue donde descubrimos que había pasado por encima del pueblo. Todos sus habitantes habían perdido el uso de la razón y en estado tan digno de lástima permanecieron algún tiempo. Todavía hoy quedan algunos enfermos...

La palabra estremeció a los hombres de Doc y los cinco se preguntaron qué podrían haber hecho mientras habían estado sometidos al influjo del meteoro azul.

—Así, ¿el Profesor Stanley descubrió que había caído muy cerca de aquí? —

deseó saber Doc.

—Cayó hacia el Norte-repuso miss Rae —, en una región desolada y desierta, montañosa, infestada de tribus compuestas de bandidos, de seres fuera de la ley. Mi padre no quería exponerme a un peligro posible y por ello me obligó a que me quedase aquí en compañía de un misionero y de su esposa. Él llevó la caravana hacia el Norte. Ya no le he vuelta a ver.

—¿Ignora a dónde se dirigía?

—Sí. Iba en pos del meteoro. Deseaba ardientemente encontrarlo y estudiarlo. Llevaba consigo una cantidad enorme de aparatos científicos y químicos, pues sabía que meteoro como aquél, jamás había cruzado el espacio, aquí en la tierra.

—¿Dónde se encuentran actualmente, el misionero y su esposa?

Rae titubeó un instante antes de responder:

—Eran Ingleses y regresaron a su patria.

Doc no varió de expresión.

—Prosiga-rogó a miss Stanley —. ¿Quién es Mo-Gwei?

—Es el jefe misterioso de las tribus de bandidos de que ya le he hablado —

repuso miss Rae.

Durante la pausa que sucedió a la respuesta, el interminable canto de los lamas adquirió mayor intensidad, y mezclado a él, se oía, en ocasiones, el chirrido de una rueda portátil de oraciones.

—Intenté buscar a mi padre-siguió diciendo miss Rae —. Pero los hombres de Mo-Gwei me obligaron, a desistir de mi empeño. De aquí que pensara en acudir a ti en demanda de socorro. Por los periódicos supe que estabas en Sudamérica y allá fui.

—Explíqueme su encuentro con Shrops y con Domingo Loo...

Si la súplica de Doc de que repitiera una cosa que ya había oído sorprendió a la muchacha, no dio muestras de ello.

—Shrops y Loo son bandidos al servicio de Mo-Gwei y a los cuales colocó a mi lado, para evitar que pudiera hablar contigo.

Doc afirmó con un gesto. Los diminutos remolinos que alteraban la calma de sus doradas pupilas se aquietaron.

Sus hombres, que le observaban, comprendieron que debatía consigo mismo la manera de impeler a miss Rae a que completara su relato.

Ella misma resolvió el problema continuando de esta manera:

—Has tenido la suerte de que el meteoro azul te afectase poquísimo, allá, en aquella ciudad. De no haber matado, como lo hiciste, a Loo y Shrops, te hubieran asesinado.

Los diminutos remolinos cesaron de girar, se inmovilizaron ante la noticia.

¿Cómo podía él asesinar, si jamás había quitado directamente la vida a ningún ser humano?

—Jamás podré pagarte que me hayas rescatado. —decía la hechicera muchacha—. Loo y Shrops me retenían en aquella taberna que ya conoces y soy muy feliz de haber salido, por fin, de sus garras. Al propio tiempo te debo inmensa gratitud, pues has accedido a venir aquí en busca de mi querido padre.

Titubeó, se ruborizó de un modo que aumentaba sus encantos y

agregó:

—Repito que jamás podré pagarte lo que haces, aun cuando nuestra futura unión durase eternamente.

Doc acogió la frase sin demostrar exteriormente, al menos, la menor emoción. Era visible el cambio notable que sufría. Ya no estaba embarazado.

Parecía mucho más seguro de sí mismo.

Era como si durante el coloquio con miss Stanley hubiera leído en su pensamiento y volviera a su ser natural.

—Desearía saber algo más de Mo-Gwei-insinuó.

La muchacha, abrió los brazos como para indicar la vaguedad de la situación.

—Te he dicho ya, todo lo que sé-confesó —. Lamento de veras que sea tan poca cosa. Se dice que Mo-Gwei no se ha enfrentado nunca, ni aun con sus propios secuaces.

—¿Hace mucho que se conoce su existencia?

—No. En la época en que desapareció mi padre nada se sabía de él.

—El meteoro le sirve de arma poderosísima-observó Doc en voz baja.

Rae Stanley sufrió un estremecimiento visible.

—La emplea para sacar dinero de los pueblos del Tibet. ¿No te lo he dicho? —Cuando cualquiera de ellos se niega a pagar la cuantiosa contribución exigida, pasa por encima de él el meteoro azul y anula la inteligencia de todos sus habitantes. Se cree que Mo-Gwei piensa aplicar poco a poco, este método a las ciudades más civilizadas de la tierra.

Doc no le recordó que ignoraba aquella nueva historia. Su rostro permaneció impasible.

—Me parece que será bueno-dijo de repente —, que adelantemos la fecha de nuestro matrimonio.

Rae pareció sorprenderse.

—¿Pues no habíamos quedado en aguardar a encontrar a mi padre? —balbuceó.

—Esta misma tarde se verificará la ceremonia.

La bella se sobresaltó visiblemente. Se llevó ambas manos a los labios, separólas de ellos al momento, y se puso tan roja como una cereza.

—Déjame pensarlo-le rogó a Doc.

Girando sobre sí misma salió, presurosa, de la habitación. La puerta se cerró con violencia detrás de ella.

# CAPÍTULO XI

### *PROYECTOS*

LOS cinco ayudantes de Doc miraron atónitos a su jefe.

—¡Por el toro sagrado, Doc! —balbuceó Renny—, ¿qué va a suceder si te coge la palabra?

—Yo no veo que sea una calamidad-observó, riendo, el simiesco Monk —. La muchacha vale un Potosí. ¡Es preciosa!

La voz sonora de Doc puso fin a lo que prometía convertirse en una discusión de sus proyectos matrimoniales.

—Muchachos, poneos los trajes del país —les ordenó—. Miss Rae ha dicho que los llevábamos antes; de modo que por allí hallaréis algunos que os vayan bien.

Los hombres se diseminaron por la casa, en busca de los trajes. Poco después, estaban todos reunidos.

—En efecto, los hemos hallado-dijo Monk en nombre de sus compañeros.

—Muy bien. Ponéoslos-tornó a ordenarles Doc —. Johnny, supongo que dada tu condición de arqueólogo, chapurrearás el tibetano. ¿Lo has olvidado?

—No. Aprendí a chapurrearlo, como dices, en cierta ocasión en que, con una expedición, visité el Tibet septentrional en busca de huevos de dinosaurio.

—Perfectamente. Pues, ahora, ve al pueblo y reúne cuantos informes puedas respecto a la vida y hechos de Mo-Gwei y de su meteoro azul. O dicho de otro modo: comprueba los datos que recojas con el relato que acaba de hacernos miss Stanley. Entérate de todo cuanto te sea posible.

—¡Muy bien!

—¡Ah, se me olvidaba! Pásate por el edificio donde cantan y

procura averiguar si en otro tiempo, albergó a un matrimonio de misioneros, con los cuales habitó miss Rae antes de que la pareja regresara a Inglaterra.

—Bueno.

—Los demás iréis detrás de Johnny para guardarle las espaldas. Estos tibetanos no son salvajes, pero les agrada, meterse de vez en cuando con los extranjeros y así principian las refriegas. Evitad que suceda esto, si es posible.

—Como vamos vestidos a la moda, no creo que se metan con nosotros —

observó el arqueólogo.

Apresuradamente los cinco se vistieron los trajes exóticos, se calzaron las altas botas, provistas de jarreteras y se pusieron en la cabeza los gorros de piel.

Ham tuvo la buena suerte de dar con un atavío que le sentaba al pelo.

También era más llamativo que los de sus compañeros. Por ello se paseaba por la habitación lleno de orgullo.

—Estoy elegante, ¿eh? —manifestó, mirando a Monk.

—¡Ya lo creo! —repuso el interrogado—. ¡Pareces un canario que acabara de caer en un cubo lleno de pintura!

Ham frunció el ceño y examinó con aire de suficiencia el atavío de Monk, que le estaba muy pequeño, por cierto.

—¡Pues lo que es tú, pareces un mono embutido en la piel de una salchicha! —

exclamó.

—Oíd: ¿dónde está Doc? —interrogó de pronto Johnny.

Los cinco hombres miraron en torno, sorprendidos. Sin que se reparase en él a causa de la bulla originada por los disfraces, el hombre de bronce había salido de la habitación.

Repuestos de la sorpresa del momento, no se mostraron particularmente ansiosos. Silencioso y con la ligereza de una sombra, Doc se ausentaba con frecuencia.

Se daba este caso siempre que deseaba resolver por sí mismo un negocio o trataba de averiguar algún secreto.

Monk levantó a Habeas, su favorito, del suelo, se metió debajo del brazo a aquel feo ejemplar de la raza porcina, y siguió a Johnny fuera de la casa.

Los cinco camaradas echaron a andar en busca de una persona instruida, que les facilitase los informes deseados.

Unos ojos atentos, castaños, atisbaron su marcha desde una de las pequeñas ventanas de la casa. Los ojos pertenecían a Rae Stanley.

Había abierto un agujerito en el papel que hacia las veces de cristal, y pegando en él un ojo, miraba lo que pasaba por la calle.

Su rostro asumió una expresión de alivio, cuando la calle tortuosa se tragó a los cinco hombres de Doc.

A paso ligero recorrió una tras otra todas las habitaciones de la pequeña vivienda, asomando la cabeza por detrás de todas las cortinas y rincones.

Cuando hubo examinado la última pieza, se mordió los labios con perpleja expresión.

—¡Doc-llamó al fin, —Doc Savage!

Ninguna réplica salió de las habitaciones oscuras.

Hizo un gesto de alegría como si le satisficiera comprobar que no estaba en casa el hombre de bronce y de la amplia manga de su vestido oriental sacó un pequeño revólver, lo examinó para asegurarse, sin duda, de que estaba cargado y enseguida se lo volvió a guardar.

Una vez que lo tuvo escondido, salió a la calle. El aire era visiblemente más frío que unas horas antes.

EL sol descendía, rápido, a ocultarse tras de los picos rocosos de poniente.

Los lamas que rodeaban el santuario se movían más deprisa, con objeto sin duda de conservar el calor de sus cuerpos. Las sombras del crepúsculo tibetano se intensificaban en las calles tortuosas del pueblo.

Miss Rae las buscó y protegida por ellas avanzó con sigilo. Por la calle no circulaban muchos tibetanos en aquel momento; sin embargo, evitó tropezarse con aquellos viandantes que cruzaban su camino.

El color oscuro de su atavío armonizaba con las tinieblas de la noche y se mezclaba a ellas, lo que no hubiera sucedido, a ser una tela más clara, azul o amarilla.

En cierta ocasión se pegó a la pared de un patio para no tropezar con una larga hilera de tibetanos armados. Los hombres pasaron

rozándola. Con sólo extender un brazo les hubiera tocado.

Siempre a buen paso salió a las afueras del pueblo. Allí se levantaban las "yurt" de los montañeses y nómadas del desierto que visitaban Tonyi, con sus mercancías, una vez al año.

Las "yurt" son un tipo de vivienda que cobijaba, a la sazón, a los forasteros tibetanos. Tienen la forma de un tazón invertido de doce a veinte pies de diámetro, y consisten en armazones de madera ligera, desmontable.

Sobre la armazón se colocan grandes "mumdahs" o tiras de fieltro.

Agujeros de cuatro pies de diámetro, abiertos en el centro del tazón, dan salida al humo del hogar y facilitan, al propio tiempo, la ventilación.

Miss Rae se aproximó a una de estas "yurt" y dio varios golpecitos sobre la extendida "mumdah".

Poco después repitió la señal: dos golpes cortos, pausa, dos golpes largos, espaciados.

Se levantó la puertecilla del "mumdah" de la casa en respuesta a la llamada, y una voz gritó:

—¡Adelante!

Rae se inclinó y penetró en el interior.

Un olor nauseabundo le dio de lleno en el rostro. En el centro de la vivienda ardía, con azulado resplandor, un fuego de "teyzah".

Sobre el fuego hervía el agua de una tetera. Junto a ésta se habían colocado una mantequera, así como otros ingredientes indispensables para la confección de la bebida nacional: el té con manteca. A modo de alfombras cubrían el suelo grandes pieles de leopardo, manchadas de castaño y amarillo.

Del techo pendían varias jaulas con "chikor", la perdiz de las montañas, y en un rincón, sobre una mesa, se pavoneaban grandes vasos de leche de "yack", fruteros con uvas, albaricoques secos y albaricoques frescos.

Rae Stanley clavó la vista en el hombre que tenía delante iluminado por la azulada luz del fuego.

Era Domingo Loo...

De la sombra se destacó un segundo individuo. Tenía el rostro grasiento, teñido de hollín, y su traje, no muy limpio, estaba desprovisto de adornos.

Su aspecto era el de un mendigo.

El curioso lector hubiera descubierto en él a Shrops tras de un atento examen.

—¿Le dijiste al hombre de bronce que hemos muerto? —interrogó a miss Stanley con su acento inconfundible, en que se transparentaba cierta ansiedad.

—Le he dicho todo cuanto me habéis ordenado-repuso ella con frío acento.

—Entonces, ¿qué te trae por aquí? ¡Te arriesgas demasiado!

—Me parece que Doc no se traga las bolas que le cuento y vengo en demanda de instrucciones.

Fuera, de la "yurt" ladraron, inesperadamente, los perros.

De un salto nervioso, Domingo fue a alcanzar el rifle, le amartilló y con él empuñado salió de la casa.

Rae Stanley y Juan Shrops aguardaron, observando un silencio expectante.

Dos minutos después volvió Domingo, quien dijo encogiéndose de hombros:

—Se dice que, disponiendo el Creador del mundo y de todas las cosas, de un apetito y de un ladrido, creó el perro. Esto no puede ser más cierto. No he descubierto nada. Sin duda los perros le han ladrado a algún "yack".

—Eso debió ser-replicó Shrops, con objeto de tranquilizar su propio ánimo más que el de sus compañeros.

—Nadie en Tonyi puede sospechar que seamos nosotros otra cosa que traficantes de lana de "yacü" y de cabra del Tibet con destino a la China.

—No creo que mi cuento haya engañado a Doc-repitió Rae Stanley, reanudando el diálogo.

—¿Por qué? —deseó saber Shrops.

—En primer lugar no me dice que se acaba de despertar-explicó miss Rae —. En segundo lugar, sabe mucho. Varias veces he pensado si durante el viaje habrá estado sometido siempre a la influencia del meteoro.

—¡Pues ya lo creo! —exclamó Shrops—. Nadie se le ha resistido hasta ahora.

—Además-murmuró miss Stanley —,desea casarse conmigo esta misma noche.

—¿Con qué objeto?

—¡Qué sé yo! Juega conmigo. Harto sabe que lo del matrimonio no es verdad. ¿Qué voy a hacer?

—Cásate con él...

—So grosero-dijo entre dientes la bella.

Shrops se echó a reír con toda su alma.

—No finjas, preciosa. Sé que te gusta. Te he visto examinarlo con interés durante el viaje de Sudamérica aquí. Continúa tu papel y contrae matrimonio con el hombre de bronce. La señorita se llevaría un arrogante marido.

Rae se mordió con furia los labios.

—¡No quiero-exclamó —, y no será, por lo menos, mientras dure esta situación!

Shrops dejó bruscamente de reír. Adelantó la barbilla. La luz azulada del fuego de “teyzah” descubrió la diabólica expresión de su mirada.

—¿Te olvidas de lo que Él puede hacer si dejas de prestarle ayuda? —dijo.

La muchacha palideció.

—Quiero decir...

Que ahora estamos en el Tibet y que EL no tendrá que poner ningún cable para hacer la faena.

Miss Stanley se estremeció.

—Bueno-dijo: —llevaré adelante la comedia. Pero cumple tú la palabra que me has dado.

—Él la cumplirá-gruñó Shrops —. Tu papel se reduce a continuar diciéndole a Doc que se ha mantenido en perfecto estado de conciencia y que ha hecho cosas. Si quieres, lograrás que lo crea.

—De acuerdo-dijo con visible repugnancia miss Rae —. Quisiera que se hubiera concluido ya todo. ¿Sospechas dónde se puede hallar Mo-Gwei?

—Todavía no. Ese bandido se asemeja un fantasma. Nadie lo ve. Pero trabajan mis hombres con Domingo Loo para recoger algún dato. Cuando Él sepa algo te lo dirá para que le transmitas el recado a Doc Savage.

Con esta promesa se concluyó la entrevista. Rae Stanley abandonó la “yurt” con su asfixiante atmósfera y sus dos miserables ocupantes.

Mientras se alejaba, se levantó a su derecha infernal algarabía. Tornaban a ladrar los perros frenéticamente. Sin embargo, casi al instante cesó el alboroto.

Buscando la sombra, la muchacha deshizo el camino recorrido, volvió a la casa de piedra donde Doc y sus hombres recobraron el conocimiento.

En el mismo momento en que salía de la “yurt” regresaban a casa los cinco camaradas de Doc, que enseguida le buscaron con la mirada.

—Pues no ha regresado todavía-comentó Renny con su voz de trueno.

—Si, como dice Monk ha levantado alguna pieza, espero que tendrá buena suerte —gruñó Long Tom—. Pues lo que es hasta ahora hemos reunido pocos datos que nos ayuden a esclarecer ente misterio en que estamos envueltos.

Así diciendo, penetró en su habitación, de su baúl extrajo una gran caja y con ella volvió a instalarse en la habitación principal. La caja era un aparato transmisor y receptor de ondas de radio. Con los auriculares aplicados al oído, el mago de la electricidad se dispuso a escuchar.

—¿Qué vas a hacer? —deseó saber Monk.

—¡Calla! —le mandó Long Tom.

Por espacio de unos minutos estuvo transmitiendo y recibiendo mensajes radiados y cuando al cabo, se quitó los auriculares, su pálido semblante se mostraba satisfecho.

—He podido ponerme al habla con una estación de radio propiedad de un periódico de Calcuta-explicó —. He rogado al radiotelegrafista que me diera noticias referentes a la aparición, hace un mes, del meteoro en Sudamérica y lo ha hecho. Me comunica que cruzó por encima del continente sudamericano sembrando la desolación a su paso. Solamente en la ciudad en que nosotros estábamos hizo víctimas a millares, ninguna de las cuales, esto es lo más extraordinario, se ha recobrado todavía de los efectos producidos en sus mentes por el fenómeno.

—¡El caso es de una importancia capital, hermanos! —dijo una voz desde la puerta de la habitación.

Los cinco hombres se volvieron, asombrados por aquellas palabras.

Nadie le había oído volver, lo mismo que nadie había oído el ruido que debió hacer para salir de la casa y de la habitación.

El hombre de bronce tenía el don de moverse en silencio como un fantasma.

—El hecho de habernos nosotros restablecido y no los de América-siguió diciendo Doc —, viene a confirmar una sospecha que se me había ocurrido.

—¿Qué sospecha? —quiso saber Long Tom.

—¿No os ha parecido raro que nos hayamos despertado todos a un tiempo? —Doc contestó a una pregunta con otra.

—¡Pues ya lo creo! —exclamó Renny—. Tan raro como nuestro sueño. Lo natural hubiera sido que antes hubieran salido de él los más fuertes de entre nosotros, como por ejemplo, Monk y yo.

—¡Eso es! Todo demuestra que se nos ha sometido a un plan de curación. De otro modo no hubiéramos recobrado, a un tiempo, la salud.

Long Tom aprobó estas palabras con un gesto grave. —También yo sé algo-declaró—. Se ha encontrado al "Doncella de América." junto a una de las bocas del Ganges, el Sur de esta región. Su tripulación ha desaparecido y de las averiguaciones llevadas a cabo, se desprende que estaba matriculada con un nombre falso.

—Esto os enseñará cómo ha debido efectuarse la travesía por el Pacífico-dijo Doc —. Shrops, miss Rae y Domingo Loo nos han acompañado hasta aquí.

Los cinco hombres se miraron sorprendidos.

—¿Qué tiene que ver la señorita con esos dos tunantes y cómo lo sabes tú? —le preguntó Renny.

—Porque acabo de seguirla. Ha ido a hacerles una visita a Shrops y Loo.

Cuando se disipó algún tanto la sorpresa originada por la declaración del hombre de bronce, Renny alzó la barbilla y confesó:

—¡Ahora lo entiendo!

—Shrops oculta su personalidad bajo el disfraz de un mendigo. Él y Domingo Loo ocupan una "yurt" en las afueras del pueblo-siguió diciendo Doc —. Por cierto que los perros de Tonyi, con sus persistentes ladridos, han dificultado mi tarea de oír lo que se decía dentro de la tienda.

Hizo un gesto leve y los cinco hombres formaron un círculo

dejándole en medio. Doc dijo con voz apenas perceptible para que sólo ellos le oyeran:

—La señorita va a volver de un momento a otro. Avanza muy despacio porque se oculta para no ser vista. Por ello me le he adelantado...

—¿Tienes idea de lo que se trama? —era Long Tom el que hacía la pregunta.

—Pues, por lo visto, Shrops y Loo desean que yo les desembarace de Mo-Gwei y obligan a miss Rae a que les preste ayuda. Tienen alguna influencia sobre ella. Apenas muestra deseos de rebelarse contra su poder, la amenazan con hacer algo que no comprendo y se la somete al punto.

—¡Uf ¡ —gruñó Monk—. ¡Ya es hora de que la hagamos hablar!

—Eso es, precisamente, lo que haremos en cuanto aparezca-replicó Doc —. Y ahora decidme, amigos, si habéis obtenido los deseados informes de Mo-Gwei.

Ham se encargó de contestar a la pregunta puntuando cada final de frase de su discurso, con un golpe vigoroso, dada en el suelo, con el bastón estoque.

—Poco después de mandarnos tú a la calle, descubrimos al tibetano charlatán que buscábamos —explicó—. Pero lamento tener que comunicarte que nos ha dado poquísimos datos. Lo que si nos explicamos ahora es la particular hostilidad que inspiramos los blancos a los habitantes de este pueblo.

—¡Hola! ¿En qué se funda? —interrogó prontamente Doc.

—En lo siguiente: creen que el meteoro azu1 es un castigo impuesto por el hombre blanco...

—¿Sabes en qué se apoyan para alimentar una creencia tan particular?

—No, lo ignoro. Nuestro informante lo ignora también.

Doc ponderó la respuesta.

—¿Qué sabéis del misionero con el cual estuvo conviviendo miss Stanley? —interrogó después.

—Nada más de lo que nos ha contado la señorita-repuso el abogado —. La historia es verdadera, por lo visto.

El hombre de bronce guardó silencio. Escuchaba.

—La señorita llega-anunció, pensativo.

Con estampido atronador, cuatro tiros en rápida sucesión

apoyaron las palabras de Doc. Poco después sonaron otros dos.

Mezclados a los ecos despertados por aquellos estampidos, llegó hasta el oído de los seis compañeros un grito angustioso de terror.

En él reconocieron la voz de miss Rae Stanley.

# CAPÍTULO XII

### *MO-GWEI, HOMBRE FANTASMA*

LA habitación, bajo de techo, que les cobijaba en aquellos momentos de emoción, se hallaba iluminada por una tosca lámpara de cobre.

Mientras sonaba la primera descarga, Doc apagó la lámpara mediante un ademán que originó un leve movimiento del aire.

Ham inició, al propio tiempo que sus compañeros, una rápida carrera en dirección a la puerta.

La voz potente de Doc les contuvo:

—¡Aguardad! —ordenó con imperio.

—Pero, la señorita...

—¡Aguardad, repito! Quizá se trate de un ardid... Tú, Long Tom, colócate junto al aparato de radio.

El mago de la electricidad buscó, obediente, en las tinieblas, abrió la llave del aparato y se encasquetó los auriculares.

Doc no salió inmediatamente de la casa. Antes, rápido como una centella, corrió a su habitación. Valiéndose de la lámpara de bolsillo proyectora de un deslumbrante rayo luminoso, fino como un hilo, extrajo varios objetos de cajones y maletas y las ocultó bajo la ropa.

No salió tampoco por puerta ni ventana. De un salto dado en línea vertical llevó a cabo la tarea difícil de asirse, con una mano a una viga, mientras que valiéndose de la otra, descargaba sobre el techo con el puño nervudo, metálico, una serie de golpes violentos.

Piedras y barro cocido al sol se desprendieron del techo como resultado de su acometida. Doc abrió una abertura capaz de permitirle el paso a su cuerpo gigante.

No deseaba arriesgarse a salir de casa por la puerta, por temor a que la vigilaran sus enemigos.

A paso ligero recorrió el tejado en cuestión de un instante, llegó junto al alero y se lanzó a la calle, polvorienta. Procedentes de los cuatro puntos cardinales llegaron a sus oídos gritos de cólera.

Los tiros habían despertado a los habitantes del pueblo, pertenecientes a una antigua raza guerrera que no retrocedía ante la lucha, sino que, por el contrario, la ama y acoge con gusto, cuando tiene ocasión.

Los tibetanos se lanzaron a la calle con las armas en la mano.

En medio de todo aquel alboroto, el oído aguzado de Doc captó significativos forcejeos y órdenes dadas en voz baja. Entonces avanzó sin hacer más ruido que la misma oscuridad.

De momento distinguió a varios hombres, todos tibetanos, a quienes desconocía; pero de esto último se dio cuenta cuando estuvo más cerca de ellos.

Buscó, sin hallar en el grupo, a Shrops y a Domingo.

Tres hombres tenían asida a miss Stanley, otro le había introducido en la boca una almohadilla de fieltro arrancada probablemente a una “mumdah” y se ocupaba afanoso, en sujetarla.

Junto a ellos, en el suelo, vio una caja de madera, parecida por la forma a un ataúd, cuya tapa estaba abierta, evidentemente, para recibir a la muchacha.

Miss Rae se defendía a puntapiés, trataba de rechazar a los hombres con los puños.

Un tibetano de cara diabólica danzaba en torno del grupo empuñando el revólver de miss Rae. Era muy posible que se hubiera hecho fuego con aquella arma, porque dos tibetanos ostentaban heridas leves abiertas, al parecer por pequeñas balas.

—¡”Kvri chiay”! ¡Daos prisa,! —susurró el tibetano armado con el revólver.

Rae Stanley logró escupir la mordaza mediante un continuado movimiento de la cabeza.

—¡Socorro! —gritó.

El alarido vibró en los oídos de Doc, impregnado de un horror verdadero; eso le descubrió lo que había venido a averiguar. A saber que miss Rae no representaba en aquellos momentos una comedia.

—¡”Mao”! ¡Gata! —exclamó el asiático del revólver. Y con él se preparó a asestarle un golpe en la cabeza a miss Rae.

Mas, en lugar de acercarle el arma a la sien, por poco se queda sin un brazo; tan grande fue el tirón que le dio, de pronto, una mano de bronce.

El revólver voló por el aire y fue a chocar, con sonido metálico, contra la pared de piedra de una vivienda.

EL tibetano lanzó un alarido. Sus compañeros le secundaron. De común acuerdo dejaron en libertad a miss Stanley con objeto de tener las manos libres.

—¡Doc Savage! —exclamó ella.

Se puso en pie y arremetió contra el primer tibetano que se le puso delante.

Luchaba con pies y manos.

Los tibetanos eran valientes y se lanzaron al combate confiando en sus propias fuerzas. Además, luchaban todos contra un solo hombre.

—Será cuestión de un instante-murmuró uno de ellos.

Doc extendió un brazo y los dedos de su mano acariciaron, al parecer, las mejillas del hombre. A la acción sucedió una cosa extraordinaria.

Se entornaron los párpados del hombre sobre los ojos brillantes, se le abrió la boca un palmo y se quedó dormido de pie.

Dió con su cuerpo en tierra, tras de desplomarse lentamente.

Poco después, Doc repitió la operación con un segundo tibetano. El individuo imitó de manera perfecta al compañero, quedándose igualmente dormido en mitad de la refriega.

Idéntica suerte sufrió un tercer individuo carilleno.

La confianza huyó, veloz, del ánimo de los asiáticos y le siguió una sorpresa que rayaba en el pánico. La manera de caer de los hombres al solo contacto de la diestra del hombre de bronce parecía cosa de magia.

Sólo dos componentes del grupo quedaron en pie. Los dos trataron de poner pies en polvorosa. ¡Vano empeño! Doc cayó, en el acto, sobre ellos.

Uno se derrumbó al fantástico contacto de la diestra de bronce.

El dorado brillo de un brazo se cernió sobre el segundo. El individuo lanzó un chillido y trató de luchar, pero sus golpes le lastimaron los nudillos al chocar contra los metálicos músculos del gigante.

Sus aullidos se convirtieron en aterrorizado ulular. Se sentía como aprisionado en una jaula de barrotes de acero.

—¡"Dangnsi"! —exclamó—. ¡Ten cuidado! Me aplastas los huesos.

—Responde a las preguntas que voy a dirigirte y te aliviaré de la presión-le prometió Doc Savage.

—¿Qué preguntas son esas?

—Dime el nombre de tu señor y el lugar dónde se halla.

La hechicera Rae Stanley se les aproximó entonces.

—Eso es: hazle hablar-dijo con entrecortado acento —. Es uno de los hombres de Mo-Gwei. Quizá pueda llevarnos hasta él.

Aparentemente el tibetano no simpatizaba con la idea de delatar a su jefe, el siniestro Mo-Gwei, porque echó hacia atrás la cabeza y lanzó uno de los gemidos más desgarradores que Doc había oído en su vida.

Aquel grito encubrió el desastre que iba a ocurrir, pues ni siquiera los oídos suprasensibles de Doc le descubrieron la llegada de un hombre.

El cañón de un rifle se levantó sobre su cabeza en la oscuridad, descendió en silencio y dejando caer a su prisionero, el gigante quedó tendido en el suelo todo lo largo que era.

De las tinieblas surgieron y arremetieron contra el grupo nuevos tibetanos armados de escopetas. Dos de ellos se apoderaron de miss Rae y la sujetaron fuertemente.

El bandido que había derribado a Doc tornó a levantar el rifle.

—¡Vais a ver cómo le hago trizas el cráneo! —anunció, asestando al propio tiempo el golpe.

Pero el cañón de la escopeta hirió el duro suelo. Doc ya no estaba allí cuando descendió él.

El cañón se salió de su sitio entre el estallido de la madera rota y el tintineo del hierro que rodaba por el suelo.

El tibetano dejó escapar un gemido movido a ello, más que por la desaparición de Doc, por el desastre acaecido a su escopeta, probablemente.

En el Tibet escasean las armas de fuego y son por ello, carísimas.

—¡"Chung feng"! ¡Cargad! —exclamó—. Apoderaos de ese demonio de bronce.

Pero era de todo punto imposible lo que pedía. El hombre de

bronce, ligeramente herido por el golpe del rifle, sin duda, sólo había permanecido un segundo atontado y había huido en las tinieblas semejante a un murciélago en el silencio de la huida.

—No le persigáis. —ordenó el jefe secundario de la banda—. Aquí tenemos a la bella flor que veníamos a buscar y esto es lo que se nos ha mandado.

Rae Stanley estaba ya amordazada de nuevo. La metieron en el ataúd de madera y cerraron la tapa. Cuatro hombres se encargaron de llevar la caja sobre los hombros.

Otros levantaron a los compañeros caídos por el contacto con el hombre de bronce. A juzgar por los comentarios que les inspiraba la torpeza de los auxiliados, se veía que todos formaban parte de una misma banda.

Pero los últimos en llegar al punto donde se encontraba miss Rae se habían mantenido a la expectativa.

—¡Parecéis gusanos en el pico de un pollo! —comentó, malhumorado el jefe.

—Es que el diablo de bronce tiene un encanto en los dedos- murmuró, excusándose, el mismo a quien Doc comenzara a interrogar.

En realidad era el único que conservaba el conocimiento entre los compañeros enviados a efectuar el secuestro de miss Rae.

—¿Cómo ha podido venceros, seres ineptos y cobardes?

—No lo sé-confesó el otro —. Mas a su contacto mis compañeros se iban quedando dormidos.

—¡"Kwái hsie"! —¡Daos prisa!— ordenó el jefe —. Salgamos cuanto antes de este lugar maldito.

El grupo se alejó a buen paso sosteniendo la caja que encerraba a la muchacha y llevándose a los maltrechos compañeros.

Un ciudadano tibetano asomó la cabeza por una puerta y gritó un "pal-skad". Quería decir: ¿qué pasa por ahí?

La respuesta fue un tiro. Pero el curioso no se desanimó. Llevaba consigo un arma monstruosa, una antigualla de mango sin pulir y cañón agujereado octogonalmente.

La acompañaba una especie de ensartador que le servía de sostén como si fuera un mosquete.

El tibetano prescindía de esta bagatela. Apoyando el arma en el quicio de la puerta, encendió una cerilla y la aplicó a la mecha, que

sobresalía del pequeño agujero abierto en la recámara, al estilo de los antiguos cañones.

Entre la aplicación del fósforo y la explosión que le sucedió, tuvo tiempo suficiente para afinar la puntería.

El trabuco llenó la calle de humo y de un ruido ensordecedor. La bala-bola de plomo amasado a mano-sin embargo no hizo blanco. Le faltaron por lo menos cincuenta pies.

Los portadores del ataúd lanzaron una sarta de juramentos de los más escogidos del vocabulario.

—Somos servidores de Mo-Gwei-aulló su jefe.

Al oír esto el hombre del cañón portátil giró sobre los talones y huyó aterrorizado.

La sola mención del nombre aborrecido había bastado para acabar con el valor que hacia poco le animaba. Al propio tiempo que corría, daba la voz de alarma.

—Por ahí van los hombres de Mo-Gwei, cara de demonio-chillaba —. Vienen en número de mil. El meteoro les acompaña.

Esto último era pura exageración que se permitía a causa del terror que le dominaba.

Tal era el miedo espantoso que inspiraba el Señor del meteoro azul, que en el acto, desaparecieron de las calles todos los tibetanos.

Parecieron absorberles puertas y ventanas, como absorbe la tierra sedienta las gotas de lluvia.

Los hombres de Mo-Gwei avanzaron, rápidos, en dirección de las afueras del pueblo, sin detenerse.

—Bueno. Dejamos el pueblo sin más tropiezos-dijo el jefe —. Apresurémonos a llevarle al amo la bella flor, pues Mo-Gwei es rey de reyes, y lleva la máscara de Bron, el virrey de los infiernos.

Zarandeada sin descanso dentro de la caja, se preguntaba miss Stanley por qué no intentaría Doc su rescate.

No creía que hubiera sido herido y tras del esfuerzo evidente hecho para libertarla, no le pareció razonable que abandonara tan pronto la partida.

De súbito le dio un vuelco el corazón.

Acababa de llegar a sus oídos una nota semejante a la que hubiera podido arrancarse a un violón gigante. El sonido-breve y sonoro-era ensordecedor.

Los tibetanos lanzaron alaridos penetrantes. Miss Rae no quedó

tan magullada como se prometía, dada la situación.

Era evidente que sus portadores acababan de depositar la caja en el suelo.

Habíase derribado a tres tibetanos. Los tres habianse quedado inmóviles, mas el curioso observador hubiese reparado, tras de someterles a un examen detenido, que respiraban normalmente.

Eran víctimas de las tan famosas balas de gracia de las ametralladoras empleadas por Doc y sus hombres. Y dichas armas eran las que habían sonado poco antes.

Monk se destacó de las tinieblas impulsado por el ansia de lucha.

Despreciando el servirse de las armas, asió con las manos velludas a uno de sus contrarios.

—¡Es un orangután! —exclamó la presunta víctima. Logró esquivar a Monk y huyó, rogando a sus antecesores que le perdonaran sus pecados.

Monk se desvió del camino recto y agarró a otro hombre por el cuello. Sin esfuerzo aparente le levantó en vilo y le lanzó sobre el grupo formado por los otros bandidos.

Renny, descargando directos con los potentes puños, surgió de la izquierda, seguido de Ham, que blandía el estoque.

Lo traía sin funda y con él azotaba el aire produciendo sonidos comparados al arrancada a las cuerdas de una guitarra.

El esquelético Johnny, animado visiblemente, y el paliducho Long Tom, cerraban la marcha. Sus armas despidieron deslumbrantes fogonazos y cayeron más tibetanos.

El ataque fue demasiado impetuoso, demasiado rápido, y los hombres de Mo-Gwei huyeron a la desbandada.

Monk y sus camaradas se lanzaron en pos de ellos. Las diminutas ametralladoras seguían tronando, pero, ¡cosa rara! ninguno de sus disparos logró dar en el blanco y a no cayeron más tibetanos.

El estampido anormal de aquellas modernas armas de fuego, era tan nuevo para los bandidos que les produjo un espanto nunca sentido hasta entonces.

A la carrera bajaron por una oscura calleja, sin pensar más que en poner cuanto antes la mayor distancia posible entre ellos y aquellas armas desconocidas.

Sólo después de haber recorrido unos cien metros, se dio cuenta

su jefe de que ya no se les perseguía.

—¡Ljh ding!" ¡Alto! —ordenó—. No corramos de este modo. Las manos de Mo-Gwei pesan sobre los cobardes.

Los bandidos se detuvieron. Ahora que se habían recobrado de su sorpresa se dieron cuenta, de que más que a las armas de que se servían los ayudantes de Doc le tenían miedo a Mo-Gwei.

Sacaron, pues, sus pistolas y los rifles de las fundas y abrieron el fuego.

Los fogonazos tiñeron de rojo la calle. El estampido de los disparos rodaba por encima del pueblo, era rechazado por las cercanas colinas y tornaba, saltando, convertido en ecos que se sucedían sin cesar.

Los ayudantes respondieron, apenas, a aquellas descargas y ninguno de sus tiros hizo blanco, mas los automáticos no lograron dominar el estrépito de aquellas armas ultramodernas.

—Sin duda se les han agotado las municiones-gritó el jefe de los bandidos —. Arremetamos contra ellos antes de que vuelvan a cargar las armas.

Todos echaron a correr calle adelante, disparando sin cesar. Frente a ellos se desvanecía, como por ensalmo, toda resistencia.

—¡Huyen! —exclamó con deleite un bandido carilleno.

—Son perros que pierden valor, después de ladrarle a la luna-observó otro.

Sin embargo, se abstuvieron de perseguir a los cinco americanos, cuya retirada era sorprendente después de su denodado ataque.

Corrieron a situarse junto al ataúd, que continuaba envuelto en sus ligaduras.

Uno de los tibetanos se dispuso a desatarlas con objeto, sin duda, de comprobar si continuaba, dentro de él la muchacha, pero le apartó de un empujón un segundo bandido.

Levantó la caja por uno de sus extremos y la sopesó y su peso le arrancó un gruñido.

—Pesa como si fuera de plomo-observó —. La bella flor continúa dentro.

Entonces cuatro bandidos se la echaron a los hombros, recogieron las víctimas de la segunda refriega, que no eran muchas, y con un apresuramiento muy lógico, abandonaron el pueblo de Tonyi.

—Mi torpe entendimiento no alcanza a comprender el motivo que impulsó a huir tan deprisa, a nuestros asaltantes-observó en el camino un tibetano.

—Recuerda que los cobardes tienen, en ocasiones, la tez blanca-replicó un compañero. Subían ahora por un estrecho camino que ostentaba huellas de carros.

Aquí se hizo más dificultoso el avance y los bandidos que llevaban a cuestas a sus dormidos compañeros se quejaron mucho del peso de estos últimos.

—¿Qué arte de encantamiento les habrá dormido al solo contacto de la mano del hombre de bronce? —se preguntaban.

La cosa era en sí muy misteriosa. Los hombres se quedaban de repente dormidos. ¿Cuándo se despertarían?

—Poneos una mordaza de “mumdah” en la boca-les ordenó el jefe —. De esta manera se restablecerá un silencio muy necesario.

Tras de la amonestación no se malgastó ya el aliento, reservándose para la ascensión hasta que el grupo llegó ante un bosquecillo de alerces.

En la linde les aguardaba un “ arabas” o carro de dos ruedas, sobre el cual se depositó el ataúd.

Los bandidos se subieron después sobre dichas ruedas, que distaban del suelo por lo menos unos seis pies, y encima de la caja fueron depositando, uno a uno, a seis compañeros inconscientes.

Del “arabas” tiraban cinco caballos dispuestos en tronco de tres y de dos, respectivamente.

Un tibetano se llenó la blusa de piedras y una vez hecho esto, se subió al pescante. El vehículo partió a buen paso. Las piedras le sirvieron al auriga para mantener los caballos al trote.

Allí, en pleno campo, la luna llena alumbraba el camino.

El conductor miraba con frecuencia a sus dormidos compañeros.

—Realmente, es desusado el sueño qué se ha apoderada de ellos-murmuró.

# CAPÍTULO XIII

### *EL PROFESOR STANLEY*

LA nueva luz del día sorprendió al “araba” y a la cabalgata de tibetanos camino del Norte, muy lejos ya del pueblo. Habían avanzado muy deprisa.

Al atravesar el paso de una montaña les había nevado, pues a una altura como aquella en que se encontraban hubiera sido raro que transcurriera un mes sin que se sufriera un coletazo del invierno.

Los blancos copos se les adhirieron a los vestidos y a la crin de los caballos peludos que tiraban del “araba”.

Al amanecer se dispusieron a atravesar un “sal” o extensión cubierta de arena y piedras.

Todavía llevaban echados a la cara los tocados de crin de caballo, que a la aparición del sol, se habían encasquetado para no cegar ante el brillo deslumbrador de la nieve.

—Me pesan las piernas como muertos “yacks” —gimió un tibetano a quien le costaba trabajo levantar un pie y colocarlo delante del otro.

Todos se hallaban agotados, porque durante la noche se habían hecho pocas paradas.

Debido a su prisa y a la necesidad de desatar y levantar a los compañeros de encima para quitarle la tapa, el ataúd no se había abierto todavía.

Ni tampoco se había despertado de su sueño singular ninguna de los durmientes.

El jefe se adelantó al cabo y dio un golpe sobre la tapa de la caja.

—¿Te hallas a gusto, ah, bella flor? —interrogó.

—Naturalmente que no-replicó una voz ahogada desde el interior de la caja —. ¡Dejadme salir!

El tibetano se sonrió Y volvió junto a sus hombres. En la voz había conocido a Rae Stanley.

Durante la noche anterior la había llamado varias veces, pues deseaba asegurarse de que el frío que a él le helaba no había matado a la prisionera.

La pequeña caravana alcanzó, por fin, los limites del "sal". Debajo, en el valle, surgió una aldea en estado ruinoso.

La arquitectura del poblado aquel tenía cierta semejanza con las aldeas americanas de las tribus indias. Sin embargo, los tejados en pendiente eran conforme al estilo del Asia.

Era evidente que había sido abandonada desde largo tiempo atrás y que al presente sólo temporalmente la habitaban sus ocupantes.

Trabados en sus campos veíanse varios potros, así como unos cuantos "yacks" de tiro.

Del decrépito poblado salieron unos cuantos amarillos para saludar, sacando las lenguas, a los recién llegados.

Pero la verdadera y más substanciosa bienvenida consistió en la ofrenda de varios cuernos vaciados de "yack" y llenos ahora de "kumis".

Después de apurar hasta la última gota de la leche fermentada, de yegua, los recién llegados se sintieron mucho mejor.

—¿Se halla entre vosotros el todopoderoso Mo-Gwei? —se interrogó a los habitantes del poblado.

—Si-fue la respuesta: —está aquí y desea ver al momento a la bella flor.

Apresuradamente, se desató la caja del carro de las dos ruedas. Se bajó al suelo a los ligados tibetanos que aquélla había llevado encima y también a los heridos en la segunda refriega.

—¿Qué encanto diabólico ha descendido sobre esos dormidos leños? —deseó saber un ocupante del poblado.

—Eso, oh, tú que deseas saber la verdad, es un misterio-se le contestó.

Los infelices durmientes fueron llevados a sus viviendas. De los heridos, los que se sentían peor eran aquellos que tenían los brazos rotos.

—¡Vamos! Mo-Gwei os aguarda.

La caja voluminosa fue llevada a la puerta del poblado reminiscente de una casa con muchas puertas.

Una helada ráfaga matinal atravesó, silbando, el “sal” y descendió sobre el cañón.

—¡Bendito sea Mo-Gwei por haber elegido, aunque sea temporalmente, para refugio, este pueblo abandonado de los locos! —murmuró un bandido—. ¡Qué poco mc agradan los puntos altos, tan mal resguardados del frío!

Descendieron, con la caja a cuestas, por un estrecho pasaje. Un tibetano les precedía llevando en la diestra una antorcha llameante de “ tushkin”, salvia montañosa.

Ni una sola ventana se abría en las entrañas de la ciudad desolada y el camino estaba oscuro como la tinta.

El aire olía al inevitable té con manteca, a cerveza fermentada y a humanidad. Cada uno de aquellos hombres estaba necesitado urgentemente de un buen baño.

Por fin se percibió el olor aromático del incienso. Aumentaba de intensidad hasta que dominó por completo todos los demás olores desagradables.

La cabalgata descendió los peldaños mal labrados de una escalera, y penetró en una pieza espaciosa iluminada por dos goteantes lámparas de cobre.

Aquella pieza había sido labrada en la misma roca sólida y carecía de puertas y ventanas. Su suelo no aparecía cubierto de una sola alfombra, ni un solo tapiz pendía de sus paredes.

Aquí era todavía más penetrante el aroma del incienso. Asfixiaba.

—¡Depositad esa caja en el suelo, asustada bandada de perdices! —exclamó una voz aguda y regañona.

Nadie había en la pieza. Sin embargo, la voz regañona sonaba muy cerca y llenó sus ámbitos.

Los bandidos se apresuraron a obedecer.

—¿Se halla dentro la bella flor? —preguntó ahora la voz.

—Sí, todopoderoso Mo-Gwei.

—¡Cabras! Dirigios a mí como a Mo-Gwei, el de la cara de demonio, señor del meteoro azul y dominador de la humanidad futura.

—La bella flor está dentro de la caja, oh, Mo-Gwei de la cara de demonio, Señor del meteoro azul, Dominador de la raza futura-repitió, obediente, el tibetano.

La desagradable vez prorrumpió en una carcajada. Aquella risa tenía algo de cacareo de una gallina de Guinea. Su dueño, empero, permaneció oculto.

—¡Qué agradables son vuestras palabras, hijos míos! —dijo Mo-Gwei, cuando hubo concluido de reír—. Seré el Señor de todas las vidas y compartiré mi fortuna con vosotros, que habéis compartido mi suerte.

Los tibetanos se relamieron y lanzaron codiciosas miradas al oír aquella promesa.

—;Cabezas huecas! —dijo la voz, de pronto, con un alarido, pasando de la alegría a un súbito furor—. ¿Qué hacéis ahí pasmados?Decidme, descendientes de los gusanos que sirven de cebo. ¿Habéis hallado la pista de Loo y de Shrops?

—Ni rastro de ambos, mi amo.

Un grito de furor resonó en la pieza. Esta vez la voz no se asemejaba al cacareo de una gallina, sino a la voz chillona de un loro.

—¡Os someteré al castigo del meteoro azul-exclamó —. Los ineptos de nada le sirven al futuro Señor del globo.

Los tibetanos palidecieron. Evidentemente Mo-Gwei tenía por costumbre dirigirles tales amenazas y cumplirlas sobre todo. Cayeron de hinojos.

Cada uno de ellos sacó un palmo de lengua a modo de cumplido.

Aunque risible para el espectador indiferente, tal acción era la forma más abyecta, de humildad que se usaba entre aquellas tribus.

—Hemos buscado activamente, oh señor, a los dos hombres-gimió un asustado pueblerino —, pero en vano.

—¡Pues están en Tonyi! —afirmó Mo-Gwei—. El hecho de hallarse en él la bella flor demuestra que también se hallan con ella Shrops y Loo. Ellos la han traído.

—En tal caso, se ocultan hábilmente, oh señor.

—Enviaré seres más inteligentes en su busca-declaró Mo-Gwei —. Ahora, atajo de gandules, abrid la caja que encierra a la bella flor.

Los tibetanos se lanzaron adelante. Mientras desataban el ataúd,

uno de los hombres se atrevió a levantar la vista.

Mo-Gwei se hallaba agazapado en una plataforma, a modo de lecho, suspendida del techo con cuatro cadenas.

Evidentemente la plataforma era irrompible, una especie de escudo contra las balas. Por encima de ella se abría un boquete cuadrado a través del cual descendía sin duda, el bandido para llegar hasta el lecho.

La invención no podía ser más simple, sin embargo, le ponía a cubierto de cualquier ataque a mano armada de posibles enemigos.

De toda su persona únicamente era visible una feísima máscara color de púrpura. Por nariz tenía un punto rojo, grandes pupilas amarillas y dos cuernos retorcidos sobre la frente.

La máscara quería representar el semblante de “yack” del demonio tibetano, ogro a quien los bandidos consideran como el peor de la serie.

—¡Aquí está, oh señor nuestro, la bella flor! —un tibetano abrió la caja.

De tener la sorpresa el poder de dar la muerte, todos los presentes, se hubieran quedado muertos en aquel mismo instante.

En lugar de Rae Stanley se levantó de la caja el cuerpo fornido de Doc Savage. Su mano de bronce asió con la rapidez del rayo el cuello del hombre que había abierto la caja. El hombre se desmayó.

Un segundo tibetano, que por casualidad empuñaba aún el “dao” de hoja afilada de que se había servido para romper las ligaduras de la caja, se arrojó sobre él. Le asestó un golpe tremebundo.

Le parecía a aquel carilleno amarillo que nada podía impedir que la retorcida hoja de acero se clavara en el corazón del hombre de bronce.

Ya había apuñalado a otros semejantes y tenía afilada la hoja para la cual se valía, a modo de rueda, del filo de cuero de sus botas.

Estaba seguro de que su experiencia y el cuchillo darían fin a la vida de Doc.

—”¡Ni kan!” ¡Mirad! Ved como muere…

La hoja del “dao” cortó el aire. Nada más. De manera sorprendente, impropia de la habilidad humana, se había echado a un lado el hombre de bronce.

El bandido cayó, llevado de su propio impulso, sobre la caja,

gritando todavía. Pero, mientras caía, los dedos del hombre de bronce pasaron por encima de su piel desnuda a modo de caricia.

El dueño del "dao" ya no se levantó de encima de la caja, sobre la cual permaneció inmóvil, con los brazos abiertos. De sus labios salió un ronquido sonoro.

El primer bandido derribado al suelo dormía ya.

Ambos sucumbieron al instante, al mágico contacto de los dedos de Doc.

Súbita consternación se apoderó del resto de los tibetanos. Retrocedieron agitando las manos. Buscaban un arma. Dos de ellos huyeron cobardemente.

Por encima de sus cabezas cacareaba Mo-Gwei como gallina de Guinea que, aunque a la fuerza, tiene que permanecer inactiva, mientras el halcón le roba sus polluelos.

Doc se apoderó del cuchillo al vuelo. Sus pupilas doradas se clavaron en el lecho de Mo-Gwei, pero el bandido se ocultaba prudentemente, de manera que no dejaba al descubierto la parte más ínfima de su cuerpo.

Doc arrojó el cuchillo contra una de las lámparas de bronce y se apagó.

Arrebatando de la cabeza de uno de los dormidos su gorro de piel, lo tiró encima de la segunda lámpara. Ésta se extinguió también.

Un monstruo de negrura devoró la habitación. En ella reinó profundo silencio.

Los tibetanos, con el arma en la mano, aguardaban a que se moviera Doc.

Sin duda debían preguntarse cómo se las habría arreglado para sacar a la muchacha de la caja.

Durante la refriega de Tonyi, naturalmente, no habían notado el aumento de peso del ataúd a causa de la excitación sentida.

Ignorando que el hombre de bronce llevaba consigo un diminuto y portátil aparato transmisor de radio, tenían razón para estar perplejos y sin embargo, gracias al aparato, Doc había ordenado a sus hombres que se lanzaran al ataque.

Sólo en aquellos momentos se daban cuenta de que aquél tuvo por objeto apartarles de junto a la caja, de modo que el cambio de personas pudiera, realizarse sin tropiezo.

Por algún tiempo, probablemente, se preguntarían asimismo cómo la voz de miss Rae o por lo menos una voz semejante les había podido responder desde el interior de la caja.

El misterio era bien sencillo, sobre todo conociendo a Doc a fondo. El hombre de bronce había aprendido a imitar las voces humanas, incluso el acento agudo de las mujeres.

Doc Savage se colocó, silencioso, debajo del lecho de Mo-Gwei, encogió el cuerpo, tomó impulso y saltó luego hacia arriba.

Había levantado los dos brazos por encima de la cabeza, esperando alcanzar el lecho del bandido.

Pero distaba demasiado, y tornó a caer al suelo sin hacer ruido. En aquel mismo momento ya oyó rebullirse a Mo-Gwei. Se marchaba por el agujero abierto en el techo.

Doc metió una mano debajo de la ropa que llevaba puesta y sacó un pequeño objeto de metal del tamaño de un huevo de paloma.

Rodeándose la cabeza con un brazo de modo que le tapara los oídos, lanzó el huevo al suelo.

Tan terrible fue la explosión que sucedió al ademán, que vaciló y tembló en sus cimientos la tierra entera. El huevo acababa de estallar sin producir el menor deterioro en las paredes o el techo de la pieza, pero, en cambio, parecía rasgarle a uno el tímpano. Al propio tiempo su luz era cegadora.

Doc bajó el brazo. Le silbaban los oídos. Como no se habían tapado los suyos, las tibetanos iban a quedarse sordos por espacio de unos segundos.

Doc se apoderó de la caja, y la colocó en posición vertical debajo del lecho pendiente del techo. Una vez hecho esto, se subió encima de ella, y encendió un momento la lámpara de bolsillo con objeto de localizar el lecho.

De un salto logró, al fin, asirse a su borde y se encaramó a él. Los tibetanos no le oyeron.

Pero hacía ya largo tiempo que Mo-Gwei había desaparecido por el agujero abierto en el techo.

Doc le imitó y se halló en el primer piso de la casa. La luz de su lámpara de bolsillo, ondulando como hilo luminoso de acero, le mostró desnudas paredes de cemento y una puerta. Doc se metió por ella.

Delante de el sorprendió el sonido de una trampa que se abría o

cerraba.

Asestó los rayos de la lámpara sobre el punto de donde salía el ruido. Una llama inesperada pasó rozándola.

Apagó la luz y se corrió a un lado a tiempo, pues junto a él pasó silbando una bala en pos de la llama del fogonazo.

Continuó avanzando y cruzó el umbral de una segunda puerta muy baja.

Delante de él corrían unos pies invisibles que evidentemente pertenecían a Mo-Gwei. EL bandido huía. Luego el chirrido metálico da unos goznes y un golpe violento le indicaron que se había cerrado otra puerta.

Poco después dio con el paño. Era sólido, pesado, y estaba cerrado por dentro. Apoyó en el uno de sus hombros y empujó. Mas, no obstante toda su hercúlea fuerza, no logró conmoverlo.

Doc se quitó de los dedos una especie de dedales de bronce que había llevado puestos. Hábilmente construidos, pasaban inadvertidos a simple vista.

Aquellos dedales contenían agujas hipodérmicas diminutas, las cuales encerraban, a su vez, una droga que producía un sopor instantáneo.

En aquellas agujas estribaba el secreto del contacto mágico de los dedos del hombre de bronce.

Una vez que libertó las puntas de los dedos de los dedales metálicos, sacó otro huevo de metal, le introdujo a modo de cuña en una de las grietas de la madera de la puerta, le colocó al huevo un disparador mecánico y retrocedió de un salto, tapándose los oídos.

Surgió una llamarada, sonó una ensordecedora explosión. Parte del techo se desprendió y cayó en el pasillo. La puerta se convirtió en una nube de vigas volantes y de macizas planchas de cedro.

Doc atravesó la zona afectada por la explosión y se deslizó al otro lado del corredor.

Un tramo de escalera le condujo otra vez a la planta baja. Mientras descendía los peldaños aplicaba el oído. En torno de él reinaba un silencio profundo. Entonces bajó más deprisa.

El pasillo torcía a la izquierda, luego a la derecha y finalizaba en otro tramo de escalera. Una vez más, Doc se paró a escuchar.

De pronto sonó un alarido impregnado de terror. Le sucedió un

sonido singular: “eslip, eslop, eslup”, que concluyó en un fuerte porrazo.

Doc avanzó a la carrera, la luz de la lámpara de bolsillo llenaba el pasillo de claridad esplendorosa. De este modo pasó por delante de varias puertas cerradas.

—¡Socorro! —gritó una voz débil detrás de una de aquellas puertas.

La demanda se había pronunciado en lengua inglesa.

Doc continuó adelante, descendió un nuevo tramo de altos peldaños que iluminó con el haz de rayos de la lámpara por vía de precaución.

Al pie de la empinada escalera vio tendido a un hombre en el suelo. Estaba doblado por la cintura y la postura indicaba que se había roto la espina dorsal.

Junto a su cuerpo contorsionado yacía la máscara repulsiva de Bron, el demonio tibetano.

Doc descendió rápidamente la escalera sin dejar de alumbrarse. Mucho antes de llegar junto al cuerpo exánime, vio ascender en espiral de su boca, de las narices, de los ojos desencajados, de las diferentes desolladuras producidas por la caída, una débil columna de vapor.

Hacía muchísimo frío aún en aquellas profundidades y el vapor se formaba sencillamente porque el cuerpo todavía estaba húmedo y caliente.

Mas el hombre estaba muerto. Le había matado la caída por la escalera.

Doc le dio media vuelta con objeto de verle la cara. Tenía unas facciones feísimas, el rostro redondo y amarillo, ojillos pequeños como negras puntas de alfiler y una abertura diminuta en lugar de la boca.

Su mandíbula se desencajó al volverle Doc y la boca se abrió en toda su extensión. Doc dirigió sobre ella los rayos de la lámpara. Luego, postrado de hinojos, examinó su interior.

Una vez que se hubo levantado del suelo volvió junto a la puerta situada en lo alto de la escalera: era aquella misma puerta detrás de la cual alguien había pedido socorro en inglés.

La puerta estaba atrancada por la parte de fuera con una barra maciza de hierro. Doc la levantó y se dispuso a entrar en la

habitación, pero aplazó el acto hasta después de haber interrogado:

—¿Quién está ahí dentro?

—Stanley-repuso una voz temblorosa —. El profesor Elmont Stanley.

# CAPÍTULO XIV

### *EL RELATO DE STANLEY*

DOC asestó sobre él los rayos de la lámpara..

Verdaderamente, no parecía, haber sido una autoridad mundial en materia de planetoides y el hombre de ciencia que se había dirigido al confín de la tierra para estudiar la composición de los meteoros.

Su cuerpo jamás debió ser robusto, pero en aquellos momentos estaba casi totalmente desprovisto de carne.

La piel que le cubría los huesos tenía el color enfermizo de la nicotina, los ojos muy hundidos en las órbitas, como si detrás de ellos se hubiera consumido la sustancia carnosa que les servía de sostén.

La cabeza carecía de cabellos, lo mismo que el mentón, y tampoco tenía cejas. Visto de pronto producía el efecto impresionante de una calavera a la que animara un resto de vida.

Doc Savage había visto, cosa de dos años atrás, una fotografía del profesor.

Era el mismo ser que tenía delante; sin embargo, nadie lo hubiera dicho.

Por lo visto, había sufrido mucho.

Al mirar a Doc se entregó a histéricos transportes de deleite. —¡Sáqueme de aquí!— le suplicó, juntando las manos y con una voz muy débil —. ¡Sálveme usted!

¡Calma, calma! —le aconsejó Doc, muy sereno—. ¿Puede usted andar?

—Un poco-balbuceó Stanley —. Esos demonios me han alimentado bien. Al meteoro azul debo la pérdida de mis energías.

—Vamos-le dijo Doc.

El profesor parecía dispuesto, sin embargo, a explicarle antes los horrores que había tenido que soportar.

—Me han utilizado como materia de experimento-dijo, lamentándose —. Me exponían a la luz del meteoro azul y luego procuraban curarme de modo distinto cada vez.

—¡Ah! ¿Conque se sana de la enfermedad originada por él? —le preguntó Doc.

—Sí; de otro modo estaría convertido ya en un maníaco, presa de una furiosa locura.

Los dos avanzaron corredor adelante.

—¿Cuándo se apoderaron de usted? —interrogó el hombre de bronce.

—A poco de salir de Tonyi con la caravana-replicó el científico insigne. —Desde entonces han transcurrido muchos meses, años tal vez. Ignoro cuánto, porque he perdido la noción del tiempo. Mi reclusión ha sido estrechísima.

—¿Qué es, en realidad, el meteoro azul? —preguntó Doc, después de escucharle atentamente. El profesor meneó la cabeza.

—Le parecerá increíble, pero ¡no lo sé! Es una cosa impresionante, deslumbradora, que produce la absoluta suspensión de la actividad cerebral.

—¿En qué consiste, pues, la cura de sus efectos?

—Tampoco lo sé. Me sometieron a ella cuando estaba todavía bajo la influencia del meteoro.

Doc le precedió por la escalera, al pie de la cual seguía tendido el cuerpo del hombre que tenía roto el espinazo.

—He estado persiguiendo a Mao-Gwei-confesó al profesor —. ¿Le ha visto la cara en alguna ocasión?

El profesor se estremeció visiblemente.

—No. ¡Jamás! Se dice que tampoco le han visto sus hombres.

Al llegar al pie de la escalera, Doc asestó los rayos de la lámpara sobre el cadáver.

—¿Es ésta la máscara que lleva Mo-Gwei? —tornó a preguntar.

—Si —gritó el profesor—. ¿Está muerto este individuo?

—Tiene roto el espinazo-replicó Doc.

—¡Muerto! ¡Mo-Gwei ha muerto! —exclamó Stanley—. ¡Ah! Con ello se ha librado el mundo de un monstruo de maldad.

—Este individuo no es Mo-Gwei…

—¿Qué?

—Mo-Gwei tiene voz-explicó Doc —. Este hombre era mudo. Le arrancaron la lengua hace tiempo.

Rápidamente, Doc comenzó la tarea de abrir las puertas del pasillo y de pasear la luz de la lámpara en torno de las paredes.

—El muerto debió ser probablemente uno de los guardias de corps de Mo-Gwei-decidió —. Como era mudo y además, es dudoso que supiera escribir, no hubiera podido hacer traición a su amo.

EL profesor observó, con ronca voz:

—Mo-Gwei tenía una voz estridente semejante a la de un loro. Tal vez el mudo pudiera, por medio de...

—No, no, es imposible-exclamó Doc, interrumpiéndole —. Le debió dar la máscara al mudo aquí, en el pasillo, mientras salía él por alguna puerta. El guarda siguió andando y como no estaba acostumbrado a la máscara, tropezó y cayó escalera abajo.

—¡Atención! Llegan los bandidos-exclamó el profesor.

El oscuro pasillo subterráneo fue invadido por el sonido de rápidas pisadas y el eco de unos gritos delirantes. En su extremo opuesto apareció, danzando, un rayo de luz grisácea. Era una antorcha de “Lusilkin”.

Doc apagó la luz. Pero tardó un poco. Acompañada por un estampido, saltó una bala en el corredor pedregoso.

—De momento tendremos que dejar de lado a Mo-Gwei-dijo al profesor.

—Temo que no logremos salir de aquí-replicó, temblando Stanley.

Los dos descendieron por la escalera y llegaron junto al individuo de la espina dorsal rota.

Doc recogió del suelo la máscara de Bron. Hecho esto, transportó el cadáver a la habitación que halló más próxima y le ocultó en un rincón. Allí no seria descubierto fácilmente.

Sus perseguidores se acercaban.

—¡Silencio! —ordenó Doc al profesor; y se dispuso a bajar por el pasillo.

El profesor arrastraba los pies. Tal vez estaba demasiado débil para andar sigilosamente. Doc le levantó en vilo y se lo llevó metiéndose la máscara debajo del brazo que tenía libre.

Stanley no pesaba más que un saco de huesos.

Apenas tuvo ocasión, ascendió el hombre de bronce. Torció a la izquierda.

Avanzaba sin hacer ruido y pronto perdieron su rastro los bandidos.

Entonces se diseminaron por el pasillo, avisándose unos a otros con voces que retemblaban en aquel corredor subterráneo.

Delante de Doc surgía la luz del día. Se derramaba dentro del pasillo por un agujero tosco abierto en el techo. El viento silbaba al otro lado de la abertura, y caía la nieve como azúcar molida.

Doc depositó a Stanley en el suelo. Enseguida dio un salto, se asió al borde de la abertura con las dos manos y miró al exterior.

Le rodeaban los tejados de las casas del poblado. Más de uno de aquellos se había derrumbado, dejando en su lugar un tremendo boquete. La nieve, impulsada por el viento, caía detrás de los parapetos.

Doc se dejó caer otra vez dentro del corredor. Asió a Stanley y le levantó en sus brazos hasta que hubo alcanzado y asido el borde de la abertura, saliendo al exterior.

—¡Ahí va eso! —exclamó, echándole la máscara color de púrpura a los pies.

Una vez al lado de Stanley le precedió tejado adelante, saltando de vez en cuando para no escurrirse en la nieve.

—¿Por qué trae consigo esa máscara? —deseó saber el profesor.

Doc no le contestó. Eligió un punto resguardado del viento por una chimenea, donde la nieve depositada llegaba a la altura de la cintura de un hombre.

—Voy a dejarle aquí, escondido-le notificó, —y haré un reconocimiento. No se mueva de este lugar, ¿comprende?

—¿Es necesario que me deje? ¿Por qué no puedo acompañarle?

—Sencillamente, porque salir de aquí ahora no me parece cosa fácil-explicóle el hombre de bronce —. Las laderas del valle están expuestas a los tiros de esos bandidos armados de rifles modernos. Quédese, pues aquí, mientras yo les echo un vistazo.

—Bueno —dijo el profesor como a la fuerza.

Levantándole, Doc le introdujo de pie en la capa de nieve que alfombraba el tejado detrás de la chimenea y luego valiéndose de la hopalanda que se acababa de quitar, aplanó la nieve.

Nadie hubiera dicho que acababa de ser removida.

Agachado y avanzando con sin igual rapidez, Doc cruzó los tejados cubiertos de nieve.

Al suponer que las laderas del valle debían estar vigiladas por bandidos armados de rifles modernos no había andado Doc descaminado.

En todos los puntos del cañón había hombres de guardia. Los gritos de sus camaradas les habían alarmado y cada uno de ellos estaba preparado.

Sobre todo el amarillo encargado de la custodia de los establos donde se guardaban los “yacks” y los peludos potros.

—De llegar hasta ellos, es lo más probable que el hombre de bronce lograse escapar-dijo un tirador de rifle.

—Tus palabras salen de un manantial de sabiduría-convino un segundo tirador —. ¡Vigilemos!

A sus espaldas sonó una voz aguda, quejicona.

—¡Los hijos de Mo-Gwei se convierten en seres prudentes! —decía.

Los tiradores giraron rápidos, sobre sí mismos y se encararon con la máscara color de púrpura de Bron, el demonio amarillo. Del resto de su persona no distinguieron nada, porque se ocultaba detrás de una puerta.

Pero en la voz habían reconocido a Mo-Gwei.

AL instante los dos tibetanos cayeron de rodillas y sacaron la lengua.

—¡Tú eres, oh, Mo-Gwei, Señor del meteoro azul y Dueño futuro de toda la humanidad! —murmuró uno de ellos.

—Vigilad atentamente-les ordenó la voz desagradable desde el otro lado de la puerta —. El hombre de bronce ha descubierto al profesor Stanley y tratará de rescatarle. Quizá venga por aquí. Si es así os llamaría…

Uno de los tiradores se puso en pie de un salto.

—¡”Lik-djeng”! —aulló—. ¡Cuidado! Este hombre no es Mo-Gwei!

Disparó su rifle sobre la máscara de “yack”. Sólo por el hecho de haberse echado hacia atrás con desconcertante rapidez impidió el enmascarado que le hiriera la bala.

Doc Savage-pues era él quien trataba de imitar a Mo-Gwei-se arrancó la máscara y la tiró al suelo. Se retiró rápidamente.

Su plan había sido inspirar a los tiradores la creencia de que tenían, por allí cerca, a Mo-Gwei, gritar luego, en demanda de socorro, obligándoles a desertar de su puesto el tiempo necesario para su fuga.

Que hubieran descubierto la treta le llenaba de asombro profundo. Había imitado la voz del bandido de una manera perfecta, con toda la habilidad de que podía disponer.

Además, los guardias tampoco habían visto lo suficiente de su cuerpo, para adivinar que no era Mo-Gwei, el que se había ocultado detrás de la máscara purpúrea.

¡Sin embargo, le habían descubierto!

De un salto tornó a encaramarse a los tejados; pretendía volver junto al profesor Stanley. Mas, apenas hubo llegado a la vista del lugar cubierto de nieve, donde le ocultara, se detuvo bruscamente.

Stanley se hallaba, ahora, en poder de una media docena de amarillos tibetanos que le arrastraban hacia la abertura hecha en el tejado.

Doc intentó aproximárseles. Una granizada de balas de rifle y de revólver le obligó a tenderse, con el cuerpo plano, sobre el tejado, para ponerse a cubierto de la lluvia de plomo.

Estaba segurísimo de que el profesor había desobedecido la orden de mantenerse escondido bajo la nieve. De otro modo no se hubiera logrado dar con él.

AL propio tiempo, sabía que ningún tibetano le había estado espiando, mientras ocultaba al profesor. Precisamente para evitar aquello había estado alerta.

Se alejó de aquel lugar peligroso, andando sobre pies y manos.

Los tibetanos hormigueaban sobre el tejado. Poco después le descubrió un grupo. Los rifles iniciaron un incesante tiroteo y sus balas levantaron montones de nieve, barro seco, piedras pulverizadas, entre silbidos y lamentos.

Dos de las postas agujerearon, por detrás, el traje que llevaba puesto, no obstante hallarse medio enterrado en la nieve que alfombraba el tejado.

Apresuradamente, pues, corrió a la abertura que le pareció más próxima y saltó al otro lado.

Rojas llamaradas acogieron su ingreso desde el umbral de una puerta.

Había caído en la mitad de una partida de amarillos.

Otra puerta se abría en el oscuro pasillo bajo la forma de un tenebroso rectángulo. Doc la franqueó a una velocidad que desafiaba el blanco que los rifles pudieran hacer en aquel momento.

Por tres veces consecutivas se hizo fuego sobre él durante los cinco minutos que sucedieron a su entrada por la puerta rectangular.

La persecución continuó con mayor ardor, si cabe, que en sus comienzos.

Diseminados en un amplio semicírculo, los hombres de Mo-Gwei avanzaban hacia él intentando aprisionarle.

Ya no era posible sacar del poblado al profesor Stanley, pues estaba lleno a rebosar, de los satélites de Mo-Gwei en número de doscientos.

Doc hizo alto al descubrir en la pieza una puertecilla de escape. Pasó al otro lado y, al cabo de unos treinta segundos, estaba fuera de la casa.

Abandonó el poblado, avanzando furtivamente para no ser visto.

Llevaría recorridos unos cincuenta metros, tal vez, cuando sonó a sus espaldas una detonación; luego otra.

Los tibetanos aullaron, descargando al propio tiempo las armas y se abalanzaron al lugar donde habían sonado los tiros.

Descargas continuas, ensordecedoras, acogieron su llegada a la habitación ocupada últimamente por el hombre de bronce.

Las descargas eran de revólver. Los carillenos tibetanos dispararon las armas a su vez en el interior de la pieza.

Por espacio de unos dos minutos mantuvieron el fuego. Ruidosas detonaciones respondían a su acometida del otro lado de la puerta.

Al cabo, uno de ellos fijó una mirada atenta en un trozo de papel rojizo, requemado, que había salido volando al pasillo procedente de la habitación y caído a sus pies.

—"Ni-ká" Mirad-dijo —. Es el papel de un cohete.

Sus compañeros se precipitaron como una tromba dentro de la habitación.

En ella descubrieron los restos de los consumidos cohetes y otros enteros, que no habían estallado todavía.

—El mono inmundo posee más inteligencia que nosotros-dijo uno en son de queja —. Sin duda tenemos los cerebros rellenos de

serrín. ¡Cómo nos ha engañado!

Se diseminaron para ir en busca de Doc Savage. Ya no le encontraron. Los habitantes del pueblo, interesados en las explosiones originadas por las continuas descargas de los bandidos, no habían vigilado las laderas del valle y así, a la hora en que se pensó en buscarle, el hombre de bronce cruzaba la extensión pedregosa del “sal”, dando grandes zancadas.

No obstante haber salido de Tonyi dentro de la caja ataúd, poseía, gracias a su excelente don de orientación, y de su pequeño compás, una idea muy acertada del lugar ocupado por el pueblo y allá fue.

Afortunado podía considerarse al escapar del poblado infestado por los hombres de Mo-Gwei. En cuanto al profesor Stanley, no cabía soñar en rescatarlo de momento.

Como era veterano de muchas campañas, sabia lo prudente que es retirarse a tiempo. Además, deseaba desarrollar un plan que había concebido y que consideraba de bastante importancia.

# CAPÍTULO XV

### *LA CONFESIÓN DE MISS RAE*

LOS habitantes del pueblo de Tonyi consumían la comida del mediodía cuando llegó Doc a él. Ricos y pobres comían lo mismo; chuletas de “yack” o bien una pierna asada-una taza de leche tibia del mismo animal, queso confeccionado con aquella leche y té, al cual se había agregado buena cantidad de manteca.

El humilde “yack” proveía a los buenos tibetanos de todo lo necesario para su alimento.

Doc se dirigió sin dilación, a la casa donde se había despertado del misterioso estado de inconsciencia.

Sin hacer ruido recorrió varias habitaciones, pero no halló en ellas a ninguno de sus hombres. Por fin, como oyera ligero ruido en el corredor, se asomó a la puerta.

—¡Oh! —murmuró la hechicera Rae Stanley, sorprendida.

Miró a Doc y se le iluminó el semblante extraordinariamente.

—Me alegro de verle ya de vuelta-dijo —. Comenzaba a estar preocupada. ¡Se arriesgó tanto al sustituirme en el interior de la caja!

—¿Dónde está Monk? ¿Dónde se hallan mis compañeros? —deseó saber el hombre de bronce.

—Han ido en busca de Shrops y de Domingo Loo-le explicó Rae —. Ninguno de los dos estaba en la “yurt”, cuando llevé allá a sus hombres la noche pasada y con su fuga se desvanece nuestra esperanza de dar con ellos.

Doc aprobó con una inclinación de cabeza aquellas palabras.

—Veo con gusto que se ha decidido a olvidar el cuento de nuestro matrimonio-observó.

La bella se ruborizó y demostró embarazo.

—Shrops y Loo me obligaron a engañarle-confesó —. Como han hecho prisionero a mi padre, me amenazaban a cada momento, con asesinarle si no les obedezco.

Doc no le dijo que había descubierto al profesor en un aposento cerrado, pero no en calidad de prisionero, sino como habitante del cuartel general de Mo-Gwei.

—Pretendían engañarme con el cuento de que debo quitar de en medio al bandido, ¿eh?

Rae Stanley asintió en silencio.

—Shrops y Loo fueron sus socios en otro tiempo, pero le han traicionado, apoderándose de una parte del secreto del meteoro azul y del modo de restablecerse de su influjo.

—Pretenden valerse de él para hacer por cuenta propia el pillaje, ¿no es eso?

—¡Exactamente! Por ello desean desembarazarse de Mo-Gwei. Mas, le temen, y además, desconocen su verdadera personalidad. De aquí que se les ocurrirá la idea luminosa de pedir a usted que le quitara de en medio. Emprendieron el viaje a Sudamérica animados por tal intención y me obligaron a acompañarles.

A esto Doc no dijo nada. Sus doradas pupilas se mantenían clavadas en la muchacha y ella se agitó con desasosiego.

—Créalo o no lo crea-declaró, —yo pensaba decir a usted toda la verdad en el momento mismo en que hubieran capturado a Mo-Gwei, pues no soy tan tonta y comprendo que lo mismo Shrops que Loo, le asesinarían sin compasión después de realizada la proeza.

Doc continuó silencioso.

—¿Me cree usted? —dijo con acento dolorido la bella.

—La primera parte de su historia o sea la ida de su padre al desierto con una caravana, dejándola aquí en compañía del misionero, ¿es verdad?

—Muy verdadera-repuso miss Rae —. ¡Se lo juro!

—Y ¿qué sabe usted respecto al meteoro azul?. Aludo a su composición, naturalmente.

—¡Nada, absolutamente nada! Ni Shrops ni Loo me lo han comunicado.

Voces sonoras acompañadas del rumor de pasos pesados hicieron vibrar el suelo del pasillo.

Monk entró en él, llevando debajo del brazo a su favorito, el

cerdo Habeas Corpus.

—¡Bien, bien! —exclamó, sonriendo—. Supongo que no habré interrumpida la interesante conversación de dos prometidos.

—Nuestro compromiso ha terminado-exclamó, vivamente miss Stanley.

Miró a Doc y su cuello se tiñó de un suave encarnado.

—¡Espléndido! —repuso, galante Monk—. De ese modo restan probabilidades a los demás..., con excepción de Ham, que como ya sabe, ha cargado con una esposa y trece hijos.

El pupilo abogado, que había mirado en el pasillo pisándole los talones, le miró ceñudo, y le amenazó con el bastón.

—¡Te voy a afeitar cualquier día de estos! —dijo—, para ver si de veras se oculta un hombre tras esos pelos hirsutos.

Tras de Ham venía Renny con los puños colgantes cual dos masas de rosado cemento y en pos de él, el pálido Long Tom, con el semblante más pálido que de usual. Luego, el huesudo Johnny.

—¿Qué me contáis de Shrops y de Loo? —preguntóles Doc.

—Nada-replicó Johnny —. Les hemos buscado en vano, en las afueras del pueblo, en el interior de las "yurt". ¡Se han eclipsado!

Sin vacilar, Doc les comunicó sus órdenes. Long Tom debía reunir sin perder momento, todo el material disponible; Monk tenía que fabricar las bombas de gas que producía, no la muerte, sino el estado de inconsciencia que ya conocemos; a Renny le encargó que negociase la adquisición de dos "yurt" y de la tela de fieltro suficiente para la confección de colchas; Johnny iba a comprar varios "yacks" y Ham a proveerse de alimentos.

EL dinero para la adquisición de todo aquello salió del fondo de uno de los baúles de Doc que, por milagro, no había sido saqueado.

—Sin duda Shrops deseaba que no careciéramos de nada-observó Doc.

—Yo quiero saber para qué se necesita toda esa impedimenta-insinuó Monk con acento de curiosidad.

—Recuerda que andamos tras de Mo-Gwei, lo mismo que Shrops y Loo.

—¿Sospechas dónde puede hallarse el bandido en estos momentos?

Por toda respuesta, Doc hizo un gesto de asentimiento. Aun cuando hubieran oído, gustosos, la historia de su jefe, ninguno de

los cinco hombres tornó a hacerle más preguntas. Harto sabían que no iban a servirles de nada.

Sin embargo, Rae Stanley, que no le conocía tan a fondo, se atrevió a decir:

—¡Todavía no nos ha dicho de dónde viene, míster Savage!

El metálico gigante simuló que no oía.

—¿Ha sabido algo de mi padre? —insistió miss Rae.

Evidentemente, el hombre de bronce se veía atacado de pronto de una súbita sordera, pues no respondió y se ocupó en reunir su propio material científico.

Rae dio una rabiosa patada al suelo.

—Oiga: ¿qué quiere decir esa... —comenzaba a decir.

Monk le asió por un brazo.

—¡Chist! —Se la llevó fuera de la pieza y una vez en el pasillo, le explicó:— No se moleste, porque perderá el tiempo.

La bella arrugó la frente.

—Pero, ¿qué le ha dado? ¿Por qué no responde a mis preguntas? ¿Estará enfadado conmigo, por haber pretendido engañarle con el cuento de nuestro noviazgo?

—Nada de eso.

—Pues, ¿qué mal le aqueja?

La bella no estaba acostumbrada, por lo visto, a que los hombres le prestaran tan poca atención.

—No le aqueja ningún mal. Es su modo de ser. A veces es incomprensible. Pero todo lo que hace es acertado. Confíe en él.

—La explicación no me parece muy clara... desde luego.

Monk levantó los brazos mentalmente.

—Bueno, bueno-dijo riendo —. No le puedo explicar el motivo de la actitud de Doc, en ocasiones. Es demasiado profundo para que yo le comprenda.

—Y también maravilloso, ¿verdad? —dijo la bella con perversa intención.

—Eso es-Monk volvió a sonreír —. Llevo muchos años a su lado y no pasa día en que no me sorprenda con un hecho extraordinario.

—¿De dónde saca su maravillosa habilidad?

—Hace dos horas de ejercicio diario, y este ejercicio le desarrolla los sentidos-explicó Monk.

La bella de los cabellos de caoba reflexionó la respuesta.

—También debe estudiar mucho… —dijo.

—¡Muchísimo! Pero todavía lleva a cabo otra cosa más notable. De vez en cuando desaparece y a su regreso, nos comunica un gran descubrimiento científico. Todo lo que sabemos es que durante una época determinada se retira a lo que llama su “Fortaleza solitaria” y allí estudia, con el sosiego y la quietud necesaria, y hace diversos experimentos.

—¡Ahora comprendo que un hombre tan extraordinario no guste de ciertas preguntas! —observó miss Rae.

Por el tono con que lo dijo, sin embargo, se veía que no lo comprendía del todo todavía y que aún estaba algo picada.

—¿Quiere ayudarme a hacer unos ingredientes químicos? —le propuso Monk.

—¡Con mucho gusto!

Monk y Rae comenzaban a intimar, se avenían, y Ham reparó en ello con cierta envidia. Le molestaba, que Monk, el vulgarote y simiesco químico, tuviera partido con las mujeres.

Gruñendo para sus adentros, partió, pues, en busca de las provisiones pedidas por Doc.

—Nos reuniremos cerca de la “ yurt” ocupada hasta hace poco por Shrops y Loo-les advirtió Doc —. Cargad las provisiones y demás cosas que os encargué sobre los “yacks” que Johnny adquirirá. Tú, Monk, deja aquí el cerdo; alquila un montañés que se cuide de él. En la montaña hace un frío excesivo…

Los hombres de Doc solían actuar rápidamente, siempre que se trataba de ir en pos de individuos parecidos a Shrops, Loo o Mo-Gwei.

Aún no habría transcurrido una hora, cuando se hallaban reunidos todos cerca de la “yurt” visitada por Rae Stanley en la noche anterior.

Monk había dado con un tibetano que quisiera encargarse de Habeas.

—¡Esa es! —les dijo miss Rae, indicándoles la tienda con un ademán.

Doc miró fijamente a la muchacha.

—¿Cómo se halla aquí? —interrogó—. Usted no debe acompañarnos.

—Se equivoca-replicó ella —. ¡Yo voy con ustedes!

Doc miró a Monk. En pasadas ocasiones habían reparado los cinco hombres en que los dorados ojos de Doc poseían la singular habilidad de dar órdenes con una sola ojeada.

En aquel momento sus pupilas infiltraron en el ánimo de Monk la idea de que acompañase a la señorita al pueblo, fuera o no de su agrado.

El químico la asió, pues, por un brazo.

—Doc tiene razón-observó —. Es una excursión demasiado peligrosa para usted la que se proyecta.

Ham le interrumpió.

—Eh, Doc-dijo, trazando eses en el aire con el estoque —. ¿Has reparado en la actitud singular que caracteriza a la gente de este pueblo? Ignoro por qué razón les inspiramos antipatía los blancos. Prueba de ello es que en la adquisición de alimentos, “yacks” y dos “yurt”, hemos pagado por todo ello como una docena de veces más de lo que valen realmente. De otro modo no los hubiéramos obtenido. Quizá sea peligroso dejar entre ellos a la señorita... ¿no te parece?

Sin decir palabra, Doc dio media vuelta y se dirigió al pueblo de Tonyi.

Regresó diez minutos después.

—Tenías razón-confesó —. Esas gentes les tienen manía a los blancos. Señorita, si lo desea, puede acompañarnos.

—¡Gracias! —le respondió Rae Stanley.

Dirigió a Monk una mirada glacial y una sonrisa encantadora a Ham, como si deseara premiar su intercesión. Dio media vuelta y se cogió del brazo del abogado.

Monk contempló a la pareja con los ojos brillantes y al propio tiempo preguntó a Doc:

—¿Conoces tú el motivo de esa antipatía, hermano?

Como no obtuviera respuesta, miró en torno. El hombre de bronce se encontraba junto a la “yurt” en aquel momento, como si no le hubiera oído o no quisiera responder a la pregunta.

En la mano llevaba un recipiente al que iba unido un pequeño pulverizador.

Le acompañaba una bomba con la cual se inyectaba el aire dentro del recipiente. Doc manejaba la bomba cuando le miró el químico.

Apuntando el extremo al suelo abrió una válvula y al instante brotó del pulverizador un chorro espumoso de una sustancia descolorida. Con él regó la entrada de la “yurt”. Como por arte de magia, aparecieron en ella, al punto, las huellas grises de unos pies. Era como si alguien hubiera aplastado un trozo de yeso, e inadvertidamente hubiera echado a andar sobre él.

—¿Por el toro sagrado! —exclamó Renny—. ¿Qué es esto?

Doc les condujo al interior de la casa y les señaló la fina película de un líquido claro como el agua y pegajoso al propio tiempo, como la miel, que se extendía delante de la puerta.

Delante de ellos pulverizó con el artefacto que llevaba en la mano, y se formó un precipitado gris como resultado de la mezcla del liquido pegajoso con la sustancia química encerrada en el receptáculo.

—Anoche, cuando salió de aquí miss Rae-explicó a sus amigos —, regué detrás de la puerta con esta materia química.

Rae Stanley, a la que aturdían aún aquellos juegos de manos del hombre de bronce, dijo balbuceando:

—¡Toma! ¡Ahora podremos seguirles la pista a Shrops y a Domingo Loo!

—¡Partamos al punto! —dijo Ham—. Las huellas de sus pasos se alejan del pueblo.

Como había dicho Ham, las huellas grisáceas dejadas en el suelo por los pies de los bandidos, indicaban que se alejaban en línea recta de Tonyi.

Doc las siguió veloz. Sus compañeros las siguieron con los “yaks” cargados de provisiones. Sólo de vez en cuando tuvo Doc que valerse de su ingenioso aparato, pues, acostumbrado como estaba desde la infancia, poseía la rara habilidad de leer signos que pasaban inadvertidos para los demás.

En ocasiones el rastro se presentaba confuso y entonces era cuando solía valerse del aparato de su invención.

Les separaba una milla de Tonyi cuando distinguieron las huellas de una tropa considerable, que al parecer, se había en aquel punto reunido a Shrops y Loo.

—Será su banda. —insinuó Monk leyendo en el suelo las ahora bien marcadas huellas—. Se dirigen al norte. ¿Qué será lo que se proponen? Llevan consigo “yacks” y caballos de tiro.

Ham, que iba a la grupa de uno de estos animales, junto a la hechicera Rae Stanley, espoleó con el tacón de la bota a su perezosa cabalgadura, observó:

—Yo diría que Shrops y Loo se han decidido a pescar de un modo u otro a Mo-Gwei, sospechando que Doc pretende hacer lo mismo. Sin duda suponen que se nos han adelantado.

—Nadie te ha pedido tu opinión-gruñó Monk, a quien desagradaba la manera que tenía de monopolizar las atenciones de la bella señorita.

—Pues yo digo que tiene razón-replicó aquélla, clavando una fría mirada en el químico.

—Bueno, hombre, bueno-dijo con un gemido Monk —. ¡Pues adelante!

—Sigamos en pos de ellos. Quizá se les ocurra desembarazarse uno del otro por el camino y de este modo nos ahorrarán el trabajo de tener que quitarles de en medio.

# CAPÍTULO XVI

## *ASTUCIA*

LA puesta de sol sorprendió a Monk gimiendo todavía. Mas, sus lamentaciones se relacionaban entonces con los “yacks” en general y en particular con las perniciosas costumbres de aquellos animalitos.

—He viajado cientos de veces en mi vida —decía—, y jamás me ocurrió cosa igual. ¡Qué bichos estos! ¡Me consumen la paciencia!

Al andar, el “yack” se mueve de una manera particular como si trotara con las patas delanteras y se mantuviera al paso con las patas posteriores. Mas, lo que le escocía, realmente, al químico, era la preferencia súbita de la atractiva miss Rae por el abogado.

La muchacha miró a su alrededor.

En torno del valle alzaban sus picos las altas montañas de la región. Sus laderas, por completo desprovistas de vegetación y de un matiz poco agradable mezcla de rojo y de marrón, le recordaron de una manera sorprendente las montañas de Arizona.

—¡Qué extraño! —murmuró. Es decir: quizá no sea tanto como parece...

—¿A qué se refiere? —deseó saber Ham.

—Mi padre retenía en la memoria todas las leyendas que se relacionaban con el meteoro azul —explicó la bella—, y parece ser que la creencia más extendida es aquella que sostiene que el meteoro cae, invariablemente, en macizos como estos.

—Venimos marchando sin desviarnos ni un ápice del Norte —replicó el abogado—, y no me sorprenderla que, en efecto, nos encontrásemos dentro de la zona visitada por el meteoro.

No se hubiera mostrado poco sorprendido si alguien le hubiera dicho que Doc había sido conducido dentro de un ataúd a

determinado poblado, y que precisamente se hallaban muy cerca de él en aquellos momentos.

Pero Doc no había hablado con ninguno de sus camaradas de la existencia del antiguo poblado de los Locos. En otras palabras: no le había confiado a nadie todavía el secreto de su encuentro con Mo-Gwei y el Profesor Stanley.

Invariablemente, la caravana se mantuvo sobre la pista dejada por Shrops y Loo. La pegajosa sustancia química se había desprendido largo tiempo ha de los zapatos de los bandidos. Con todo, ya no era difícil seguir el sendero dejado por la banda de bandidos.

Doc se había colocado a la cabeza del grupo y le indicaba el camino a seguir.

No se dirigió en línea recta al poblado de los Locos, sino que le rodeó.

De pronto, apareció circundado por la semioscuridad del crepúsculo y se aproximó a Monk.

—¿Quieres servir de cebo a una futura trampa? —le propuso en voz baja, para que no le oyera el resto del grupo.

—¿Eh? —gruñó Monk.

—Es muy peligroso-le advirtió sinceramente Doc.

—Cuenta conmigo-dijo sonriendo Monk —. ¿Qué tengo que hacer?

—Es muy sencillo. Irte quedando atrás en el camino —le explicó Doc,— pero no te arriesgues. Quiero decir que no cometas imprudencias.

—Ya me conoces-respondió riendo Monk.

—Perfectamente-repuso en tono seco el hombre de bronce —. Por ello te aconsejo que no hagas locuras.

Avanzó un poco más y se colocó junto a Long Tom, el mago de la electricidad.

—¿Llevas encima el aparato portátil de radio? —deseó saber.

—Lo llevo siempre-respondióle el otro.

Por vía de demostración se quitó el gorro de piel-todos vestían al estilo del país —y le mostró que llevaba puestos los auriculares. Eran tan compactos que podía plantarse encima de ellos el gorro sin esfuerzo.

Long Tom dio una vuelta a la llave del aparato receptor portátil.

—Listo-dijo.

Doc aprobó con un gesto. Visitó a otro de los componentes del grupo, pero las palabras que le dirigió iban encaminadas a asegurar el bienestar de todos.

Pocos minutos después tornó a situarse a la cabeza de la caravana y se lo tragaron las tinieblas.

—Ir montado sobre este “yack” es lo mismo que estar sentado sobre una bola de lana.

Monk aludía a la costumbre de estos animales, que andan con la cabeza inclinada de suerte que el jinete apenas la divisa.

—¡Hop, hop! —exclamó pegándole en los riñones con los talones.

El animal se detuvo al punto.

Monk sabía que iba a hacer esto, porque había tenido ocasión de observarle durante la mañana. Es propio de la raza detenerse en seco, cuando quiere patentizar su cansancio o su mal humor.

El resto de la caravana continuó adelante, ascendió por una colina.

Visible satisfacción se retrató en los ojillos del químico. Doc le había dicho que era expuesto quedarse atrás y cuando él se expresaba de aquel modo, el peligro era real. Sin embargo, no le disgustaba aquello. Le atraía en grado superlativo.

Estaba contento, aunque no tenía la menor idea de lo que le amenazaba.

Apéose del “yack” e hizo ver que trataba de arrearle. Pasadas por un anillo colgante de la nariz del cuadrúpedo estaban las riendas.

Tiró de ellas con todas sus fuerzas. ¡Cosa singular! La nariz del animal se alargó, se alargó como si fuera de goma, pero no se movió.

—Bueno, iré a pata-gruñó.

El resto de la caravana había alcanzado la cima de la colina y se perdía ya de vista. Monk echó a andar en pos de ella.

Mirando hacia atrás una vez que hubieron pasado varios segundos, vio que el “yack” le seguía.

—¡Vaya una aventura! —exclamó; y retrocedió con idea de ver si lograba montar sobre el “yack”.

De pronto, se detuvo en seco. Dos hombres rechonchos, color de

tabaco, acababan de surgir a ambos lados del camino. En la mano sostenían sendos automáticos con que apuntaron a Monk.

—El silencio es de oro… siempre y cuando se sepa guardar —le murmuró uno de ellos al oído.

Monk comprendió la orden y no le engañó el tono empleado por el bandido.

Sin proferir palabra elevó ambos brazos por encima de la cabeza.

Entonces se le acercaron los hombres y de modo cauteloso que movía a risa, le despojaron de sus armas como si fuera una bestia feroz y tuvieran miedo de que les atacara de improviso.

Monk les había reconocido. Pertenecían a la banda que se apoderara de él y de Ham en Sudamérica sólo unas semanas antes.

—La cuadrilla de Shrops-rezongó.

—¡Silencio, orangután! —le ordenó uno de los bandidos.

—Shrops os coloca aquí para que le guardéis las espaldas sin duda-observó Monk.

Uno de los rifles dejó escapar un seco clic!

Instantáneamente, Monk guardó silencio, recordando a tiempo la recomendación de Doc de que no fuera imprudente. Doc había, naturalmente, previsto lo que iba a suceder y adivinado la actitud de su camarada.

Uno de los atezados individuos observó con una boba sonrisa:

—Discutimos nuestro plan allí, entre los peñascos aquellos, y hemos decidido llevarte delante del sabio Shrops.

—Si cae en mis manos, veréis cómo le hago picadillo-gruñó Monk.

En su interior estaba encantado. Comprendía ahora que Doc había previsto lo que estaba sucediendo. Su mirada penetrante había descubierto a aquellos dos guardias dejados por Shrops en el camino y había previsto su decisión de coger cualquier prisionero que les fuera posible, con objeto de llevarle vivo, a Shrops.

—Es de lamentar que no podamos coger prisioneros a sus camaradas-dijo uno de sus capturadores —, pues así, para obtener vuestra libertad, Doc tendría que eliminar al todopoderoso Mo-Gwei.

—Lo que hará Doc es retorceros el pescuezo-les prometió el químico.

—Para matar a un pollo hay que cogerle primero-exclamó riendo el asiático —. ¡"Ni chu ba"! ¡Apártate! ¡Ve delante de nosotros!

Monk obedeció la orden, procurando afectar contrariedad.

Doc debía estar de ronda por allí, en la oscuridad, y sin duda se disponía a seguirle hasta el punto donde se hallaran Shrops y Domingo Loo.

A sus oídos llegaba la voz potente de Renny mientras andaba, pero no logró comprenderle.

El ingeniero estaba diciendo: —¡Por fin va a empezar la función!

La atractiva Rae Stanley, que no había reparado en nada de extraordinario durante aquellos minutos pasados, volvió la cabeza.

—¿Qué quiere decir? —interrogó.

Long Tom levantó una mano en la oscuridad.

—¡Silencio! —suplicó—. ¡Silencio por favor, señorita!

Escuchó atentamente lo que le transmitía el aparato y enseguida anunció:

—Los hombres de Shrops acaban de apoderarse de Monk. Doc les sigue los pasos. Está seguro de encontrarse, dentro de poco, delante del propio Shrops.

—¡Oh! —balbuceó la señorita.

Le sorprendía que tales acontecimientos hubieran podido desarrollarse ante sus mismas narices sin haberse enterado de ello hasta aquel instante.

—¿Ha sido herido Monk?

La ansiedad que dejaba traslucir el abogado en la pregunta formaba marcado contraste con el tono empleado para dirigirse a Monk cuando le tenía delante.

—Monk está perfectamente —respondió Long Tom.

—Pero, ¿cómo sabe usted todo eso? —inquirió Rae.

—Doc lleva consigo un aparato transmisor y receptor de radio-le explicó, concisamente, el mago de la electricidad.

—Pues yo no lo he visto...

—¿Tampoco éste? —Long Tom se abrió la ropa. Sujeto a un cinturón que le rodeaba el pecho, veíanse tres cajas pequeñas, conteniendo el aparato compacto.

—No. No me había fijado-balbuceó Rae, estupefacta.

—Se compone del transmisor, del receptor y del suministrador

de corriente-señaló Long Tom, indicándole los tres en sucesión —. El equipo de Doc es exacto a éste. No son muy potentes para radiar, por ejemplo, a larga distancia, pero nos sirven para mantenernos en comunicación.

—¿Qué tenemos que hacer nosotros? —preguntó Renny con su voz sonora.

—Doc dice que dejemos el sendero y que nos dirijamos al Oeste. Esta es la dirección seguida por los capturadores de Monk.

La caravana tomó apresuradamente por el camino indicado.

La noche había cerrado por completo. Una luna esplendente y miríadas de estrellas centelleantes disipaban las tinieblas. No podía darse noche más a propósito para ir de viaje.

El grupo avanzó despacio, dejando que los “yacks” eligieran el mejor camino.

—Espero que Monk continúe sin novedad-balbuceó Ham.

Monk no compartía en aquellos momentos la inquietud de Ham. Sostenía con sus apresadores una conversación anodina y sin objeto al parecer, pero que había calculado para, provocar las confidencias de sus poco atractivos compañeros.

—Sois unos mocitos muy vivos-decía, adulándoles —. Apostaría cualquier cosa a que alguno de vosotros os hicisteis alquilar, cuando el Profesor Stanley formó la caravana destinada a seguir las huellas del meteoro azul.

Como ignoraba que Doc hubiera localizado a Stanley, trataba de saber su paradero por cuenta propia.

—Jamás hemos visto a ese Profesor de que hablas-le contestó uno de los hombres.

—¿Eh?

—Jamás le hemos visto.

—Pues yo creía que le teníais preso…

Los dos bandidos se rieron en sus narices.

—El hombre inteligente sabe que el peligro que existe sólo en la imaginación es más terrible que el que existe realmente-respondieron —. Nosotros hemos engañado a la chica.

—¿Es decir, que Shrops mintió cuando aseguró que tenía preso a su padre?

—Tu corta inteligencia ha sorprendido la verdad, hombre mono.

Monk despreció el insulto en consideración a lo que acababa de

saber.

—¿Es entonces Mo-Gwei quien retiene al Profesor? —tornó a preguntar.

Los tibetanos tardaron en responder.

—Lo ignoramos —replicaron al cabo—. Pero se dice que un sabio pelón de tez blanca, ha rendido su inteligencia ante el meteoro.

—Ese debe ser Stanley-exclamó Monk, estremeciéndose —. ¿Decís que está afectado por el meteoro? ¿O que Mo-Gwei le utiliza para sus experimentos en la materia?

—No poseemos sabiduría suficiente para responder a tus preguntas....

—Conque no lo sabéis, ¿eh? ¡Por el amor de Cristo! ¿Por ventura no habéis pertenecido a la banda de Mo-Gwei antes de formar parte de la cuadrilla de Shrops?

—Los hombres de Mo-Gwei ignoran quién es su amo y tampoco saben nada de sus actos o negocios.

—¿Os costó mucho haceros con el meteoro?

—Oh, somos muy hábiles! —respondió con orgullo uno de los bandidos—. Antes de que nos descubrieran, escapamos con él y con la medicina que cura sus efectos.

Monk procuró disfrazar su interés. La pareja hablaba con una franqueza que no hubiera sospechado y esperaba llegar a sonsacarles en qué consistía el famoso meteoro azul.

—¿Era pesado de llevar? —interrogó.

—No es objeto que se pueda llevar a cuestas. Los “yacks” se encargan de arrastrarlo, en ocasiones. Pero de ordinario...

—¿Quieres contener la lengua, idiota? —gruñó el segundo—. ¡Lo mismo que la ternera mama de la sustancia de su madre, está arrancándote los informes que desea este oso peludo!

Y Monk ya no supo más.

Los tres hombres descendieron por un hondo cañón y cruzaron un riachuelo de rápida corriente. ¡Cosa singular!

En su fondo se había formado una capa de hielo, aunque se moviera en la superficie con una rapidez tal que le impedía helarse.

La tarea de atravesarlo no se realizó sin dificultad a causa de lo escurridizo de su suelo. Pero se vadeó, al cabo, y se continuó avanzando.

Monk permanecía alerta aplicando el oído de vez en cuando para ver si sorprendía un sonido cualquiera, que le señalara la presencia de Doc.

No oyó absolutamente nada. EL hecho no le contrarió como era de esperar.

Conocía la habilidad de Doc, de modo que en caso de haber oído rumor alguno, hubiera creído que el hombre de bronce acababa de escurrirse y de caer.

—! “Li ding”! —exclamó de pronto una voz extraña—. ¡Alto!

Los capturadores de Monk se detuvieron.

—No grites tanto-observó uno de ellos dirigiéndose al centinela invisible —.

Vas a despertar los ecos de la montaña.

Varios hombres surgieron, entonces, de la oscuridad. Monk recordó haber visto a alguno de ellos en Sudamérica.

Otros le eran desconocidos, mas no cabía dudar de que lo mismo unos que otros pertenecían a la banda de Shrops.

—Le traemos un bocado algo duro al sabio Shrops, Señor —anúnciales uno de los apresadores de Monk, dándole un empujón con el cañón dc la escopeta para obligarle a avanzar.

—Muy bien. Ojalá se aplaque, con ello su mal humor-murmuró el centinela.

—¿No está en paz consigo mismo?

—¡Ca! Le domina una ira violenta.

—¿Pues que ha sucedido?

—¡Que Domingo Loo ha desaparecido!

Monk, que prestaba atención al diálogo, intervino para insinuar:

—Quizá se haya pasado a las filas de Mo-Gwei…

Uno de los carillenos bandidos le asestó un feroz puntapié en los riñones.

Debido quizá a una larga práctica con los “yacks”, la patada ocasionó gran dolor al químico.

Entonces perdió la paciencia. Con un revés de su manaza velluda derribó por tierra al agresor hecho un ovillo.

Un compañero corrió hacia él con el rifle en alto. Con desconcertante rapidez asió Monk el arma, se la arrancó al bandido de la mano y con el cañón le golpeó en la cabeza.

A sus oídos llegó instantáneamente un sonido apagado. Era una

nota que, aun cuando parezca extraordinario, llenaba los desolados contornos montañosos.

¿Era una ráfaga de viento helado procedente de las altas cimas del Himalaya? Fuera, lo que quisiera, recorrió perezosamente toda la escala musical y se sumió poco a poco en la nada.

Monk lo reconoció al punto. El sonido procedía de Doc Savage. Cesó de luchar. Aquel trino le advertía que no se dejara matar tontamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó un tibetano con acento tembloroso.

—¡Una ráfaga de viento, bobo! —gruñó un camarada—. ¡Vamos! ¡Conduce a ese mono peludo delante de nuestro Señor!

# CAPÍTULO XVII

## *EL TERROR AZUL*

UNA "yurt", parecida de modo notable a un gran tazón invertido, de doce pies de diámetro, había sido levantada al abrigo de una pared rocosa compuesta por peñascos grandes como una casa. Un viento helado pasaba silbando y gimiendo. Hinchaba la cubierta de "mumdah" de la "yurt".

Con ella azotaba el armazón de madera. También hacía brillar con intenso y azulado resplandor el juego del "teyzah".

Juan Mark Shrops, el "cockney", estaba agachado junto al fuego. No era una postura muy cómoda, pero de este modo calentaba los cinturones y cartucheras, llenos de cartuchos de balas de rifle.

Debido al frío intenso que hacia, se helaba en ocasiones, el fulminante de los detonadores, disparando un cartucho que otro.

Tres ametralladoras estaban asimismo alineadas cerca del fuego a fin de que no se endureciera demasiado la grasa de su mecanismo.

Shrops levantó la vista y frunció el ceño al ver entrar a Monk en la "yurt".

—¡Vaya, vaya! —exclamó, malhumorado—. Veo que al fin se reúne a mi venturosa familia.

—¡Váyase al demonio! —dijo Monk sin andarse con cumplidos.

Shrops escuchó con gravedad el relato de la captura de Monk, que le hicieron sus dos hombres de armas, no sin alardear de lo que les había costado.

—¡Hum! —hizo Shrops, cuando hubieron acabado el relato.

—¿No estás contento, oh, señor? —le interrogó con ansiosa expresión uno de los bandidos.

—Salid de aquí enseguida-dijo entre dientes Shrops; y tradujo la orden al dialecto tibetano.

Los hombres se apresuraron a volver al exterior, mal contentos del pago que acababan de recibir por la preciosa captura llevada a cabo.

—No parece muy contento de verme-le dijo Monk con acento seco.

—¡Silencio! —gritó Shrops. Y sacó de las profundidades de su ropa un revólver.

En el primer momento, Monk creyó que iba a disparar sobre él. Pero Shrops pareció pensarlo mejor y volvió el revólver a su oculta funda.

Sucedió a la acción un instante de silencio. En ocasiones el viento empujaba la "mumdah", como si deseara incrustarla en su armazón.

El fuego humeaba, llenando de un olor fuerte el interior de la casa.

A poco penetró en la "yurt" un tibetano.

—Ya está de vuelta el guía que has enviado al poblado de los Locos-anunció a Shrops.

—¡Hazle entrar, chivo loco! —murmuró Shrops.

Cuando estaba de mal temple se expresaba mejor en inglés. Pero el tibetano le miró sin comprender.

—Introdúcele a mi presencia, ser sin sentido común-tradujo Shrops en el lenguaje del país.

Entró en la pieza un amarillo flaco huesudo. Considerando el frío de aquellas alturas, llevaba escasa ropa. Sin embargo, jadeaba como aquel que ha emprendido una larga carrera.

—El poblado de los Locos está desierto —anunció—. Pero, a juzgar por las trazas, no hace mucho que le habitaban todavía los hombres de Mo-Gwei. Las piedras donde se guisa, estaban calientes cuando les puse la mano encima.

—Sin duda se han metido en algún otro escondrijo-saltó Shrops.

El mensajero partió después de mirar con anhelo en dirección al fuego.

—¿Qué es eso del poblado de los Locos? —interrogó, curioso, Monk.

—Es un lugar donde todo el mundo es muy activo-replicó, burlándose, Shrops.

—¿Se volvieron locos sus habitantes por haber pasado, quizá,

cerca de ellos el meteoro azul?

—¿Qué es lo que dices, orangután? Guarda silencio y no me molestes, que también EL tiene sus preocupaciones.

—¿Temes que Loo se haya aliado, a estas horas, a Mo-Gwei?

La sarta de juramentos que su pregunta arrancó a Shrops demostró al químico que no se engañaba.

El tiempo pasaba. Por dos veces se dirigió Shrops a la puerta de la “yurt” y voceó una pregunta:

—¿Se sabe algo del guía segundo, el que se ha enviado a la segunda madriguera de Mo-Gwei?

La respuesta fue, las dos veces negativa y el “cockney” frunció el ceño, dio una patada en el suelo y se paseó, furioso, por la “yurt”.

Monk no le quitaba ojo de encima. Varias veces le vio llevarse una mano al bolsillo. En una de estas ocasiones extrajo de su interior lo que parecía un cilindro de metal con su correspondiente tapón de tornillo.

Evidentemente el cilindro contenía algo muy importante.

Monk se echó a pensar la razón de que no entrara Doc en acción. Creía, estaba convencido, de que debía andar por alguna parte acechando la ocasión de aparecer.

Tal vez dejara transcurrir algún tiempo antes de habérselas con Shrops a fin de obtener de él más informes…

El “cockney” había enviado, por lo visto, a sus guías al campo con objeto de que localizaran a Mo-Gwei.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por un grito que se mezcló a los aullidos del viento.

En la “yurt” entró, a continuación, un tibetano. Un copioso sudor le corría por las oscuras facciones.

—Domingo Loo nos ha hecho traición —vociferó a voz de cuello.

Shrops había demostrado en otra ocasión que poseía un vocabulario rico en juramentos, mas aquel no era nada en comparación del que ahora exhibió.

El aire se conmovió, vibró y se estremeció con los improperios que echó por aquella boca. Por fin, se tranquilizó.

—¡Perro amarillo! Él debió sospechar-exclamó.

El mensajero parecía azorado.

—Y no es eso todo-manifestó, tímidamente.

—¡A ver; explícate!

—Domingo Loo no se ha ido llorando y gimiendo…

AL anuncio de aquel desastre, una palidez mortal se extendió como un velo, por las facciones de Shrops. Falto de fuerzas, se dejó caer sobre un rollo de "mumdah" que por allí había quedado, después de levantar la cama y se le abrió la mandíbula.

Una pequeña columna de vapor estuvo saliendo de la boca, todo el tiempo que tardó en volver a cerrarla y a tragar saliva.

—¡Y pensar que ha venido a proponerme que me reconciliara con Mo-Gwei! —exclamó—. ¡Qué frescura!

—Lo mismo me dijo a mí, amo-replicó el guía que, evidentemente, entendía el inglés —. Él ha sido el que ha reclutado la mayoría de los hombres que componen hoy, la fuerza de Mo-Gwei.

Los ojos de Shrops vagaron en torno y acabaron por posarse en Monk. En su turbación el "cockney" pareció olvidar que le había hecho prisionero.

—¿Sabe lo que me parece de todo esto? —dijo.

—No. ¿Qué?

—Que Mo-Gwei y Domingo Loo son la misma persona.

Después de esta importante declaración el "cockney" dio varias vueltas por la "yurt", manifestando lo que pensaba de Loo y de todos sus antepasados, sin olvidar al mono legendario, morada, del "Chen-resi" o Espíritu Compasivo, que unido a una diosa infernal, engendró al primer tibetano, según la creencia del país.

—Domingo Loo es Mo-Gwei —gritó iracundo—. ¡Qué ciego ha sido Él! Ese maldito demonio se ha aprovechado de mi plan de robar el meteoro y con él la medicina que cura sus efectos…

Shrops hizo una pausa para palparse el bolsillo que ya había explorado antes.

—Aquí estamos en peligro, mi amo-le recordó el guía —. El enemigo conoce, en este instante, la situación del campamento.

—Tienes razón-convino Shrops —. Y haremos muy bien en variar de postura.

—Di a esos perros bobos que pueden levantar el campo.

El guía salió de la "yurt". Al instante, como si acabaran de asestarle un golpe, tornó corriendo, a meterse dentro.

—¡El meteoro azul! —exclamó. Monk salió del estado de

somnolencia en que se había sumido. Haciendo caso omiso del hecho de que estaba prisionero y de que cualquier imprudencia por su parte podía acarrearle la muerte, se lanzó al exterior.

Su mirada erró un momento y, por fin, se detuvo en un punto del septentrión.

De haberla clavado en el Este, hubiera podido tomar lo que vio por una azulada aparición del sol. De momento era tenue, un ligero matiz azul zafiro, pero se fue intensificando.

Pronto los peñascos que circundaban el campamento quedaron en sombras gracias a la radiación luminosa del fenómeno.

Los oídos de Monk sorprendieron, al propio tiempo, un ligerísimo silbido semejante al que caracterizaba la presencia del meteoro en la América del Sur.

Shrops no había salido de la “ yurt”. La cosa le dio que pensar y girando rápidamente sobre sí mismo, volvió a entrar en ella precipitadamente.

El “cockney” se había puesto a cuatro pies junto a un montón de cajas ocultas, hasta aquel momento por una “mumdah”. Aquellas cajas contenían un negro material para aislar, en forma de paños, discos, pomos y llaves.

Con apresuramiento febril, Shrops manipuló en los mandos del mecanismo.

Una vez hecho esto, se plantó, de un salto en pie y salió de la tienda de fieltro. Miró al Norte o sea al punto donde se originaba el celestial resplandor.

Luego clavó la mirada en el Oeste. Evidentemente, aguardaba algo que debía llegar de allí.

Nada apareció.

—¡Demonio, demonio! —exclamó en tono quejumbroso.

Su rostro redondo como una manzana se puso blanco. En su dolorosa expectación unió, impulsivo, ambas manos.

El color azul del cielo, por la parte del Norte, se intensificaba, en matiz y en resplandor, hasta deslumbrar a los ocupantes de la “yurt”.

—¡Demonios! —tornó a exclamar Shrops—. ¡Domingo Loo me ha robado el meteoro, pues veo que no viene!

Los atezados tibetanos aullaban excitados, y se resguardaban, con el brazo, del cruel resplandor que les llegaba del Norte,

lastimándoles la vista. Todos a una se aproximaron a Shrops.

—¡La medicina, amo nuestro! —le suplicaron.

—¡No tengo bastante para todos! —les explicó Shrops—. Buena parte de ella estaba con el meteoro. Sin duda se la ha llevado el maldito Loo.

—Pues reparte con nosotros el resto…

Shrops se llevó una mano al pecho… y la sacó armada de un revólver.

—¡Perros amarillos, atrás! —exclamó—. Sólo tengo medicina para una sola persona!

Los tibetanos se colocaron formando cordón delante de él. Algunos, beligerantes, acariciaban con la vista sus armas.

Dos o tres cayeron de rodillas y sacaron un palmo de lengua en actitud suplicante.

Monk aprovechó la ocasión para acercarse a Shrops, pero el bandido le adivinó el pensamiento.

—¡Maldito seas! —exclamó, haciendo fuego sobre él.

La bala ascendió en el aire, avanzó al encuentro del meteoro, al parecer. La detonación que le sucedió fue apenas perceptible, debido al silbido potente que llenaba ya el espacio.

Un trozo pequeño de roca vino a chocar de improviso con la muñeca de Shrops y le desvió el arma. Shrops la tiró, impulsado por el dolor que sentía.

AL propio tiempo miró el punto por donde había surgido la piedra.

Un gigante de bronce se le acercaba, moviéndose, al parecer, con la velocidad espantosa de la luz.

Shrops emitió un aullido, dio media vuelta y echó a correr.

Monk se había agachado ante la perspectiva de ser muerto o herido por el disparo, aun cuando aquella acción no hubiera evitado que la bala le alcanzara, de no haber arrojado Doc la piedra.

Todavía apoyado sobre pies y manos, trató de dar un rodeo y de salir al encuentro del “cockney”. Pero pequeños y redondos guijarros que rodaban bajo sus pies le demoraron.

Doc pasó como una flecha por delante de él.

El terror prestaba velocidad a los pies y astucia a la inteligencia de Shrops.

Cerca del punto por donde pasaba en aquellos momentos,

distinguió, paciendo, a varios “yacks” y saltó a lomos de uno de ellos.

De ordinario el “yack” no es un animal veloz. Pero el escogido por Shrops se había asustado. Por ello se alejó de allí con una agilidad que ningún otro cuadrúpedo hubiera podido igualar en aquel terreno pedregoso y desigual.

Doc emprendió su persecución. También le siguió Monk, pero pronto le dejaron atrás.

El destello azul cegaba la vista y lastimaba los oídos el silbido del meteoro.

Durante un trayecto de setenta metros por lo menos, le costó trabajo a Doc mantenerse a la zaga de Shrops y de su cabalgadura-tan parecida a una vaca-pues el camino era peligrosísimo. Luego, fue adquiriendo velocidad rápidamente.

Sin aflojar el paso, asió una piedra del suelo y se la arrojó.

AL tocar a Shrops, el pedrusco no produjo sonido alguno-un golpe no era nada en aquellos momentos en que hería los oídos el paso del meteoro, pero le cortó el resuello y cayó del “yack” al suelo.

Poco después tenía encima a Doc. Un fulminante puñetazo del hombre de bronce le hizo perder el sentido y su diestra le registró la ropa.

Como resultado, logró apoderarse del cilindro de metal con el tapón de tornillo.

Enderezándose, desando parte del camino y se aproximó a Monk.

Posiblemente intentaba administrarle una parte del antídoto.

Quizá esperaba servir también de ayuda a sus cuatro ayudantes y a Rae Stanley. Esta última, en obediencia a las instrucciones radiadas del hombre de bronce, se había mantenido muy cerca de los capturadores de Monk y se hallaba escondida junto a la “yurt” en aquel mismo instante.

Doc la vio detrás de un gran peñasco, donde hasta el momento en que surgió el meteoro había estado a la sombra. La bella se tapaba los ojos con las manos con objeto de resguardarlos de la resplandeciente y cegadora luz azul.

El hombre de bronce tropezó y por poco se cae. Recobró, empero, el equilibrio y continuó su avance. Sus metálicas facciones

asumieron resuelta expresión.

De pronto volvió a tropezar. Su agilidad acostumbrada había desaparecido.

El poder sobrenatural del meteoro influía ya sobre la inteligencia.

Con la idea, se apoderó de su ánimo la certeza absoluta de que no iba a llegar a tiempo de salvar a sus amigos.

Mucho antes de que consiguiera situarse junto a Monk, que era el más próximo, se hallaría bajo la influencia perniciosa del meteoro azul.

Y aun cuando lograra llegar junto a Monk, ¿qué podía hacer él por el resto del grupo, sabiendo, por habérselo oído decir a Shrops, que el cilindro contenía medicina para un solo hombre?

Aun así, hasta que no se cayó por tercera vez y no pudo ya levantarse, hasta que no se dio cuenta de que estaba balbuciendo palabras sin ilación, no trató de abrir el tubo de metal.

Realmente había aguardado demasiado. Sus dedos, atacados por una singular falta de tacto, apenas podían quitarle el tapón.

En cuanto lo hubo destornillado, apareció en su boca una fantástica aureola azul, cuyo resplandor era todavía más intenso que el que teñía los cielos.

El vapor se elevó con la rapidez de una llamarada, flotó un instante por encima de la cabeza de Doc y se disipó.

Doc había perdido casi hasta el último vestigio de energía y vitalidad. Por ello cayó derribado por un potente brazo invisible, como si le hubieran asestado un golpe entre ceja y ceja.

En aquel momento se encontraba todavía en la abrupta pendiente de una montaña que se alzaba en la misma región donde le había sido tan difícil la persecución de Shrops y del “yack”.

La pendiente era lisa y por esto no le detuvo ningún obstáculo. Su cuerpo rodó por la falda de la montaña.

En su descenso giró varias veces sobre sí mismo. Las piedras desprendidas por el roce de su cuerpo le acompañaron todo el trayecto.

Chocaban con otras piedras y unidas descendieron en saltarina procesión.

De la ladera se levantó una capa de polvo. Cada vez que era revuelto algún depósito, la nieve se unía a él en remolinos grises.

El cuerpo gigante de Doc se perdió de vista.

Como resultado de su caída se había originado un corrimiento de tierras que se deslizó sin cesar por el monte en un trayecto de unas mil yardas antes de amontonar en el valle piedras, esquistos, arcilla, arena y nieve, en cantidad tal que, en algunos puntos, el montón alcanzó una altura de cien pies.

Pero mucho antes de que el alud cesara de moverse pasó el meteoro azul sobre la ladera con la rapidez de un cohete y desapareció en la noche.

# CAPÍTULO XVIII

## *EL NIDO DEL DIABLO*

DESDE la izquierda se derramó sobre la cima del monte una nube de seres humanos. Eran los servidores de Mo-Gwei que se habían alejado del otro lado de la colina para escapar incólumes a los efectos desastrosos del meteoro.

Aun cuando no había pasado sobre sus cabezas, varios individuos de constitución débil erraban de aquí para allá, algo trastornados.

Sin duda no habían escapado del todo a la influencia del fenómeno.

Detrás de todo surgió una aparición. Era un hombre vestido con un largo ropaje amarillo, de seda, que traía puesta una máscara color de púrpura, de Bron, el demonio animal.

¡Era Mo-Gwei en persona! Llegó gritando con la voz estridente de una cotorra.

—¡Apoderaos del hombre de bronce! ¡Matad al hombre de bronce!

Uno de los bandidos entendió que la orden se extendía también al grupo influido por el meteoro. Desenvainó el corvo sable, situóse de un salto junto a Rae Stanley y levantó el arma.

La muchacha, bañada por la luz de la luna, permanecía inmóvil, como muerta. Tenía los ojos muy abiertos y vidriosos.

A pesar de tener suspendida sobre la cabeza la espada de su enemigo y de que el rostro del hombre respiraba ferocidad, no dio muestra de comprender el peligro que la amenazaba.

Su cerebro no funcionaba ya.

Sonó un golpe seco, como el de una rama, que se desgaja, sólo que un poco más fuerte. El de la espada dio un respingo y cayó de

espaldas.

Grandes manchas de sangre brotaron a los lados de su cabeza y humearon en el helado ambiente.

Mo-Gwei movió el automático con que acababa de asesinar a su servidor.

—Dejad que vivan los prisioneros, por de pronto-ordenó a sus hombres; y su voz chillona, asumió un acento más agudo que de costumbre.

Al oír la detonación todos se hablan vuelto. Inmóviles por efecto de la sorpresa, contemplaron un momento al compañero muerto, a Mo-Gwei, a la señorita y al resto del grupo, cuyo cerebro había dejado de funcionar.

—¡Buscadme al demonio de bronce! —tornó a chillar con su cacareo particular, la voz de Mo-Gwei.

Los bandidos carillenos se diseminaron apresuradamente para dar cumplimiento de la orden. Colocados de pie junto al borde del precipicio, miraron hacia abajo.

En su fondo continuaban chocando las piedras entre si con un ruidillo semejante al rechinar de los dientes. En vano aguzaron la vista, tratando de ahondar en aquella masa de polvo y de nieve.

—No es posible que viva después de la caída —murmuró un bandido.

Pero no se atrevían a asegurar que hubiera muerto. Haciendo cadena de sus manos, descendieron, uno en pos de otro, al precipicio, que iluminaron con las potentes lámparas de mano.

Pisaron, dando traspiés, el suelo accidentado del valle, escudriñaron todas las hendiduras, probaron de levantar los peñascos.

—Para moverlo se necesita todo un regimiento-decidieron al cabo.

Ascendieron por la ladera y dieron parte a Mo-Gwei del resultado de su trabajo.

—Aun cuando el hombre de bronce tenga siete vidas como los gatos, a estas horas es seguro que ha muerto —le dijeron.

—¡Como aliente todavía, preparaos a vivir sin cabeza! —replicóles Mo-Gwei.

Los hombres se estremecieron, pero se mantuvieron firmes.

—No perderemos la cabeza —le dijeron—, porque el hombre de

bronce ha hallado la muerte en aquel corrimiento de tierras.

—Está bien. Atad, pues, a los prisioneros y llevadles con vosotros.

—¿Por qué hay que tratarlos con tantos miramientos?

—Porque, ¡hombres de poco seso!, todavía puede estar vivo el hombre de bronce, en cuyo caso pagará con su vida las vidas de sus compañeros.

—Pero el hombre de bronce está muerto.

—De todos modos no será inútil retener en nuestro poder a sus amigos. Para algo han perdido la inteligencia.

—Y de Shrops, ¿qué haremos?

Espeluznantes carcajadas salieron de detrás de la máscara purpúrea.

—¡Oh! Para él tengo reservado un castigo especial-replicó Mo-Gwei —. ¡Vamos!— ¡Regresemos al castillo!

Dos horas después, los bandidos, con su jefe a la cabeza, entraban en la fortaleza, llevando consigo a Rae Stanley, a los cinco camaradas de Doc, a Shrops y los servidores de este último.

La banda era numerosa y hormigueaba sobre la cima de una de las montañas de la región.

Sobre esta cima, estaba el nido de Mo-Gwei, muy parecido a un castillo, con la sola excepción de que carecía de puente levadizo y de rastrillo.

Sus paredes eran de sólida roca y carecía casi totalmente de ventanas. Se alzaba a la altura de tres pisos y, a juzgar por el montón de escombros que había debajo de los muros, poseía numerosas cámaras subterráneas.

Su techo era de barro secado al sol.

Una gran parte de la cima sobre la cual se alzaba la fortaleza, por la parte del Sur se había deslizado valle abajo, durante un pasado desprendimiento de tierras, dejando en su lugar una gran extensión de piedras sueltas y de arcilla expuesta a la intemperie.

Mo-Gwei se situó junto a la puerta y presenció la llegada de los prisioneros.

Cuando acabaron de pasar se sintió atacado de repentina cólera, y gritó:

—¿Dónde está su equipaje?

—Se nos ha olvidado, ¡oh, Mo-Gwei, cara de demonio, Señor del

meteoro azul y Dominador futuro de toda la humanidad! Su equipaje era muy pesado y nos hubiera costado mucho de acarrear.

—¡Volved por él, hombres que habéis cometido la equivocación de pensar por vuestra cuenta! Y llevad con vosotros la fuerza necesaria para buscar en el desprendimiento de tierras el cuerpo de Doc Savage.

—Hace frío y no es tarea agradable...

—¡Silencio! ¡Obedeced!

El bandido carilleno hizo un gesto de humildad, pero obedeció sin gusto.

Miró al espacio. La noche era muy fría y, además, había señales de "buran", el huracán violento tan común a las regiones del Asia Central, que con toda seguridad estallaría antes del alba. Sabía, sin embargo, que era inútil discutir una orden de Mo-Gwei.

Reuniendo un grupo nutrido de ayudantes, partió a la clara luz de la luna.

Mo-Gwei asistió a la instalación de los prisioneros en el castillo. Estos tuvieron que recorrer, mientras se les conducía abajo, tenebrosos pasillos y habitaciones semejantes a cavernas, que olían a té con manteca, y más adelante, a incienso. Los suelos eran de piedra y no estaban alfombrados.

La fortaleza se debió construir muchos años atrás, pero era evidente que había estado largo tiempo deshabitada.

Por fin se introdujo a los cautivos en una habitación sin ventanas, cuya puerta se atrancó con una gran barra de hierro.

—¡Guardadles bien! —recomendó Mo-Gwei tras de la máscara.

Y, una vez hecha la advertencia, se alejó, arrastrando la cola de su ropaje amarillo, presa de una alegría diabólica.

Un silencio profundo reinó en el interior del castillo. Sólo de vez en cuando se murmuraban algunas palabras guturales.

Otras veces palabras balbucientes, sin sentido, resonaban a través de los pasillos subterráneos y de las cavernosas habitaciones.

Aquellos sonidos eran producidos por seres humanos, sin embargo, no tenían nada de coherentes.

Procedían de las víctimas del meteoro y los tibetanos cambiaban miradas de inquietud al oírlas. Por muy endurecidos que estuvieran y familiarizados con los efectos del meteoro, les ponía los pelos de punta.

Dos horas pasaron de este modo.

Los bandidos enviados en busca del equipaje regresaron. Habían marchado muy deprisa, porque hacía un frío intenso y era más sencillo correr y saltar para conservar el calor que detenerse por el camino.

De todos modos, estaban excitadísimos.

—¡Mo-Gwei! —llamaron—. ¡Malas noticias, oh Señor!

Mo-Gwei, vestido todavía con su ropaje amarillo y oculto el semblante tras de la máscara de Bron, salió, arrastrando los pies, por un corredor.

Lo mismo hubiera salido una fiera de su cubil.

—¿Qué hay?

—¡El equipaje ha desaparecido!

Mo-Gwei guardó un silencio preñado de amenazas.

—Amo, hemos mirado bien por todas partes, pero en ninguna encontramos lo que deseas —insistió uno de la cuadrilla, con desasosiego.

Mo-Gwei continuaba sin pronunciar palabra. Detrás de las amarillas pupilas de la máscara-eran de un cristal de color a través del cual se debía ver bien-fulguraban los verdaderos ojos del bandido. Los retorcidos cuernos que la remataban, muy grandes y parecidos a los aguzados de un toro, contribuían a sembrar el terror en el ánimo de quienes le contemplaban.

¿Qué otra cosa habéis descubierto? —dijo, al cabo.

Sus hombres se movieron, inquietos.

—Nada más. No hemos podido hallar el equipaje, porque ha desaparecido.

El tono con que fue dicha esta respuesta, sin embargo, revelaba que no era verdad lo que los hombres afirmaban.

Los bandidos no sabían mentir y Mo-Gwei se había dado cuenta de ello desde el primer instante.

—¡La verdad! ¡Decidme la verdad! —exclamó.

—Pues, por lo visto, hemos perdido la cabeza, amo —dijo, con acento quejumbroso, uno de los tibetanos—. El hombre de bronce vive todavía. Hemos hallado las huellas del gran salto que ha dado para salir del precipicio y del resbalón que le sucedió después.

—¿Cómo no le habéis seguido la pista? —interrogó Mo-Gwei, con acento siniestro.

—Lo hemos hecho. Pero, a medida que avanzaba, el hombre de bronce iba recobrando las fuerzas, según parece, y pronto dejamos de distinguir su rastro. Él ha debido ser quien se ha llevado el equipaje.

Mo-Gwei se entregó a los transportes de una alegría ruidosa y tan impresionante que sus servidores retrocedieron aterrados.

—¡Os haré hervir en sebo de “yack” y abriré vuestros cráneos para que les devoren mis cuervos! —exclamó—. Os haré...

Se interrumpió bruscamente y pareció reflexionar un momento.

—Bueno-dijo, al cabo —. Aguardaremos un poco más. Aún es posible que escapéis a vuestro destino, si sabéis cumplir mis mandatos.

Los bandidos se postraron de hinojos y sacaron la lengua en prueba, de perfecta sumisión.

# CAPÍTULO XIX

## *FALLA DEL METEORO*

MO-GWEI les ordenó con un gesto que se alzaran del suelo.

—Id-les ordenó —. Atad a todos los prisioneros más sólidamente y llevadles a la gran habitación central del castillo donde habito yo.

Los bandidos salieron a buen paso, atropellándose por cumplir la orden recibida. Las visiones de la muerte que acababan de contemplar un momento antes se desvanecían, se convertían incluso en sueños de un futuro color de rosa, cuyo atractivo principal sería, el logro de una fortuna en las ricas capitales de América. Esto podría conseguirse bien mediante amenazas basadas en el envío del meteoro azul, bien mediante su envío, sin previo aviso, tras de lo cual entrarían a robar en las ciudades indefensas.

El propio Mo-Gwei se dirigió a una parte del vasto castillo, amueblado con más pretensiones que el resto del edificio.

Ocupabala un hombre que no era tibetano sino oriundo de otra raza oriental, mezcla de sangre circasiana.

—Da curso al meteoro y que recorra toda la comarca-le ordenó Mo-Gwei —. Anda por ahí ese demonio de Doc Savage y hay que eliminarle.

Mo-Gwei había empleado, para dirigirse a aquel hombre, un tono un poco más cortés.

El hombre partió apresuradamente, emprendió la ascensión de la escalera, con objeto de situarse al nivel del tejado.

Este era plano y de regulares dimensiones. En uno de sus extremos se levantaba una pequeña construcción.

Al abrir la puerta de aquélla salió al exterior una pálida claridad azul. Mas, como estaba muy oscuro allí donde no penetraba la claridad de la luna, el resplandor no era bastante pronunciado para

que se viera desde fuera lo que había en su interior.

De la casilla salían sonidos estridentes indicadores de que se estaban utilizando destornilladores.

Muy pronto salió el hombre de su interior. Llevaba consigo un aparato transmisor de radio portátil, al cual iba adherido otro complicado aparato.

El hombre lo transportó por el tejado en toda la extensión y cruzando los umbrales de la puerta del castillo, salió al exterior. Había dejado abiertas las puertas de la casilla.

Entonces dio media vuelta a los discos y llaves del aparato.

Allá arriba, en el tejado, sonó un silbido. De momento era muy apagado, pero se tornó más y más fuerte, hasta adquirir el volumen de una sirena.

El hombre dió media vuelta, a otro disco. Con un gemido abandonó el tejado un objeto de color azul pálido que avanzó rápidamente.

Cuando distaba cerca de media milla del castillo, el perito tocó otro disco.

Intenso resplandor azul invadió el espacio. El meteoro iba a cumplir su desastrosa misión.

Manipulando en distintos discos giratorios, el hombre dirigió sus movimientos, obligándole, ora a avanzar, ora a retroceder en el espacio, a hundirse en el fondo de los valles claramente definidos a la luz de la luna, a pasar rozando la cima de los más elevados picos.

El espantoso objeto azul, semejante al cazador que trata de levantar una pieza, buscaba sin descanso a Doc Savage.

Mo-Gwei presenció su partida majestuosa del castillo y después se adentró en las habitaciones más recónditas de la fortaleza. A una señal, le siguieron una docena de hombres.

La comitiva penetró en una habitación. Sin ningún género de duda, ya habían entrado antes sus hombres en la pieza, pero era tan grande el lujo oriental que la caracterizaba, que se detuvieron a contemplarla sin aliento.

Costosas alfombras cubrían toda la extensión del suelo. Riquísimos tapices adornaban sus paredes de piedra.

El número de mullidos almohadones que se veían diseminados por aquí o por allá parecían ideados para la ocasión por el director de una película cinematográfica.

Sin embargo, lo más notable del aposento era una abertura cuadrangular que se abría en su centro, rodeada por un muro enano.

De la abertura salía una luz tan deslumbrante que cegaba los ojos de quien se atrevía a mirarla de frente.

Alineadas cerca de la boca de aquel pozo estaban atadas fuertemente distintas personas.

Monk y Ham estaban muy juntos y Rae Stanley se hallaba un poco más allá.

La seguía Long Tom. Luego Johnny, más demacrado que de usual a la luz sobrenatural del meteoro, y Renny, el de los grandes puños.

Juan Shrops ocupaba el puesto de honor, al otro lado.

Los rostros inexpresivos y los ojos sin brillo de les prisioneros demostraban que ninguno de ellos se daba cuenta de lo que estaba sucediendo.

Mo-Gwei se acercó al pozo y lo sondeó con la mirada. La luz azul que se reflejaba en su semblante enmascarado formaba con el matiz púrpura de la máscara una combinación desastrosa.

—Veo muchos cuerpos-observó, con su cacareo peculiar —. ¿De quién son? Espero que no se me habrá privado del placer de deshacerme de los que más me interesan.

—Se trata de los hombres que ayudaron a Shrops-replicó uno de los guardias de corps.

Mo-Gwei se retiró de junto a la abertura.

—Despertad a ésos para que también se diviertan-dijo, con su voz de cotorra, señalando con un ademán a los prisioneros, que permanecían ligados e inactivos —. A ver, traedme los cilindros que contienen la medicina y les devolveré el uso de la razón.

Un hombre salió precipitadamente y a poco, regresó cargado con un brazado de tubos de metal con el tapón de tornillo.

Asiendo uno de ellos, Mo-Gwei le aproximó a la cabeza de Renny y le quitó el tapón.

Al punto se escapó de su interior una viva llamarada azul. La llamarada ardió un instante en torno de la boca del tubo y desapareció.

Poco a poco desapareció la expresión de estupor de los ojos del ingeniero.

Se le reanimó el semblante, recobrando su aire despierto y se quedó mirando, embobado, la odiosa aparición que tenía delante.

Sobre todo pareció llamarle particularmente la atención la grande y retorcida cornamenta.

—¡Por el toro sagrado! —murmuró.

Mo-Gwei se acercó rápidamente a los demás prisioneros, abriendo el cilindro junto a cada uno de ellos.

Acababa de reanimar a Shrops cuando se vino a interrumpirle en su tarea.

Un hombre acababa de entrar en el aposento.

—"¡Dje li lai!" ¡Ven, por favor! Las cosas no van bien-gritaba el criado.

—¿Qué es lo que no va bien, ser estúpido si los hay?

—¡Algo anormal le sucede al meteoro azul!

—Vigilad a los prisioneros-ordenó Mo-Gwei a sus hombres.

Y salió corriendo. El ropaje amarillo flotaba en desorden en torno de sus piernas y con ambas manos se sujetaba la máscara. Las dos iban calzadas de guantes color de púrpura.

El hombre encargado de manejar el aparato de radio sudaba copiosamente cuando llegó junto a él.

—Mira-le dijo, indicándole un punto distante en el espacio.

El meteoro azul continuaba emitiendo sin cesar el silbido penetrante que le caracterizaba, mientras erraba, ora por aquí, ora por allá. Pero mientras le observaba, Mo-Gwei se echó velozmente a un lado.

—Yo no le he obligado a hacer ese movimiento-murmuró el hombre que manejaba los mandos.

—A ver-dijo Mo-Gwei —. No comprendo como puede haberse estropeado—. Yo mismo he perfeccionado el aparato de radio, y tus torpezas no podrían con él.

Se inclinó y examinó el transmisor sin hilos y los mandos indispensables para el remoto control del meteoro.

Éste tornó a seguir su curso. Pero no regresó por el camino recorrido: ¡Vino en línea recta, sobre la fortaleza que remataba la cima de la montaña!

—Los mandos del transmisor funcionan a la perfección-gruñó Mo-Gwei.

—Entonces…

—¡Es el mismo demonio de bronce! —gimió Mo-Gwei—. Se sirve de un aparato de su invención para anular los efectos del nuestro. Conoce nuestra longitud de onda gracias a su desusada astucia para captarla. Sucedió a estas palabras una escena indescriptible de confusión.

Repetidas veces trató el bandido de apartar de la montaña al meteoro. Casi lo logró por dos veces consecutivas, sólo para verle venir otra vez sobre ellos.

—El transmisor del aparato que emplea, es más potente que el nuestro-exclamó.

Con dedos temblorosos, se palpó el ropaje a la altura del pecho en busca de uno de los cilindros metálicos. Pero descubrió que sólo llevaba uno encima.

Sosteniéndole con ambas manos, contempló el meteoro, que se acercaba con aterradora rapidez.

A sus espaldas corrían como locos los amarillos tibetanos. Por lo visto, muy pocos llevaban encima los cilindros, con la medicina que sanaba de los efectos ocasionados en el cerebro por el maléfico meteoro azul, y mientras los buscaban armaban una gritería espantosa.

Sólo unos pocos lo consiguieron, porque con un silbido ensordecedor, el monstruo pasó por encima de sus cabezas.

Entretanto, Mo-Gwei había descubierto el frasco y le sostenía a la altura del semblante. La fantástica llamarada azul y el viajero azul de los espacios mezclaron por un instante sus destellos.

Mo-Gwei se tambaleó, mas logró mantenerse en pie. Moviéndose ahora en línea recta, el meteoro chocó en la falda de una colina cercana y estalló en mil fragmentos azules que cayeron, semejantes a las chispas de un cohete, montaña abajo.

Todavía brillaban como trozos de metal incandescente aun después de haber cesado en su carrera.

Mo-Gwei miró en torno suyo con ansiosa expresión.

No le sorprendió lo que contemplaron en aquellos momentos sus ojos: a un hercúleo gigante de bronce que subía, dando grandes saltos, por la ladera de la montaña.

—”¡Di-Gun!” ¡Nuestro enemigo! —aulló.

Girando sobre sí mismo, penetró en el inmenso edificio del castillo, llamando en voz alta a sus hombres.

—¡Al tejado! ¡Podemos disparar sobre el hombre de bronce desde el tejado!

Ascendió desgastados escalones de piedra, camino en el cual le habían precedido ya aquellos de sus servidores que estaban en posesión de los cilindros de metal antes de que el meteoro azul les pasara por encima de las cabezas, y llegó al tejado.

Los hombres abrieron el fuego desde su cima. Cuando se dispara hacia abajo hay que echarse en el suelo. De aquí que Doc oyera silbar las primeras balas por encima de su cabeza, a la luz de la luna. Entonces se agachó y buscó el amparo de las rocas. Se había acercado más al castillo de lo que él mismo sospechaba antes de sorprenderle los primeros disparos.

Sus paredes distaban ahora de él escasamente unos cien metros.

Se introdujo una mano en el pecho por debajo de la ropa y sacó un objeto globular de dos pulgadas de diámetro, que lanzó a cierta distancia.

Del globo de metal se derramó una cantidad prodigiosa de humo negro que el frío viento de la noche barrió en sentido vertical y en dirección de la fortaleza situada encima de la montaña.

Doc había cuidado de escoger para su asalto el lado en que soplaba el viento...

Su cuerpo gigante salió de la fúnebre capa de humo negro y siguió avanzando. Las balas le buscaban, mas pocas de ellas le saltaron cerca... especialmente después de haberse desviado a la derecha y aproximado a las altas murallas de piedra desde este lado.

Sus ropas estaban desgarradas y su piel rota en diversas partes del cuerpo.

En verdad, su aspecto era desastroso, cosa que no le había sucedido en mucho tiempo.

¡No había sido sencilla la empresa de escapar con vida al deslizamiento de tierras que él mismo había provocado!

Mucho había tardado en dar con la razón de su caída después de haber abierto el cilindro que contenía el antídoto. Pero, al cabo, dedujo que se debía a su falta de preparación, puesto que nunca la tomara hasta entonces.

Y, evidentemente, el antídoto era potentísimo.

Ahora llevaba puesto un chaleco de piel que formaba parte de su

equipaje y que estaba provisto de bolsillos sin cuento. De uno de ellos extrajo una bomba pequeñísima de gas y la arrojó sobre el tejado.

Para aquel tipo de gas no era necesario valerse de la máscara antigás, pues aun cuando produjera un estado de súbita inconsciencia, se tornaba inofensivo después de haberse mezclado con el aire, y en ello empleaba poco menos de un minuto.

De otro bolsillo sacó un cable de seda a uno de cuyos extremos iba, unido un garfio de hierro.

Empinándose sobre la punta de los pies, lanzó el cable hacia arriba. El garfio cogió algo, quedó sujeto. Entonces Doc trepó por el cable de seda con la misma agilidad que sube una araña por el hilo de su tela.

Sólo dos rifles disparaban ahora desde el tejado. Los otros tiradores habían sucumbido al gas lanzado por la bomba.

Sin vacilar, Doc saltó al otro lado del muro y se halló frente a uno de los hombres de Mo-Gwei.

El bandido se echó el rifle a la cara, gritando al propio tiempo con toda la fuerza de sus pulmones, y oprimió el gatillo.

Doc cayó de espaldas desde lo alto de la muralla.

—¡Yo lo hice! —chilló el bandido, alborozado—. ¡Yo he derribado al hombre de bronce!

Saltó de júbilo varias veces como para celebrar la proeza, y hecho esto, se acercó a la muralla y sacó la cabeza para ver si distinguía el cuerpo contorsionado del hombre de bronce a través del humo de los disparos y de la oscuridad de la noche. Puesto a cuatro pies, atisbó por encima del alero.

Pero apenas tuvo tiempo de mirar hacia abajo. Abrió una boca de a palmo y dejó escapar un aullido de terror.

El aullido murió como si le hubieran cortado la cabeza por debajo de las cuerdas vocales cuando las manos nervudas del hombre de bronce le asieron por la garganta..

Sin soltarle, Doc tornó a saltar al tejado. Había permanecido asido a su cable de seda tras de verse obligado a dejarse caer al exterior para escapar a la bala del rifle.

Pero estuvo en un tris que no se diera allí fin a su vida.

Doc le ciñó una sien con los dedos. El bandido perneó un instante, luego se quedó exánime. Doc le dejó caer al suelo.

Desde el lado opuesto del tejado vomitó fuego sobre él la boca de un segundo rifle.

Agachándose y ladeando el cuerpo, ora de un lado, ora de otro, logró sacar su lámpara de bolsillo y dirigió sus rayos al punto señalado por los continuos fogonazos.

La luz de la lámpara descubrió la máscara de Bron y el amarillo ropaje de Mo-Gwei.

Mo-Gwei había disparado con un automático, pero bajo del brazo traía una ametralladora. Cambiando de arma, comenzó a tirar de nuevo sobre su enemigo.

Mucho antes de que substituyera, sin embargo, un arma por otra, Doc había apagado la luz y se había desviado hacia la izquierda.

De este lado se alzaba una cuadrada construcción cuya masa se dibujaba, confusa, en la oscuridad. Doc abrió de par en par sus puertas, creyendo tal vez que quizá una escalera interior le condujera al centro de la fortaleza.

Ligero resplandor azul le saltó al encuentro, y entonces desvió la luz de la lámpara.

¡Revelado quedaba ya el secreto del meteoro azul!

No era otra cosa que un pequeño aeroplano, demasiado pequeño para que en su interior cupiera un hombre. A él iba unido un aparato tubular fijo al fuselaje por unas bisagras. No cabía dudar de que el tubo se abría en el aire movido por algún mecanismo interior.

Abierto el cilindro, descubrió la sustancia que componía el meteoro: un ligero resplandor iluminaba apenas el interior del receptáculo.

Doc lo examinó atentamente y decidió que se hallaba compuesto principalmente de plomo, el metal más resistente a los rayos de cualquier fenómeno especial.

Los tubos de escape iban a parar a un tanque que suavizaba su presión y se descargaban mediante un simple silbido. Era este silbido el fantástico sonido producido por el meteoro en su carrera.

Pero aún había otras cosas dignas de interés. Por ejemplo: un paracaídas que se abría mediante el impulso de las ondas, haciendo descender sin tropiezo al aparato allí donde no hubiera campo de aviación.

Doc no tuvo tiempo de dedicarle un examen minucioso, por desgracia.

Mo-Gwei comenzaba a salpicar de balas la pequeña construcción del hangar.

Localizando los fogonazos, Doc se hizo cargo de la posición de Mo-Gwei.

Entonces sacó un pequeño recipiente de metal de uno de los bolsillos del chaleco de piel y lo arrojó lejos de sí.

El recipiente estalló a los mismos pies de Mo-Gwei.

# CAPÍTULO XX

### *EL POZO AZUL*

DE un empujón abrió de par en par las puertas del hangar y se inclinó sobre el aeroplano manejado por radio. Sólo necesitó un breve estudio para saber cómo funcionaba, gracias a sus vastos conocimientos en materia mecánica.

Entonces abrió una llave y unió dos alambres.

El motor comenzó a vibrar automáticamente y el escape derramándose a través de los tubos produjo el espeluznante silbido.

Doc retrocedió.

Comprendía ahora que los tubos servían para acentuar el efecto producido por el meteoro en el ánimo popular.

Antes de que se pusiera en movimiento, asestó la luz de la lámpara sobre las ruedas del artefacto y, agachándose con presteza, desenganchó de la válvula del aire el fragmento de una alga.

El alga pertenecía a un tipo propio de la América del Sur.

Éste era, pues, el meteoro robado por Shrops, que éste había transportado a través del Pacífico y devuelto al Tibet en el “Doncella de América”.

Mo-Gwei le había recobrado, al cabo.

Aparentemente, no había otros aparatos en el hangar.

El aeroplano salió de él rodando suavemente y ascendió tejado adelante.

Era tan pequeño que apenas se divisaba a la luz esplendente de la luna.

Además el humo no se había disipado todavía por encima de la fortaleza.

Mo-Gwei había dejado de tirar, temiendo sin duda que Doc intentara hacerle una jugarreta con ayuda del aeroplano.

Doc reparó en el confuso manchón azulado, que indicaba su posición en el espacio. Vio cómo planeaba sobre un pico distante, cómo chocaba con él y se deshacía en azules fragmentos sobre la falda.

Convencido de que le había destruido, Doc atravesó el tejado.

Mo-Gwei había descendido ya al interior del castillo.

Doc llegó al punto donde había estado haciendo fuego sobre su persona y barrió el suelo con la luz de su lámpara de bolsillo.

El recipiente de metal que había lanzado a los pies del bandido contenía aquel líquido pegajoso con el cual había regado en una ocasión la puerta de la "yurt" de Shrops, sólo que ahora era ligeramente oscuro.

Mo-Gwei había andado sobre él.

Otra vez salió de los bolsillos del chaleco de Doc un aparato singular parecido a una linterna mágica en miniatura, pues cabía en el hueco de la mano.

La encendió sin que sucediera nada de particular. Ni siquiera se iluminó su interior.

Asestó sus rayos invisibles sobre el tejado y al instante surgieron en él las huellas dejadas por los pies de Mo-Gwei, destacándose de la oscuridad con verdoso fuego.

Doc las siguió.

Su linterna era una proyectora de rayos ultravioleta, cuya longitud de onda es superior a la del espectro visible a los ojos humanos.

La materia pisada por Mo-Gwei era una sustancia fosforescente que brillaba con resplandor particular, cuando se la exponía a los rayos de la linterna.

La propiedad fosforescente de esta sustancia no tiene nada de extraordinario y se consigue mediante la mezcla de substancias tan comunes como la vaselina y la aspirina.

Doc avanzó a buen paso, porque le era fácil seguirle la pista a Mo-Gwei gracias a la fantástica luz verdosa que la señalaba.

De este modo llegó a la vasta habitación alfombrada y tapizada, de que ya se ha hecho mención y en el centro de la cual se abría aquella abertura cuadrangular iluminada por azul resplandor.

Lo primero que vio al penetrar en su interior era desagradable por demás.

Mo-Gwei se hallaba de pie en el centro de la pieza.

Por encima de su cabeza, pronto a lanzarle en el pozo abierto a sus pies, sostenía en vilo a un hombre ligado de pies y manos: a Juan Mark Shrops.

Por ninguna parte se veía a los demás prisioneros.

Radiante, purísima luz azul, salía de la boca del pozo como el fuego del buche de un dragón.

Savage no iba armado. Le asistían dos razones para no llevar encima armamento. Primera: jamás había quitado la vida a ningún mortal con sus propias manos por grande que fuera la provocación a él dirigida.

Segunda: la posesión de un arma obliga a un hombre a depender de ella, por consiguiente, no puede valerse de su inteligencia. Desarmado, obrará de modo distinto.

De aquí que, al descubrirle en el acto de ir a arrojar a Shrops al pozo, no llevara arma en la mano, mediante la cual pudiera disparar sobre el bandido enmascarado. Mas Doc no se apuró por ello.

Tras de tomar impulso, uno de sus brazos le arrojó un pequeño huevo metálico que, con la fuerza de un proyectil, cayó sobre el grupo, estallando delante de Mo-Gwei con terrible fuerza expansiva.

La explosión fue ensordecedora y su luz deslumbrante, porque el huevo era igual a una de las bombas utilizadas por el hombre de bronce durante su visita al poblado de los Locos.

La conmoción del aire derribó a Mo-Gwei y a su carga por tierra, lejos de la abierta boca del pozo.

Tan grande fue la bocanada de aire originada por la bomba que barrió delante de sí las alfombras dejando desnudos los suelos de la pieza.

Doc corrió junto a la pareja, pues con seguridad que el estallido de la bomba debía haber aturdido y cegado, temporalmente, a Mo-Gwei.

Pero, la máscara le salvó. Era indudable que las amarillas pupilas de cristal le sirvieron de pantalla.

Sea como fuere, se puso en pie al momento y sacó la ametralladora que llevaba pendiente de un cabestrillo debajo del amarillo ropaje.

Su mano se posó en el disparador y la boca del arma vomitó

fuego y balas con estruendo. Junto al borde del ropaje llovían cartuchos humeantes, como resultado de los disparos.

Las postas de la ametralladora le arrancaron al techo trozos de ladrillo cocido. Mo-Gwei se había lanzado a disparar sin afinar la puntería.

Lo mismo que el jardinero dirige el chorro de la manga de riego sobres las flores de su jardín asestaba el bandido la lluvia de plomo sobre el hombre de bronce.

Éste, que no desconocía su propia habilidad, juzgó imprudente el acercarse a Mo-Gwei mientras continuara disparando de aquel modo y por ello, hurtando el cuerpo, se inclinó casi hasta tocar el suelo. El movimiento le salvó la vida, pues le puso a cubierto detrás del muro enano que circundaba el pozo.

Mo-Gwei dejó escapar un agudo cacareo y se empinó, danzando, sobre las puntas de los pies para ver dónde se encontraba Doc.

Pero no fue bastante rápido, pues ya Doc se había metido por una puerta lateral que acababa de descubrir.

Al hacerlo dio un traspiés y a poco si cae sobre un cuerpo postrado en tierra.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó la voz de Renny.

Doc se levantó y le desvió del paso.

Una ligera luz azulada, procedente de la primera habitación, le descubrió más seres humanos, ligados.

¡Rae Stanley, Monk, Ham, Johnny, Long Tom, todos estaban allí!

—Nuestros, guardianes han huido —le explicó Renny—, y hemos conseguido llegar junto a la puerta. Shrops eligió opuesta dirección y le sorprendió Mo-Gwei.

Doc desató a los cinco hombres.

—Salid de aquí todos menos Monk —les ordenó—. Limpiad de bandidos este nido asqueroso, registrad todos los rincones hasta dar con los que quedan. Monk me ayudará a vigilar a su jefe.

Así diciendo, les entregó varias bombas y los cuatro hombres desaparecieron.

Mo-Gwei se hallaba todavía detrás del parapeto formado por el muro enano en la primera habitación y desde aquel refugio improvisado disparaba una rociada de balas de vez en cuando.

Sin duda temía iniciar la retirada porque suponía armado a Doc.

La bella miss Stanley se había agazapado detrás del hombre de

bronce.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Qué podemos hacer? —deseó saber Monk, tras de asomar la cabeza para mirar la primera habitación y de retirarla al punto bajo una granizada de balas que cayó en torno de la puerta.

—Dejarle que inicie el juego-replicó Doc.

Se hizo el silencio. La quietud era tal que sin duda influía sobre los nervios de Monk, porque para dominarlos se puso a conversar.

—¿Qué clase de edificio será éste? —interrogó—, porque no creo que Mo-Gwei lo haya hecho edificar...

—Es un monasterio erigido en el punto mismo donde cayó el meteoro hace algunos años-explicó Doc.

Monk aprobó la explicación con un grave movimiento de cabeza. Los vastos conocimientos que poseía el hombre de bronce en materia de arquitectura le informaban sin duda de la naturaleza del edificio.

—Los lamas repararon, tal vez, que era un espíritu maléfico y levantaron el monasterio para combatirle —continuó diciendo Doc —. Luego, después que muchos de ellos se hubieron vuelto locos, concluyeron que el espíritu maléfico era poderoso en extremo y abandonaron el castillo. Claro que esto es una mera suposición mía.

—Pero parece lógica-replicó Monk.

Tronó la ametralladora de Mo-Gwei y la descarga arrancó pedazos rocosos al dintel de la puerta.

—Así, ¿el meteoro auténtico se halla en el fondo de ese pozo? —gruñó Monk.

—Evidentemente. Hirió la cuna de la montaña y penetró a bastante profundidad de su suelo. Ese demonio de Mo-Gwei ha llegado, cavando, hasta él. Es un sabio de veras. Ha descubierto un reactivo que anula los efectos del meteoro y ese reactivo es el que contienen los cilindros de metal.

Procedentes de todos los puntos de la fortaleza llegaron a sus oídos terribles aullidos. Su naturaleza indicaba que los hombres de Doc perseguían a los bandidos escapados por milagro al reciente desastre.

—Y ¿en qué consiste? —tornó a interrogar Monk.

—Pues es, en realidad, una potentísima sustancia radioactiva-le explicó Doc —. Responder a la pregunta más detalladamente

requiere un examen minucioso en un bien dotado laboratorio. Yo me fundo, de momento, en la observación.

—Así, ¿es parecida al rádium?

—Eso es-convino Doc.

Sin dejar de hablar aplicaba atento oído para sorprender cualquier movimiento de Mo-Gwei.

—Todavía se sabe poquísimo respecto a la naturaleza de las emisiones atómicas y de los fenómenos que acompañan a los rayos ultravioleta, infrarrojos, etc., dudándose, sobre todo, de la naturaleza del manantial que origina los llamados rayos cósmicos. Es muy posible que determinados cuerpos estelares emitan tales rayos así como el sol emite los rayos luminosos que vemos todos los días.

—De modo que los rayos emanados del meteoro producen una especie de insolación, ¿eh? —observó, bromeando, Monk.

—Casi, casi. Aun el mismo rádium produce efectos desastrosos sobre el cerebro humano. Todos los médicos lo saben, si se le coloca muy cerca de la cabeza del enfermo; y no cabe dudar de que nuestro meteoro produce emanaciones muchísimo más intensas.

Doc hizo una pausa y aplicó el oído. Mo-Gwei comenzaba a moverse detrás de su parapeto... o por lo menos salían de él sonidos ahogados...

—Estas emanaciones-continuó diciendo —, obrando sobre el sistema nervioso, paralizan el funcionamiento del cerebro...

—¿Tienes idea de lo que debe ser el antídoto inventado por Mo-Gwei?

—Supongo que alguna sustancia química destilada por el mismo meteoro en forma de vapor —repuso Doc, tras de reflexionar la respuesta—. Actúa, meramente, como un contra irritante que mantiene el funcionamiento de los nervios, no obstante la influencia de las emanaciones del meteoro.

Los sonidos vagos que surgían del otro lado del parapeto habían aumentado de volumen.

—¡Qué arma más abominable era ese meteoro! —balbuceó Rae Stanley.

Tenía el rostro pálido y se le había apagado la voz.

—Es porque estaba en malas manos-observó Monk —. Pero va a salir de ellas para siempre.

La señorita contempló fijamente a Doc.

—¡Mi padre! —exclamó con cierta incoherencia—. ¡Todavía no le he visto!

Doc le advirtió con dulzura:

—No se deje dominar por los nervios, Rae.

Los ojos de ella se humedecieron.

—Eso quiere decir que… —comenzó a decir.

—Que las noticias que aguardo no son todo lo agradables que seria de esperar —repuso Doc.

# CAPÍTULO XXI

## *EL MAYOR EMBUSTERO DE LOS CINCO*

LOS sonidos apagados que surgían junto al muro enano, en la primera habitación, se definieron bruscamente. Se lanzaron juramentos, se oyeron gruñidos bestiales.

Detrás del parapeto forcejeaban dos hombres unidos en un abrazo mortal.

Eran Shrops y Mo-Gwei. No se sabe cómo Shrops había logrado desembarazarse de las ligaduras que le sujetaban las manos y en aquel instante, ceñía con ambos brazos la siniestra aparición del ropaje amarillo y la máscara color púrpura de Bron.

—¡Ahora es la nuestra! —exclamó Monk.

Pero ya Doc se había puesto en pie y penetraba como una centella en la habitación principal del castillo.

Al mirar, casualmente, en torno, Mo-Gwei le divisó. Su vista le enloqueció, embistió a su enemigo, ansioso de librarse de su abrazo y lo consiguió. Pero la máscara le estorbaba el uso de la vista y retrocedió casi hasta el borde del pozo. Aun así no hubiera caído de no haberse lanzado Shrops sobre él, impulsado por ciego furor.

El empuje del “cockney” hizo saltar el cuerpo de Mo-Gwei por encima del parapeto y se cayó dentro del pozo.

Antes se asió con frenesí a lo primero que halló a mano, que, en esta ocasión, fue casualmente el cabello de Shrops, a quien arrastró dentro de la abertura cuadrangular.

De la boca de ambos se escapó un alarido, mientras se hundían en la profundidad del abismo. Sus gritos parecieron hundirse en las entrañas de la tierra.

¡Cosa singular! Aquellas voces quejumbrosas se parecían a los apagados silbidos de los meteoros.

A una, cesaron con significativa brusquedad.

Doc se precipitó al pozo y trató de sondearle, a despecho de la deslumbrante luz azul. Fue cuestión de un instante. Enseguida retrocedió y por señas indicó a Monk y Rae que retrocedieran a su vez.

—No hay necesidad de que miréis —les dijo—. Es un triste espectáculo que sin duda recordaríais toda la vida.

Monk dijo con un gruñido: —Eso quiere decir…

—Que el pozo tiene una profundidad de por lo menos doscientos pies y que la caída ha matado a los dos hombres-replicó Doc Savage.

De pronto, Rae Stanley se tapó el rostro con las manos y exclamó con voz ahogada:

—Mi padre… busquen a mi padre…

Doc la rodeó los hombros con el brazo y la sacó de la habitación.

En aquel mismo instante apareció Ham.

—Bueno —anunció—. ¡Ya les tenemos a todos!

Doc le hizo una seña y Ham se encargó de miss Rae, a la cual llevó a una habitación contigua.

Renny surgió inesperadamente del corredor. Traía consigo una brazada de cilindros de metal.

—¡Mirad esto! —exclamó con su voz tonante—. Aquí hay cilindros en cantidad más que suficiente para devolver la razón a los pobres diablos sometidos a la influencia del meteoro en Sudamérica.

—Cuídate tú de enviárselas lo antes posible-repuso Doc.

En pos de Renny llegaron muy satisfechos Long Tom y Johnny.

—Bueno, ya nos hemos apoderado de toda la banda-anunció Johnny.

—La hemos dejado encerrada en el calabozo más hondo del castillo-añadió Long Tom.

Monk clavó una mirada de inquietud en la boca del pozo, del que seguía surgiendo la hermosa llama azul, y con la vista buscó luego a Doc.

—¿Quién era Mo-Gwei? —deseó saber.

—Su rostro es visible en el fondo del pozo-replicó el hombre de bronce tras de una pausa —. Se le ha desprendido la máscara por efecto de la caída.

Doc tardó en responder.

—Esta es una de las raras ocasiones en que me cuesta trabajo revelar la identidad de un malhechor-dijo al fin —. Y quisiera guardar secreto sobre esto.

Sus compañeros le miraron sorprendidos.

—Es muy sencillo. Porque sin ningún género de duda la mentalidad de ese hombre ha sido trastornada por el meteoro azul-explicó Doc —. Mentalmente, llevaba muerto varios meses antes, su cuerpo vivía y con él la mente desquiciada por las emanaciones del meteoro.

Monk tragó saliva. La sorpresa le impedía hacer comentarios. Las explicaciones de su jefe acababan de revelarle la identidad del bandido fallecido.

—Así, no ha sido responsable del plan odioso concebido por su cerebro enfermo, de llegar a dominar a los pueblos por el terror-continuó diciendo Doc —, aunque no es posible dudar que lo hubieran puesto en práctica Shrops y Loo.

—¿Cuándo descubriste su identidad, Doc? —le interrogó Monk.

—En el poblado de los Locos-repuso Doc —. Me había yo arrogado su disfraz y recuerdo haber dicho a un bandido que el hombre de bronce se había apoderado del auténtico Mo-Gwei. Pero el hombre se dio cuenta al momento de que aquello no podía ser y dio la voz de alarma. Así supe la verdad.

Ahora comprendo tu actitud con respecto a miss Rae-observó Monk.

—No quisiera decirle que Mo-Gwei era el Profesor Stanley-replicó Doc.

—Hermanos-continuó diciendo —. Vamos a guardar el secreto de la identidad del Profesor. Miss Rae es una excelente muchacha y de todos modos, el Profesor no era responsable de sus actos. Es indudable que le trastornó el meteoro.

Se acercó al pozo y ahondó con la mirada en el abismo. Todavía se veía en él al Profesor con el ropaje amarillo de Mo-Gwei.

Junto a él divisó a Domingo Loo, traidor, a Shrops y las otras víctimas de la mente trastornada de Mo-Gwei.

Doc retrocedió. Del bolsillo del chaleco sacó uno de los huevos de metal y le lanzó dentro del pozo. Luego obligó a retroceder a sus hombres.

Sonó un bramido aterrador. Tembló el suelo de piedra, de las paredes se desprendieron, saltando, trozos de ladrillo, se agrietó el techo.

En torno del pozo se derrumbó el piso y se extinguió la luz azul, hecho que indicaba que el abismo se había cerrado para siempre sobre ella.

—Ya no volverá a abrirse-murmuró Doc con acento sombrío —. Yo me encargo de hablar con los jefes del Gobierno tibetano.

Con el semblante grave, los seis camaradas se dirigieron en fila a la habitación ocupada, de momento, por Rae Stanley y Ham.

—El Profesor y Mo-Gwei han sido una misma persona —murmuró Monk:— Esto explica el odio de los habitantes de Tonyi. ¡Es indudable que el bandido famoso era un blanco!

Doc guardó silencio. Sus ojos parecían menos animados que de usual.

Reposaban.

Renny temblaba en parte por las emociones pasadas y en parte porque hacía muchísimo frío.

—Hermanos-dijo con objeto de variar de conversación —. ¿No os agradaría estar en este momento, en una hermosa finca llena de árboles y de agua, que nos recreara la vista cansada de esta árida región helada?

Antes de entrar en la habitación ocupada por sus dos compañeros, Monk levantó una mano como para acentuar sus palabras.

—¡Dejadme hablar a mi primero —les advirtió,— pues ya sabéis que soy el más embustero de los cinco!

Rae levantó la vista. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Mi padre...?

—Pereció hace ya varios meses... —respondió Monk.

**FIN**

Título original: *Meteor Menace*